



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

Grito y plata

Crónicas sobre casinos, hípica y juegos de azar en Chile

Memoria para optar al título de periodista
NICOLÁS ROJAS INOSTROZA
Profesora guía: Ximena Póo Figueroa

Noviembre de 2012
Santiago de Chile

A mis padres, por ser cómplices de este juego.

AGRADECIMIENTOS

Grito y plata hubiera sido imposible sin la ayuda, referencia bibliográfica, “dato fijo”, idea o sugerencia de: Pedro Pablo Guerrero, Fernando Purcell, Gonzalo Vilches, Francisco Mouat, Alejandra Araya, León Cohen, Patricio Tapia, Carola Julio, Carolina Moreira, Francisca Castro, Micaela Navarrete, Isidora Sesnic, Vivian Lavín, Marco Antonio de la Parra, Bernardo Subercaseaux, Soledad Delgado, Pamela Ayala, Gustavo González, Eduardo Santa Cruz, Mathieu González, Mauricio Vargas, Daniel Swinburn, Javiera Cerda, Reinaldo Günther, Gabriela Molina, Faride Zerán, Constanza Jury, Juan Pablo Cárdenas, Carolina Torres, Karen Müller Turina, José Luis Rossi, Javier Bertossi, Pía Vargas, Christian Gómez, Araucaria Rojas y Hans Stange.

Infinitas gracias a Enrique, Elizabeth, Santiago, Lorena, Rodrigo, María, Adolfo, Jaime y Laura por su apoyo en este proceso.

A los miembros de la Asociación Chilena de Estudios de Música Popular: Juan Pablo González, Agustín Ruiz, Karen Donoso, Neila Fonseca, Rodrigo Pincheira y Macarena Lavín.

A Daniel Fuenzalida, Tomás Harris y Jaime Román del Archivo Joaquín Edwards Bello de la Biblioteca Nacional.

A Nicolás Binder por sus fotografías y a Ximena Póo por la guía en la escritura de estas páginas.

Finalmente quiero agradecer a mis profesores del Colegio Internacional Alba. Recuerdo con especial cariño las clases humanistas de Carolina Ortega, Servando Villablanca, Myriam Gaete, Verónica González, Gino Canales y Francisco Campos.

ÍNDICE

Agradecimientos	3
I. Prólogo e introducción	7
Las fichas sobre la mesa	8
No apostarás. Apuntes históricos sobre los juegos de apuesta en Chile	13
II. Casinos	27
Introducción histórica: de casa de campo a mundo de entretenimiento	29
Joaquín Edwards Bello: vermut, noche y madrugada	36
La primera vez	44
Rodrigo Jara: “Es muy raro encontrar caras tristes en un casino”	48
Par de patos	57
Los secretos del juego seguro	62
Jugársela con todo no tiene precio	70
¡Por la máquina!	74
René Andaur: “Me voy a morir jugando”	81
III. Hípica	89
Introducción histórica: Chile, fértil provincia hípica	91
Por una cabeza	100
Los caballos de Santa Cruz	106
Los Chiles del “Chile”	113
Casi tres décadas sobreviviendo de la hípica	118
IV. Del azar y otros demonios	124
Introducción histórica: que la suerte nos ampare	126
El (acumulado) sueño de todos los chilenos	133
Por el amor de una mujer	141
Tras bambalinas de los nuevos millonarios	151
El pago de Chile	155
V. Epílogo	164
No tengo tiempo de morir	165
Bibliografía	173
Bibliografía ganadora	174
Anexos	175

*Donde juzga el dinero
está la rebatiña.
Convierte en caballeros
a necios aldeanos
condes y poderosos
hace de los villanos.
Quienes tienen dineros
andan siempre lozanos
todo el mundo se muere
por besarles las manos...*

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, en *El libro de buen amor* (siglo XIV)



I. Prólogo e introducción

Prólogo: Las fichas sobre la mesa

“Se ganan y se pierden fortunas; pero la rueda irresistible continúa girando, trayendo esperanza y felicidad para algunos, ruina y destrucción para muchos. Tal es el señuelo del juego”

Morvan Lebesque en *Voilà* de París

Estas páginas iban a contar, en principio, la historia de la cumbia en Chile. Me interesaba desentrañar las razones del arraigo de este ritmo que se ha convertido en nuestra expresión festiva más transversal. También tenía otras ideas que me parecían tan atractivas como difusas. Pero a comienzos de 2011 una ruleta se instaló en la terraza de mi casa. Pensándolo bien, esta historia es aún más antigua. En estos momentos se me viene a la mente la fría tarde-noche en que mis padres me llevaron a conocer el Club Hípico de Santiago. Yo tenía alrededor de 10 años. Aquella vez vimos el desfile de los animales por la troya y apostamos. Mi mamá tuvo buen ojo y le puso un verde Ignacio Carrera Pinto a un corcel que desfiló indócil. Ganó doce mil. Así de fácil, así de sorprendente.

Puede ser una estupidez, pero jamás olvidaré cuando Jaime “Coyote” García, locutor de una radio comunitaria en la que participaba, me dijo un día: “Éxito, la suerte es para los mediocres”. Nunca más lo volví a ver. La radio cerró y su programa de clásicos ochenteros terminó abruptamente. Igual que el mío.

Algunos años más tarde, en segundo de universidad, me reencontré con el Club Hípico para un trabajo del Taller de Crónica y Entrevista. Para construir el relato pasé una tarde-noche de invierno en el lugar. En ese entonces me llamó la atención el submundo que envolvía a las carreras. Aquella vez divisé a Luis “Conejo” Martínez, dueño de *Nuts for Nuts*, y conocí a Jaime Reyes, un hombre que se presentó como “hípico inteligente”.

Artesanos de la ruleta

A comienzos de 2011 una extraña moda llegó a la familia. Mis tíos descubrieron el recientemente inaugurado —y peligrosamente cercano— Monticello Grand Casino. Cuando el dato de las ganancias fáciles llegó a casa mis padres se entusiasmaron. Así, los almuerzos del verano comenzaron a incluir probabilidades, cupones, sorteos, comentarios sobre tal o cual ruleta y elucubraciones para ganar en las mesas. Tamaña fue mi sorpresa al ver a mis familiares simulando una mesa de apuestas con una tabla de cholguán trazada con plumón negro. Había algo en el casino que los motivaba a iniciarse, con inusitado entusiasmo, en la fabricación artesanal de tableros.

Una noche me invitaron a acompañarlos. Luego de entrar a ese lugar lleno de luces y estímulos me impresioné al ver tantas personas de diversas edades y clases sociales. Ahí estaba la muestra del Chile de la bonanza económica reunido un sábado por la noche. El centro de entretenimiento, ubicado entre Rancagua y Santiago, imitaba con mérito a los establecimientos de Las Vegas que uno puede ver en la tele.

Pero esa es la parte previa. Formalmente esta historia comenzó en la oficina de Ximena Póo en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Ahí le presenté algunas ideas para trabajar como memoria de título. La de los juegos la entusiasmó de inmediato. Algo había en ese tema que terminó por convencerme de apostarle las fichas. Y ya se va la bolita.

Historias para la historia

La presente investigación abordará como tema central los juegos de apuesta en Chile, limitando la mirada en tres grandes espacios: los casinos, la hípica y los juegos de azar. Si bien en el proyecto inicial estaban contemplados los casinos de barrio, por motivos de extensión y tiempo se han dejado fuera.

El proceso de construcción de este texto tuvo dos grandes etapas: la recopilación histórica por cada capítulo, seguido por las crónicas y entrevistas realizadas en el Chile contemporáneo.

Naipes, garitos y casinos

En el primer capítulo, dedicado a los casinos, se enuncia la historia de los juegos de apuesta desde la llegada de Pedro de Valdivia, quien fue descrito por Pedro Mariño de Lobera como un avezado jugador de naipes. Luego recalaremos en los orígenes y manifestaciones de la “maula” en el juego, especialmente en la etapa de los casinos clandestinos o garitos. Estos establecimientos fueron duramente perseguidos por las autoridades que, años más tarde, cederían ante los apostadores regulando el mercado.

La noche del 31 de diciembre de 1930 se inauguró el Casino Municipal de Viña del Mar, marcando precedentes en la actual configuración de la millonaria industria. Por esos años el cronista Joaquín Edwards Bello registró sus observaciones en sus jueves del diario La Nación. Desde ahí el lector se trasladará a los modernos casinos de la nueva industria, conocerá sus cuantiosas utilidades, el porcentaje de ganancia de las empresas y se encontrará con historias de hombres y mujeres que padecen juego patológico, enfermedad más conocida como ludopatía.

De las carreras a la chilena al *turf*

En el apartado de la hípica se cuenta la temprana historia de las carreras a la chilena, los fascinantes ritos practicados por los indígenas para que los caballos adquirieran mayor velocidad, la descripción de los concurridos encuentros con ramadas móviles y la adopción del modelo de hípica inglesa efectuado por la aristocracia chilena hacia fines del siglo XIX. De vuelta en el presente asistiremos a jornadas en el Hipódromo Chile y en el Club Hípico de Santiago, comprenderemos la lógica de la hípica en la voz de un

académico aficionado al *turf*, además de conocer el testimonio de un trabajador que lleva casi tres décadas sobreviviendo de la gestión de las apuestas. Lo anterior con la compañía musical de los tangos más célebres asociados con la hípica, sin olvidar a los grandes jinetes y corceles que pasaron a la historia.

Una probabilidad sobre cuatro millones

En las páginas finales los programas de carreras se transformarán en balotas de juegos de azar. Revisaremos la historia desde su lucrativo establecimiento en 1778 hasta la millonaria industria que hoy es controlada por dos grandes empresas: Polla Chilena de Beneficencia y Lotería de Concepción. Esta sección incluye un recorrido por el centro de Santiago el día en que se sorteó el mayor premio en la historia del Loto. Luego viajamos quince años atrás para conocer la historia de Alejandro Acevedo, quien pasó de ser cartero a millonario al ganar el Loto en 1998. La máquina del tiempo se detendrá en 1976, año de instauración de la popular Polla Gol para conocer la historia de su “Mago”, recordado hoy por un ejecutivo de Polla, quien desclasifica el funcionamiento de la industria de los “millonarios de verdad”.

Durante la evolución de esta historia aparecerá la Iglesia Católica regulando las apuestas entre religiosos; de la misma forma en que reyes, virreyes y gobernadores dictarán severas normas que, en muchos casos, no pasarán de ser letra muerta.

A veces se gana, a veces se pierde

En diversas visitas a la Biblioteca Nacional encontré añosos libros y folletos con metódicas recetas para hacerse rico en la hípica, en los casinos o en los juegos de azar (la selección de los títulos más atractivos viene en la bibliografía ganadora, ubicada en las páginas finales). En el edificio colindante con el que alguna vez fue el cerro Huelén descansa el fascinante archivo de Joaquín Edwards Bello, cronista de excepción.

Ahora, en este interminable proceso de edición, aparece un común denominador: la mayor parte de los entrevistados fueron hombres. Asimismo, la revisión bibliográfica da cuenta de un mundo esencialmente masculino. Pero los tiempos están cambiando. Cada día es más común ver concentradas mujeres fumando frente a las máquinas de los casinos o apostando a los juegos de azar. El lugar donde advertí el mayor contingente femenino fue en los casinos populares que proliferan, en la más absoluta desregulación, en diversas comunas del país.

Lo que viene a continuación es fruto de la observación y de la interacción con personas que el azar (o la suerte) puso en mi camino. Tuve la oportunidad de jugar en diversos casinos, pude apostar en diversas carreras y compartir el anhelo nacional de ganarme el Loto o el Kino. Después de este año de trabajo no soy más rico pero aprendí que, como dice la gente, “a veces se gana y a veces se pierde”.

La totalidad de las historias son reales, aunque algunas identidades han sido modificadas por expresa petición de las fuentes. Mal que mal lo que importa es el qué y no el quién. Aprovecho estas líneas finales de la presentación para agradecer a todas las personas que accedieron a conversar conmigo para tomar esta imperfecta fotografía de los juegos de apuesta a comienzos del Chile del siglo XXI.

¿Qué mueve a los apostadores? ¿El dinero? ¿La ilusión de ganar? ¿Un deseo irrefrenable? ¿La soledad? ¿De qué depende ganar o perder? ¿Es culpa del azar o de la suerte? ¿Es Chile un país ganador? Quizás en las páginas que siguen encuentre una respuesta. Que la suerte lo acompañe.

Introducción

No apostarás, apuntes históricos sobre los juegos de apuesta en Chile

“La pasión del juego pasó con los conquistadores a la América, y vino a ensangrentar muchas páginas de su historia”

Eugenio Pereira Salas en *Juegos y alegrías coloniales en Chile*

No jugarás. No apostarás. No dejarás de producir. Cárcel, azotes, excomuniones, destituciones, multas, despidos, penas varias. Nada nuevo. Los juegos de azar han sido condenados por diversas culturas a lo largo de la historia humana. En Grecia, por ejemplo, estaban prohibidos. Quienes no acataran la disposición estatal eran condenados a la esclavitud. Tiempo después, los legisladores romanos hicieron lo propio prohibiendo el juego-apuesta. De ahí proviene la palabra *aleator*, que se refería a quien practicaba esta actividad. El término con el tiempo se volvió un insulto, aunque fue socialmente más grave dedicarse al juego como profesión. En la época se les trató de infames¹.

Con el pasar de los años la rigidez fue cediendo. Alfonso X permitió, hacia el siglo XI, la existencia de tafurerías. El rey de Castilla gustaba del juego honesto, pero sus buenas intenciones se vieron mermadas por la realidad. Innumerables daños económicos a las familias y al sistema tributario hicieron que la autoridad revocara su dictamen. A punta de penas, en dinero y encarcelamiento, se intentó prohibir el juego con tableros, dados y naipes. El Sabio tenía un antecedente claro: el derecho romano castigaba a quienes reclamaban lo perdido, haciéndoles pagar el doble de lo que exigían².

¹ Enrique López y Juan Ortega. *El juego: entre la habilidad y el azar*. Barcelona: Editorial Salvat, 1985.

² Alfonso Palma. *El juego y la apuesta ante el derecho*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas de la U. de Chile, 1960.

En la chueca se gana y se pierde

Antes del arribo español, los mapuches apostaban objetos y animales en el juego de la chueca. En la zona fronteriza, Diego Rosales registró que “se ganan unos a otros camisetas, perros, caballos, plata...”³. Lo que los aborígenes no conocían eran los juegos de azar que se instalaron con rapidez luego de la llegada de los conquistadores. Pedro Ruiz Aldea escribió que “además de la primera, monte, treinta y una, veinte y siete, once, tenderete, saben otros muchos que han inventado o aprendido de los chilenos”⁴. Pero los problemas llegaron pronto: la Tasa de Santillán (1559) prohibió a los indígenas practicar juegos con naipes, muy populares entre los hispanos.

De caballeros a apostadores

Durante los primeros años de la Conquista predominaron los juegos épicos de caballería. El imperativo de la hazaña y la proeza eran base de la más alta estima popular. Con el pasar de las décadas aparecieron otros juegos religiosos, utilizados por los cristianos con fines pedagógicos para evangelizar a la población amerindia.

Diversos cronistas registraron el choque cultural que produjo el violento arribo de los ibéricos al continente. Antonio de Herrera narró la impresión de los aztecas ante el descubrimiento del naipe español, mientras que Francisco López de Gómara escribió cómo los soldados de Francisco Pizarro perdieron el sangriento botín del inca Atahualpa jugando a los dados y dobladillas.

La preocupación del reino se manifestó en diversas ordenanzas que prohibían jugar a los caballeros en España. Pero pese a las disposiciones legales, los hispánicos no cesaron en su pasión por las apuestas. La Real Cédula del 23 de mayo de 1608 establecía que la

³ Diego Rosales, *Historia general del reino de Chile*, volumen I, citado por Eugenio Pereira Salas, op. cit., p. 127.

⁴ Pedro Ruiz Aldea. *Los araucanos i sus costumbres*. Santiago: Guillermo Miranda, 1902. Página 26.

multa de “los seiscientos maravedíes que se instituyeran en España para detener este vicio, no era suma considerable en las Indias, porque el que se ponía a jugar sentía poco el castigo, debiendo las autoridades tomar medidas más conducentes para combatir a gente tan ociosa”⁵.

En una de las primeras Leyes de Indias, dictadas por Felipe III en 1609, se hacía referencia a los juegos practicados por la autoridad: “Júntase a jugar en tablajes públicos mucha gente ociosa de vida inquieta y depravadas costumbres, de que han resultado muy grandes inconvenientes y delitos atroces en ofensa de Dios nuestro Señor, con juramentos, blasfemias, muertes y pérdidas de hacienda, que de semejantes distraimientos se siguen, demás de los desasosiegos e inquietudes que han causado, perturbando la paz y unión de la República, por el interés de baratos y naipes; y porque estas juntas, juegos y desórdenes suelen ser en las casas de los gobernadores, corregidores, alcaldes mayores y otras justicias a cuyo cargo y obligación está el castigo y ejemplo público, en que también se hallan notados los eclesiásticos...”⁶.

Algunos años antes el rey Carlos I ya había hecho una advertencia sobre los juegos de azar: “En materia de tanta consideración, conviene prevenir el remedio y cautelar el daño”. Mientras el monarca manifestaba su preocupación, un noble representante suyo en las australes tierras americanas entregaba sus horas al juego. “Y aunque jugaba muy largo, no se reservaba cosa para sí, gustando más de darlo de barato, aun lo que ganó al capitán Machicao, que fué tanto que en la sola una mano fueron catorce mil pesos de oro al juego de la dobladilla”, escribió el soldado Pedro Mariño de Lobera al trazar la semblanza de Pedro de Valdivia.

Otro avezado jugador fue el gobernador Alonso de Ribera, quien fue acusado a la corona en 1598 por el fiscal Francisco José Merlo de La Fuente con este testimonio: “Él autorizaba con sus propios hechos los juegos que el rey tenía severamente prohibidos en todos los dominios cuales eran los dados, treinta por fuerza y otros”.

⁵ Revello, Ballesteros y Beretta. *Historia de España y su influencia en la historia universal*. Tomo IV, segunda parte, Madrid, 1927, páginas 590-591.

⁶ *Novísima Recopilación de Leyes de Indias*. París: Librería Don Vicente Salvá, 1846. Título segundo, ley II.

La zanahoria y el garrote

Un par de siglos después el asunto se tornó cada vez más caótico. Bajo el reinado de Carlos III todas las normativas referentes a la materia se compendiaron en una “Pragmática”, publicada en octubre de 1771. Aquí están las razones de dicha acción: “Habiendo sabido con mucho desagrado, que en la Corte y demás pueblos del Reyno se han introducido y continúan varios juegos, en que se atraviesan crecidas cantidades, siguiéndose gravísimos perjuicios a la causa pública con la ruina de muchas casas, con la distracción en que viven las personas entregadas a este vicio, y con los desórdenes y disturbios que por esta razón suelen seguirse”.

En su “Pragmática”, Carlos III delimitó los espacios de la vida privada de sus súbditos del otro lado del Atlántico. Prohibió a “artesanos, menesterales de qualquier oficio, así maestros como oficiales y aprendices, y los jornaleros de todas clases jueguen en días y horas de trabajo”. En esa época la jornada comprendía entre 6 y 12 de la mañana y de 2 a 8 de la tarde. Lo mismo fue aplicado a las canchas y ramadas que podían abrir “sólo el día de fiesta, en que parece lícita la diversión y descanso y que se cierran en los días de trabajo para evitar los graves perjuicios y desorden que ocasionaba la distracción del juego en los días que se deben destinar a la labor”⁷. No obedecer podía costar caro: los dueños de las casas de juegos arriesgaban una pena de hasta ocho años de cárcel.

También hubo otras formas de castigo. El historiador eclesiástico Crescente Errázuriz, hoy inmortalizado en un par de calles y pasajes, escribió que en la Colonia “había cundido en tal forma el vicio que el Cabildo de Santiago hubo de decretar severos castigos contra cuantos en las minas o en sus términos jugaran a los naipes, dados, bolas, etc. Y si el culpado era español, debía pagar cien pesos de buen oro de ley perfecta. Negros,

⁷ Solicitud de permiso para instalar una cancha de bolos, Archivo Nacional, Capitanía General, vol. 572, pieza 26, 1764, Santiago.

esclavos y yanaconas recibirían cien azotes a la primera infracción, doscientos en la reincidencia y se les mantendría un día atado a la picota”⁸.

Los castigos fueron mutando. Incluso los hubo autoimpuestos, como en el caso del cuchillero santiaguino Alfonso de Juárez, quien prometía: “No jugar a ningún juego de barajas, tablas, bolos ni otro alguno, por tiempo de espacio de cuatro años que comenzará a correr desde hoy día de la fecha de esta carta y si jugare alguno de dichos juegos incurriré en pena de quinientos pesos de a ocho reales, los cuatrocientos para gastos de la Santa Inquisición y los cientos para la persona que denunciare que he jugado y probare haberlo hecho, y me obligo a los pagar y cumplir sin réplica alguna ni subvenir contra esta escritura en ningún caso”⁹.

El problema de los juegos de azar cruzó diversos gobiernos coloniales. Los bandos de Guill y Gonzaga (1766) y de Guzmán (1787) marcaron precedentes en la prohibición formal de esta entretención. “Que nadie tenga mesas de rifas, aunque sea con pretexto de devoción, ni concurra a ellas echar suertes para ganar vidrios, alhajas, ropas ni otros efectos, so pena de perder las cosas rifadas y las cantidades y precio que se pagaren para rifar con el duplo de su valor a los que las pusiesen”¹⁰, decretaba el “Bando de Buen Gobierno” publicado en 1799.

Las cartas sobre la mesa

Los naipes, registrados en las crónicas de Luis Thayer Ojeda con sus precios de comercialización, provienen de los remotos años del Descubrimiento y la Conquista. En este último período uno de los divertimentos más practicados por los españoles fue el de las dobladillas. Con el desarrollo de la Colonia fueron cobrando fuerza juegos como: el treinta por fuerza, la malilla, la brisca, la pandorga, el gallo, el julepe, el triunfo, el siete

⁸ Crescente Errázuriz, “La vida en Santiago a los doce o catorce años de su fundación”. Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo II, nota 5.

⁹ García Corvalán. Archivo Nacional. *Escribanos de Santiago*. Volumen 98. Fojas 252.

¹⁰ Archivo Nacional. Capitanía General. Volúmenes 805 y 929. Las citas corresponden al “Bando de Buen Gobierno” de don Joaquín del Pino (1799). Publicado en la Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo XC, 1941.

alegre, la pichanga y el infantil “p-t- sucio”, como es descrito por Eugenio Pereira Salas en “Juegos y alegrías coloniales en Chile” (Zig-Zag, 1947).

Pero para jugar cartas primero había que producirlas. Los libros de la Tesorería de 1653, citados por Claudio Gay, registran que Concepción era el “principal centro de consumo de los naipes”, con 2500 barajas vendidas en el año. Santiago figuraba bien atrás, con sólo 1095. La Real Audiencia, advertida del explosivo crecimiento de este juego, controló la impresión de las cartas entre 1652 y 1698. Las razones del cierre de la empresa no están claras. Varias décadas después, con la llegada de la imprenta al país, vino el estanco de naipes que fue suprimido en el gobierno de Bernardo O’Higgins. En efecto, una de las primeras medidas tras la Independencia¹¹ fue el decreto que permitía fabricar libremente naipes en el territorio nacional.

Diversos documentos dan cuenta de que los trabajadores jugaban naipes durante sus jornadas laborales tanto en las faenas, agrícolas o de obras públicas, como en los ferrocarriles. Las apuestas se mezclaban, a menudo, con el trabajo.

Hasta la camisa

En 1770 las autoridades nuevamente se referían al problema de las apuestas. Un nuevo bando ordenaba que “en las canchas de bolos no se jueguen dados, ni otros de envite, pena de doscientos azotes a los que contravinieren siendo plebeyos, seis años de destierro siendo españoles y a mi arbitrio si fuere de calidad, entendiéndose la misma pena con el canchero, bochero, o dueño de casa, que permitiese los expresados juegos”¹².

La viajera inglesa Mary Graham dio cuenta, en “Diario de mi residencia en Chile en 1822”, de la popularidad de los bolos: “Este es el juego favorito y tengo la seguridad de que no

¹¹ Bernardo O’Higgins emitió este decreto el 13 de abril de 1818.

¹² Eugenio Pereira Salas, op. cit., p. 151.

hay peón de la vecindad que no haya perdido y ganado alternativamente, no sólo todo su dinero, sino hasta la camisa, por lo menos media docena de veces al año, en este juego”¹³. Es preciso detenerse en una gran diferencia: en el siglo XIX los participantes impulsaban las esferas con mazos de madera.

En las canchas de bolos convivían también los juegos de azar, los naipes y los dados. La historia registra diversos hechos de sangre acaecidos en estos lugares donde el alcohol no podía faltar. Por ejemplo: en febrero de 1877 ocurrió un asesinato entre conocidos que tomaban chicha en una cancha de la capital¹⁴.

En la cancha se ven los gallos

Hacia fines del siglo XVIII las peleas de gallos eran un juego muy popular. Según Eugenio Pereira Salas en 1773 asistían más de cuatrocientas personas a las funciones de la cancha de gallos de Santiago. En 1808 fueron suprimidas por un decreto hasta que Francisco Antonio García Carrasco, el último gobernador de la Colonia, se encargó de restablecer su legalidad. Él mismo, cuenta el autor de “Juegos y alegrías coloniales en Chile”, “se ocupaba de criar gallos, hacerlos reñir y cortarles la cabeza cuando eran vencidos”¹⁵.

Juan Uribe Echavarría y Carlos Fabres Guzmán escribieron el libro “La riña de gallos”¹⁶, publicado por Ediciones Universitarias de Valparaíso en 1979. Esta investigación destaca por la amplitud de su análisis, que incluye las manifestaciones de este juego en la India, Grecia, Roma, Europa y América.

¹³ Mary Graham. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*. Santiago: Francisco de Aguirre, 1992. Páginas 69-70.

¹⁴ *El Ferrocarril*, Santiago, 20 de febrero de 1877.

¹⁵ Eugenio Pereira Salas. Op. cit., p. 154.

¹⁶ Libro disponible para su descarga en Memoria Chilena: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0015594.pdf>

Una experiencia religiosa

La Iglesia Católica posee un vasto itinerario de oposición y condenas a los juegos de apuesta. Una de sus manifestaciones más remotas fue la calificación de la chueca como una actividad herética porque los mapuches hacían “muchas idolatrías, invocando al demonio la noche antes y hablando con él y ofreciéndole cosas para que les haga ganar, usando de muchas ceremonias diabólicas con la bola con que han de jugar, y adorando y reverenciando al demonio con reverencia sólo debida a Dios; y hacen grandes borracheras hombres y mujeres, donde cometen pecados, gravísimos pecados de lujuria, como gente sin juicio y gobernadas por el demonio, y suelen matarse unos a otros”¹⁷.

Casi un siglo más tarde, en 1724, el artículo 19 del reglamento del colegio de San Francisco Javier prohibía las entretenciones de envite y azar “fuera de los permitidos en el colegio y a éstos no podrán dinero sino estampas, aves marías u otras cosas devotas”. Pero el problema podría ser peor. A mediados del siglo XIX, las autoridades clericales dispusieron la pena de excomunión a quien “jugare como está al mandado más de cincuenta áureos”¹⁸.

No jugarás

Diversas reales cédulas, recogidas por el historiador argentino José Miguel Torre Revello, apuntaron a erradicar el vasto catálogo de juegos de envite y azar. Un detallado documento colonial prohibía a las “personas estantes en estos reinos, de cualquier calidad y condición que sean, los juegos de banca o faraón, baceta, carteta, banca fallida, sacanete, parar, treinta y cuarenta, cacho flor, quince, treinta y una enviada, ni otros cualquiera de naipes que sean de suerte o azar, o que no se jueguen envites aunque sea de otra clase y no vayan en sí especificados, como también los juegos de bisbis, oca o aucados, tablas, azaraes y chuecas, bolillo, trompico, palo o instrumento de hueso o metal, taba, cubiletos, dedales, nueces, correguela, descargar la burra, etc”.

¹⁷ *Sínodo Diocesano de Santiago de Chile celebrado en 1626 por el Ilustrísimo señor Francisco González de Salcedo*. Santiago: Editorial Historia, 1964.

¹⁸ Moneda de oro.

En 1788, siendo gobernador de Chile, Ambrosio O'Higgins intentó nuevamente vetar los juegos a través de su Bando de Buen Gobierno. Pero en la recta provincia los hábitos no cambiaban por decreto. Así lo registró en 1819 el viajero inglés Alejandro Caldcleugh: "El chileno dedica días enteros a jugar toda clase de cartas o a los dados, y algunas veces se le ha visto desprendiéndose hasta de la última prenda de vestir para pagar la última jugada afortunada. En las esquinas de las calles se establecen mujeres a vender fruta, especialmente sandías: siempre se las ve rodeadas de huasos apostando si las sandías son de interior rosado o blanco, un motivo común de apuesta, y un momento después no se ven más que cáscaras"¹⁹.

Luego del emblemático triunfo de la Batalla de Maipú, la nación independiente comenzó a definir sus prioridades. Bernardo O'Higgins Riquelme decretó, el 7 de mayo de 1818, la prohibición total de los juegos de envite. Estas fueron sus razones: "Son ya repetidas las quejas que se me han dado sobre el desorden con que se permiten los juegos de envite en varias casas particulares, i aun en los cafes públicos. En las primeras se pierden crecidas sumas de dinero, de que resulta la ruina de varias familias: i en los segundos se atraviesan tambien cantidades desproporcionadas a las facultades de los concurrentes (...) Por lo tanto declaro prohibidos absolutamente toda clase de juego de envite, asi en las casas particulares como en las de diversión pública"²⁰.

Los juegos de azar y envite

Con el triunfo del bando independentista se terminaron varias historias pero, a la vez, se comenzaron a escribir otras. Además de los problemas de orden público que acarrearón los juegos de apuesta en los albores del Chile republicano, hubo registros de juego patológico desde los años más tempranos. Este es el testimonio del subdelegado de la 3° sección de Carrizal en 1844: "Hayer primero a ocurrido una Señora a pedirme el remedio de contener a su marido en este bicio, diciéndome que en dos otras casas de las mejores de la Calle de Chimbarongo se hamanecen jugando monte y primera, y que por esa causa

¹⁹ Alejandro Caldcleugh: *Viaje a Chile en 1819, 1820 y 1821*. En: Samuel Haigh, Alejandro Caldcleugh y Max Radiguet: *Viajeros en Chile 1817-1847*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1955.

²⁰ B.L.D.G., 1810-1823, mayo de 1818, p. 183.

se encuentra ella y su familia espuesta ya, a la mendicidad por haber jugado su marido, en dichas casas la pequeña fortuna con que contaba para subsistir”²¹.

Marisol Martínez Muñoz, licenciada en historia de la Universidad de Chile, plantea en su tesis de grado “De público jugador a oculto garitero: el juego de azar en Chile o la historia de un oficio prohibido” (Facultad de Filosofía y Humanidades, 2006) que el auge de los juegos de azar desde el siglo XVIII se explica por el desarraigo, producto de trabajos estacionales, los salarios precarios y las formas marginales de sostenimiento que permitieron que el juego se convirtiera en una especie de trabajo para subsistir.

La investigación de Martínez da cuenta de algunas maulas²² o fullerías²³ comunes durante los siglos XVIII y XIX. La prensa dio cuenta de ellas, registrando la detención de sujetos que portaban monedas falsas con las que adquirirían especies o las usaban para jugar. Lo mismo ocurría con los naipes, cuya fabricación estuvo regulada por el estanco hasta 1818.

El “roto chileno” fue reconocido por diversos atributos hacia fines del siglo XIX. Recaredo Santos Tornero, editor y director de El Mercurio de Valparaíso, publicaba en París su “Chile ilustrado”, obra en que afirmaba que los peones “no reconocen más goce que el juego de naipes y el licor. Todo cuanto gana lo prodiga sin piedad en asquerosas orjías, en las que ha de quedar completamente ebrio... entonces se hace pendenciero y camorrista...”²⁴.

Boliches y garitos

El espacio para apostar fue mutando a través de la historia. Desde el siglo XIX se registran nuevos lugares para practicar esta actividad prohibida: los garitos. Estos centros

²¹ “Comunicación del Subdelegado de la 3° sección. Carrizal, 2 de enero de 1844”, en A.I. Col., vol. 28. s/f.

²² Engaños o artificios encubiertos.

²³ Trampas y engaños que se cometen en el juego.

²⁴ Recaredo Santos Tornero. *Chile ilustrado*. París: Imprenta Hispanoamericana de Rouge, 1872, p. 466.

clandestinos estaban ubicados dentro de pensiones, boliches, cafés, billares o fondas. En ellos se reunían jugadores de diversas edades y clases sociales.

Los antecesores de los casinos poseían una estructura jerárquica que operaba así: los gariteros, dueños del local, contrataban a los talladores, quienes retiraban la comisión de la casa por cada apuesta. Otro empleado común era el loro, quien se ubicaba en la puerta del local para advertir a los jugadores de la presencia de serenos, agentes o carabineros.

En caso de ser descubiertos, la actitud de los jugadores era la misma que registró Hernán Cortés en los primeros años de la Conquista de América: “Toman la determinación de jurar a que no jugaban a juegos de los prohibidos y es público que muchas personas jugadoras tener hecho juramento acerca de no decir la verdad en los juramentos que les tomaren...”²⁵.

La evolución del juego en los garitos derivó en casinos clandestinos que incluso contaban con fichas cambiables en dinero. Al llegar el siglo XX el oficio de tallador dio paso al de “gruppier”. Las autoridades, complicadas con el problema, facultaron a la policía para allanar y descerrajar cualquier lugar sospechoso. La orden era clara: detener a todo el que se encontrara en su interior, estuviese o no jugando.

La presencia de garitos se mantuvo con fuerza en los extremos del país hasta bien entrado el siglo XX. De ello da cuenta este proceso ejecutado en Arica en 1928: “Para comprobar en forma precisa la estabilidad de un garito hoy día, es imposible obtenerlo, porque dichos individuos se valen de todos los medios a fin de lograr la impunidad, y lo efectúan en mesas no destinadas al objeto...”²⁶. No es casual que el segundo casino de juegos del país fuera instalado, en 1960, en la ciudad norteña.

²⁵ Carta de Hernán Cortés (1529). Citada en *Juegos, fiestas y diversiones en la América española* de Ángel López. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992, p. 296.

²⁶ “Contra Dionisio Araya i por otros juegos de azar”, A.N. Judicial Arica, leg. 449, pieza 6, 1928.

Jugadores de fina estampa

“Hombres de clase” también figuran en los archivos judiciales de diversas regiones de Chile. En Copiapó, a mediados del siglo XIX, circulaba el rumor de que el nuevo intendente, Juan Melgarejo, le habría ganado 30 mil pesos al gobernador José María Montt. La respuesta de los tribunales fue elocuente: “Siendo tan falso el que hayan jugado, que cree que ni siquiera se ha pensado tal cosa, ni aún por puro entretenimiento han tenido juego de ninguna clase (sic)”²⁷.

Un poco más al sur, en la capital, estaba el negocio de Francisco Matte en que se vendían géneros y tabaco. El locatario fue acusado en diversas ocasiones de ganar con trampa, actuando con dos tahúres²⁸ desde las “días de la noche hasta el amanecer”. Un jugador señaló durante el proceso, en 1781: “Cuando lo amenacé con demandarlo, me dijo que hiciera lo que quisiese, que plata tiene para defenderse”²⁹.

Casi al llegar al siglo XX, en la década de 1880, el oidor José Ramón Ballesteros inmortalizó su preocupación por la transversalidad de este vicio: “Es también signa de la mayor atención otra clase de juego que regularmente es la *banca* que fomentan las gentes de mayor clase, en que no sólo se aventuran crecidas sumas entre pudientes y no pudientes, sino que, generalmente, se usa en ellos de mala fe, no omitiéndose fullería ni toda aquella especie de engaños que se les asegure su ganancia a los tahúres o más expertos contra los incautos o menos instruídos, habiendo casas en que se consienten por el interés de la que se llama *coima* o gratificación que dejan los gananciosos a las señoritas o dueñas de casa”³⁰.

²⁷ “Causa seguida de oficio contra varios individuos sobre averiguar el origen de un rumor divulgado en la población de haberse tenido juego de azar en casa del Señor Intendente don Juan Melgarejo, A.N., Judicial Copiapó, leg. 23, pieza 26, 1841.

²⁸ Jugadores fulleros.

²⁹ “Contra Francisco Matte por cobro de pesos”, A.N. Real Audiencia, vol. 3189, pieza 2, Santiago, 1781.

³⁰ Informe del oidor José Ramón Ballesteros incluido por Benjamín Vicuña Mackenna en su *Historia de Santiago*, citado por Eugenio Pereira Salas en *Juegos y alegrías coloniales en Chile*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1947. Página 205.

Solución redonda

Luego de tanto problema con los juegos de azar y envite, el “Diccionario Dieciochesco de Autoridades” definía al juego de pelota como “diversión y ejercicio honesto, que ordinariamente usan nobles y gente honrada”.

En 1803 la Capitanía General propuso la difusión del juego de la pelota para reducir los perniciosos niveles de apuesta registrados a comienzos de siglo. La pelota³¹, a juicio de las autoridades, tenía las virtudes de ser “una inocente diversión, preferible al monte, naipes, dados, rameras y vinos; entretenimiento generalmente adoptado en todo el mundo culto, tanto que no hay una ciudad de la Europa ilustrada y algunas de América donde no se fomente esta diversión”³².

³¹ Un estudio del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea estableció que en diciembre de 2010 el 32% de los chilenos practicaba un deporte. El 49% mencionó practicar el fútbol, seguido por el tenis (9%), el básquetbol (5%) y la natación (4%). Ver informe de prensa en: <http://www.slideshare.net/mandelmar/chile-estudio-nacional-del-ftbol-encuesta-cerc-diciembre-2010>

³² “Permiso para instalar una cancha de juego de pelota”, A.N. Capitanía General, vol. 3203, pieza 5, Santiago, 1803.



II. Casinos

“La GCU juega para entretenerse y no para ganar o perder.
Tengamos presente que en las otras cosas ganaremos siempre”

Jorge Sasía en *Manual de Urbanidad para pirulos* (Cerro Santa Lucía, 1981)

De casa de campo a mundo de entretenición

*Uno llegar e incorporarse al día
dos respirar para subir la cuesta
tres no jugarse en una sola apuesta
cuatro escapar de la melancolía*

Mario Benedetti en "Memorándum" de *Preguntas al azar* (1986)

1983. Las Vegas, Nevada, Estados Unidos. Benedicto Villablanca, el boxeador melipillano que fue campeón mundial por 19 días³³, se medía ante el nuevo monarca de la categoría junior ligera, Roger Myweather. Poco se puede decir de la pelea en que el chileno demoró 2 minutos y 45 segundos en caer tumbado. De lo que sí se puede hablar es del comportamiento de un integrante del equipo técnico del púgil, quien fue descubierto luego de depositar 600 monedas de \$100 chilenos en las máquinas tragamonedas del casino. El costo de cada ficha original ascendía a un cuarto de dólar. El periodista Andrés Zahri, enviado especial de "Tele 13" en esa ocasión, recuerda que la Embajada de Chile en Estados Unidos tuvo que devolver el dinero al hotel³⁴. Pagó Moya.

Como en casa

El Diccionario de la Real Academia Española consigna que la palabra "casino" surgió en Italia como diminutivo de la palabra "casa de campo". Luego de la erradicación de los garitos, que fueron verdaderas casas clandestinas para los apostadores, el casino apareció en Chile como el espacio legal para practicar los juegos de azar.

³³ El Mercurio Deportes. "Derrotas a la chilena". Lunes 13 de diciembre de 1999. Edición en línea disponible en: <http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id={ef2de7ce-9375-4fb7-a1d3-5fd286c1f5f9}>

³⁴ Andrés Zahri. *Off the record*. Santiago: Copygraph, 2007. Páginas 45-46.

De garito en garito

Los dados y naipes llegaron con los conquistadores españoles. Luego fueron objeto de entretención en las aristocráticas tertulias y reuniones familiares. Pero la popularización de estos juegos tuvo lugar en tablajes, garitos, garipauchos o casas de juego regentadas por diversos personajes. En el Santiago de 1798 era famosa la casa-fonda de Francisco Lampaya. En el recinto de calle Compañía eran infaltables las riñas a cuchillo y los “excesos inexplicables” ocurridos en sus piezas interiores. La casa de juegos, pese a haber sido clausurada por un bando del gobernador Gabriel de Avilés y del Fierro, siguió funcionando en Monjitas.

Así quedó registrado el establecimiento de Lampaya en un parte judicial de la época: “En la esquena a la mediagua, en donde era antes botica en que hay mucha desenvoltura, de la plebe en la fonda de juegos... y mujeres de quien querra el vecindario pasan por allá sin temor a multas...”³⁵.

Maulas y fullerías

Además de los desórdenes de la casa de Lampaya, a fines de la Colonia la historia registra al maestro de las maulas del juego: Santiago Chena. Este hombre era descrito como un “jugador empecinado, aventurero empedernido, trotamundos que viajaba de ciudad en ciudad con barajas marcadas, dados cargados y bolos compuestos”. Los juegos de moda en esos tiempos eran el faraón, el monte, el sacanete, el sacar suyo, las pitillas, el quince, el sacar sin parar y la brisca.

Pero Santiago no actuaba solo, tenía por socio a su hermano Pedro. Ambos fueron detenidos en 1796, luego de una larga búsqueda, por ir de pueblo en pueblo sin “otro ejercicio que jugar quanto juego hay y sacar coimas así en esta ciudad como en los

³⁵ Cabildo de Santiago. “Autos contra Francisco Lampaya por tener un bodegón, casa de juego y otros delitos”. 1798. Vol. 2123. Pieza 7ª. 11 fojas.

lugares y villas donde hay fiestas, transportándose sin otra que el bolo, dados y barajas”³⁶. Sonarán inocentes los cargos, pero los Chena eran de temer. Uno de ellos fue acusado de herir a un hombre “sin otro motivo que no haber querido jugar con él”.

Los tahúres, como los Chena, fueron perseguidos por la justicia por jugar con “naipes marcados, dados cargados y bolos compuestos”. Hacían del juego de azar, con maula y fullería, una profesión.

Otro célebre jugador fue Pioquinto Candía. Hacia 1780 se le preguntó en Yumbel “que oficio o modo tenía para mantenerse... respondió que era jugando todos los juegos así dados como los demás juegos”³⁷. Medio siglo después el ladrón José Huerta (16) había estado en la cárcel en varias ocasiones. Su astucia le permitió escaparse de todos los encierros. La descripción de la justicia para su captura decía: “Su boca es regular tirando a grande, es muy risueño y se hace el leso”³⁸.

En 1781 fue allanado el local de Toribio Ahumada. El procedimiento entrega algunos detalles sobre las “maulas” del juego. En la ocasión fueron apresados Ahumada, Salvador Mardones y Diego Muñoz, reconocidos “jugadores de profesión”. En el proceso los inculcados reconocieron que además de sacar medio real de coima en cada “naipada”, se paseaba uno de ellos detrás de los jugadores para ver sus cartas. La táctica también incluía el empleo de barajas marcadas o señaladas. Incluso a veces empalmaban cartas o ponían un espejo debajo de la mesa para observar el desarrollo del juego. Pura pillería.

También había formas más honradas para cargar positivamente los naipes. Fernando Rodríguez cuenta, en “Tierras de Pedro Ramírez”³⁹, que el naipe se cura llevándolo a un cerro y depositando las cartas en tierra virgen. Luego se deben encender siete velas

³⁶ “Contra Santiago y Pedro Antonio Chena por juegos prohibidos”, A.N. Real Audiencia, vol. 2716, pieza 6, Santiago, 1796.

³⁷ “Contra Pioquinto Candía por vago”, A.N. Judicial Yumbel, Partido de Rere, leg.8, pieza 7, 1780.

³⁸ “Contra José Huerta por hurto de animales y otras especies”, A.N. Judicial San Felipe, leg. 16, segunda serie, pieza 6, 1847.

³⁹ Rafael Fernández Rodríguez. *Tierras de Pedro Ramírez*. Santiago. 1944.

alrededor del mazo. El interesado debe permanecer de rodillas ante las cartas hasta que se consuman las velas, con los ojos fijos en los naipes recitando:

*San Cipriano, San Cipriano,
cura el naipe por tu mano,
que la pinta que yo "cante",
en el mazo se levante,
y en el "cuarto" las cuarenta
sean siempre de mi cuenta.
San Cipriano, San Cipriano
cura el naipe por tu mano.*

Más gritón que loro de garito

Desde el siglo XIX se registra una nueva forma de lucro que luego devendría en la figura de los casinos. Los gariteros, dueños de casas clandestinas de juego, comenzaron a proporcionar barajas a los jugadores y a cobrar coimas. Los "talladores" se encargaban de retirar "el derecho que cobra la casa", mientras que el "loro", se ubicaba en la puerta del local para advertir a los jugadores de la presencia de serenos, agentes y carabineros.

Con la venia de la ley: los casinos

La presencia de garitos se mantuvo hasta mediados del siglo XX. Las autoridades, conscientes de la necesidad social del juego, regularon el mercado a través de leyes que aprobaran la edificación de casinos. El artículo 8 de la Ley N° 4.283 de 1928 creó el casino de Viña del Mar, primer recinto público de juegos regulado por el Estado. El desenvolvimiento de la industria fue lento. Tuvieron que pasar treinta años para que la Ley N° 13.039 autorizara el funcionamiento del establecimiento de Arica. El sur tuvo que esperar hasta agosto de 1969, año en que se permitió el funcionamiento de un casino en Puerto Varas. Bajo la dictadura de Augusto Pinochet, en 1976, se aprobó la construcción

del casino de Coquimbo. Una de las últimas medidas del gobierno militar fue la autorización a los de Iquique, Pucón y Puerto Natales⁴⁰.

Una nueva etapa se inició en 2005, penúltimo año del gobierno de Ricardo Lagos, con la promulgación de la Ley N°19.995 que permite la operación de 18 nuevos casinos de juego en el país⁴¹ que serán fiscalizados por la Superintendencia de Casinos de Juego. En rigor, la iniciativa legal permite el funcionamiento de 24 casinos en el total del territorio nacional, excluyendo a la Región Metropolitana. Pero al entrar en vigencia la disposición ya existían siete bajo la modalidad de concesión municipal: Arica, Iquique, Coquimbo, Viña del Mar, Pucón, Puerto Varas y Puerto Natales⁴².

Los casinos hoy

Una de las características de esta nueva industria es que la Ley N°19.995 establece que los casinos que la conforman deben pagar un impuesto específico equivalente al 20% de los ingresos brutos de juego, el que se distribuye en partes iguales entre la municipalidad y el gobierno regional respectivo. Este monto deberá ser destinado exclusivamente al financiamiento de obras de desarrollo. Además, el referido cuerpo legal establece un impuesto por el ingreso a las salas de juego equivalente a 0,07 UTM destinado a rentas generales de la nación.

⁴⁰ Ver detalle de leyes y decretos seleccionados por la Biblioteca del Congreso Nacional en anexos.

⁴¹ Casinos operativos fiscalizados por la SCJ: Sol de Atacama, Enjoy Antofagasta, Antay Casino & Hotel, Casino Rinconada, Casino de Juegos del Pacífico, Monticello Grand Casino, Casino de Colchagua, Gran Casino de Talca, Casino Termas de Chillán, Marina del Sol, Casino Gran Los Ángeles, Dreams Temuco, Dreams Valdivia, Casino Sol Osorno, Dreams Punta Arenas. Casinos en construcción que serán regulados por la SCJ: Casino Gran Ovale, Rantrur y Casino de Juegos de Coyhaique.

⁴² Dentro del máximo de 24 casinos, establecidos por la ley, no se considera a la comuna de Arica, en virtud de la Ley N°19.669, del año 2000, que permite la autorización de un número ilimitado de casinos de juego en dicha comuna.

El detalle del monto apostado durante 2011 en los establecimientos fiscalizados por la Superintendencia de Casinos de Juego es el siguiente:

Monto Total Apostado por Categoría de Juego año 2011		
Categorías de juego	Monto Total Apostado o Jugado Año 2011	Porcentaje Sobre el Total Apostado
	\$	%
Mesas: Ruleta, cartas y dados	208.967.591.404	6,6%
Máquinas de azar	2.967.729.896.490	93,3%
Bingo	2.461.576.000	0,1%
Monto Total Apostado o Jugado	3.179.159.063.894	100%

En 2011, la nueva industria de casinos generó ingresos brutos de juego o “win” por \$248.861 millones, equivalentes a US\$ 514,98 millones. Estas cifras permitieron obtener una recaudación fiscal por sobre los \$41.552 millones por concepto de impuesto específico⁴³.

Las máquinas de azar constituyen la categoría de juego más relevante en la generación de ingresos brutos para las empresas. El parque de 8.705 máquinas de azar en funcionamiento en los 15 casinos en operación en 2011 generó el 77,59% del total de “win” de la nueva industria. En segundo lugar, los juegos de cartas generaron el 14,06% de los ingresos brutos de juego. La categoría de ruleta generó un 7,51%, seguida por la categoría de dados con un 0,56%.

Las visitas a los 15 casinos de juego en funcionamiento en 2011 sumaron un total de 6.433.723 personas, lo que representa un alza de un 34,9% con respecto a 2010. La mayor participación en número de visitas la registró Monticello Grand Casino con 18,5%, seguido de Marina del Sol con 15%, Casino Rinconada con 9,3%, Dreams Temuco con 8,9% y Enjoy Antofagasta con 8,4%. En conjunto, estos cinco recintos representaron el 60,1% del total.

⁴³ Fuente: “Informe de la nueva industria de casinos de juego (2011) – Ley 19.995” de la Superintendencia de Casinos de Juego. Disponible en: http://www.scj.cl/descargaarchivo/descarga/51720120531173642Informe_Industria_Casinos_2011.pdf

Finalmente, antes de entrar a las salas de juego, es preciso indicar que el gasto promedio por visita en 2011 alcanzó a \$38.681. El casino que obtuvo el mayor gasto promedio por persona fue Monticello Grand Casino con \$59.602, seguido por Casino Rinconada con \$49.191 y, en tercer lugar, Enjoy Antofagasta con \$ 45.629.

Casino: vermut, noche y madrugada

Joaquín Edwards Bello tuvo valor. Valor para huir de lo que los demás quisieron hacer de él. Valor para criticar a la aristocracia nacional a la que pertenecía desde la cuna. Valor para apostar cuantiosas sumas de dinero en el casino. Pero sobre todo, tuvo valor para pegarse un tiro en la boca un año antes de que el hombre pisara la luna.

Joaquín era nieto de Andrés. Andrés Bello, el maestro de Simón Bolívar. El descendiente de tan célebre intelectual era un hombre solitario, de pocos amigos, y de temperamento cambiante. Aunque el juego era parte importante de su personalidad. Cuando llegaban visitas inesperadas a su casa de Santo Domingo 2315, se ponía una máscara y abría un poco la puerta para responder: “El señor no está, se ha ausentado de la ciudad”. Decenas de invitados de piedra apreciaron máscaras aztecas, quechuas y venecianas desde la calle.

Más Bello que Edwards

Hijo de un minero que llegó a ser banquero, Joaquín Edwards Bello nació en el Valparaíso de 1887. Escribió, según Francisco Coloane, más de diez mil crónicas que fueron publicadas en sus “jueves” de La Nación. Nunca quiso aprender a escribir a máquina. Llevaba personalmente sus manuscritos, revisados varias veces, al diario fundado por Eliodoro Yáñez en 1917. El hombre era perfeccionista. En varias ocasiones se devolvía a la redacción pidiendo cambios de último momento: había una coma mal puesta o un punto que no le convencía.

El escritor no tuvo estudios universitarios. En verdad, nunca se sintió muy a gusto en el sistema formativo. En una de sus crónicas recuerda: “Desde la sala de clases miraba el cerro con un solo deseo: salir volando. El mundo no podía ser tan feo como el liceo”.

En 1960 se refirió a Jorge Cuevas, el chileno que se convirtió en el célebre marqués de Cuevas luego de casarse con Margaret Strong Rockefeller: “A mí no me agradaba.

Prefería el trato con tipos más batalladores, los escritores bohemios, los tahúres y los tunantes”. Pero al autor de “El bombardeo de Valparaíso” también lo aburría la oligarquía local: “Por mi parte declaro que en la alta sociedad chilena hay poquísima gente de vida intensa, novelable (...) No tengan cuidado en la sociedad rica. No voy a retratar a nadie”.

El vil metal

Un artículo del Clarín lo caracterizó como un hombre desprendido: “El dinero no le preocupó nunca y jamás hizo notar diferencia entre él y sus compañeros. Por el contrario, pudo parecer –a veces– que envidiaba el no haber sido pobre”⁴⁴. Pero el amante de Valparaíso tenía otra visión ocho años antes de suicidarse: “Los idealismos y el horror al vil metal conducen a la mediocridad en una época metálica hasta la médula. El dinero es todo, no solamente ahora”. Escándalo nacional causó, después de su muerte, la noticia de que el columnista vivía con una escuálida pensión de 374 escudos. Luego vinieron los homenajes póstumos de rigor.

Su archivo

En su vasto archivo, hoy custodiado por la Biblioteca Nacional, el autor de “El roto” incluyó diversos recortes vinculados a los casinos de Chile y el mundo. Uno de ellos titulaba: “Con naipes marcados opera en el Sur banda de estafadores”. El texto explicaba el *modus operandi* de la banda adulteradora de los naipes que eran “vendidos con anterioridad en clubes e instituciones en las cuales operan los estafadores”.

En otro recorte, finamente ilustrado, el poeta español Federico García Sanchiz escribía: “Acaso por eso mismo se da una importancia enorme al cuidado de la corrección personal en torno al tapete verde. No mostrarse contrariado en las ráfagas desdichadas, ni

⁴⁴ Salastio Eiriand. “A Joaquín le gustaba ser Bello y no Edwards”. Clarín Dominical, 25 de febrero de 1968.

excesivamente satisfecho en los afortunados instantes, significa la suprema aristocracia espiritual”.

“Elecciones – juego – vanidad – sacar plata ricos”, apuntó con un crayón azul sobre un artículo de César González Ruano titulado “¿Se jugará otra vez en España?”. Muchos de los recortes aparecen citados en sus crónicas, ordenadas en carpetas blancas que descansan en espaciosas cajas de cartón.

En “Pequeña filosofía acerca del naipe”, esta vez su tijera recogió la visión del periodista y poeta español Emilio Carrere, quien describía a los jugadores de cartas: “Ya nuestro viejo amigo Schopenhauer dijo que los hombres que no tienen ideas que cambiar cambian trozos de cartón”. Paradójicamente, Carrere hoy es recordado como un gran apostador.

Envidiosos de los que algo poseen

La prensa y los juegos tuvieron una estrecha relación durante la primera mitad del siglo XX. El Diario Ilustrado, en la década de los 40, publicaba la editorial “El juego, institución nacional”: “Y así tenemos que quincenalmente hay varios cientos de miles de personas confiando en la suerte y no en el trabajo ni en el ahorro, el mejorar su situación económica, y todos ellos quedan defraudados y amargados de su mala estrella, envidiosos de los que algo poseen, del orden establecido y de cuanto Dios creó”.

El sábado 13 de abril de 1946, La Nación publicaba una carta dirigida a Joaquín Edwards Bello. Firmaba un asustadizo hombre que escondía su identidad bajo el seudónimo de Crispín Pinela: “El caso es que oí decir, pero no me consta, que existen diversos juegos de azar, empezando por unos diabólicos llamados de diversos modos, con palabras cabalísticas o perversas. Unos los llaman hípica; otros turf o simplemente carreras. Me aseguraron no ha mucho que los entusiastas de esos perniciosos juegos de azar invierten al cabo de un año, no miles, sino millones de pesos”. La respuesta del Premio Nacional

de Periodismo (1955) fue escueta: “Quedo agradecido a su colaboración. Los datos pertenecen desde luego a las autoridades”.

Ciudad ruleta

“En ciertas horas de la tarde el aburrimiento nos grita: ¡A Viña! ¡Al Casino! ¡Al Casino!”. El lugar fue inaugurado el 31 de diciembre de 1930. Esa noche, el primer lanzamiento de la bolita cayó en el 8 negro. La ruleta no era nueva. Funcionaba en el sector de Recreo antes de la apertura del “templo del azar”. Luego de los discursos vinieron los bailes, las apuestas y las luces. Así comenzó 1931 en la ciudad jardín.

Para ingresar al Casino de Viña del Mar se exigía carnet de identidad y tenida formal. En 1956, J.E.B. publicaba: “Nunca creí que unos lindos ojos de chilena pudieran llenarse de lágrimas en público porque le cerraban una puerta. Ocurrió en el casino. Carecía de documentos y el portero no cedió. Le cerró el paso. La mujer, anhelante, amenazó. Nombró a un político famoso, gesticuló y finalmente lloró”.

Verano de 1956. En la entrada hay una fila de féminas con caras diferentes a las que “usan en las calles. Hay caras de casino”. Las mujeres que pasan la espera, y llevan su carnet, tienen dos opciones para disfrutar del juego. La jornada partía con la sesión vermut, de seis a nueve de la noche. Luego procedía el descanso de una hora para entrar en la sesión noche, que se extendía desde las diez de la noche hasta las tres de la mañana.

“Las que juegan mejor son ciertas damas de cincuenta a setenta años (...) Algunas ancianas son como hembras del canguro, con sus bolsas o marsupiales por delante, donde van depositando las crías, o fichas ganadas”, cuenta el cronista en una de sus visitas estivales.

“Mujeres bonitas son raras en las mesas de juego. Las pérdidas, y a veces las ganancias, los ponen feos a todos. A las tres de la mañana los jugadores son un conjunto de demonios”, añade y cuenta que en algunas ruletas de Viña del Mar la bolita caía con mayor frecuencia en el 7, el 9 y el 21. ¿El argumento? “Me consta que la bolita está sujeta a las mismas leyes de decadencia que nosotros los mortales. Tiene tics”.

Seis años después

“Me enervo al entrar, como caballo antes de la carrera. Hacía tiempo que no entraba en un casino. Seis años”. Así parte el relato, inserto en una serie de crónicas que publicó en la segunda mitad de la década de los 50.

"Ya estoy en el templo del azar (...) Hay tantas mesas de ruleta que uno se pierde. Las mujeres envidiadas en el juego carecen de coquetería. Van preparadas para la eterna pelea de lo mío contra lo tuyo. Todo asunto prohibido, irrazonable y excéntrico, atrae a las mujeres”, escribía el hombre que, según diversos artículos de prensa, fue uno de los jóvenes más atractivos del Santiago de comienzos de siglo.

“Vamos al punto y banca. El máximo es cuarenta mil pesos. Es preferible a las carreras. Las cartas no tienen jockey, ni dueño, ni preparador. No se pueden dopar”. Este juego es el preferido del autor y también, según sus escritos, del público asistente al único casino legal que operaba en Chile hasta la década del 60. La supremacía de la bolita es un fenómeno posterior en la localidad que, durante la temporada de seis meses de juego, se convertía en “Ciudad Ruleta”.

El escritor narra un par de historias sobre mujeres y ancianas ganadoras. La más emocionante es la de una dama morena y bien formada, con rasgos “viriles”, que ganó

una fortuna jugando al punto y banca. “¡Ganó público!”, fue el grito del crupier que selló esa lejana noche del verano de 1954.

¡Cómo se observan unas a otras!

La Nación publicó, el jueves 1 de marzo de 1955, “Casino”. Las mujeres, muchas de ellas hermosas, vuelven a seducir la mirada del nieto del primer rector de la Universidad de Chile: “No pocas son dueñas de tiendas, israelitas, árabes, italianas y españolas. Las hay flacas y ansiosas. Para alimentar el vicio descuidan el estómago. ¡Cómo se observan unas a otras! ‘¡Podrían lavarse antes de venir aquí!’ exclama una, ‘¡El agua es gratis!’”.

Esa misma noche, “un voluptuoso palpa las fichas blancas de diez mil con amor y placer, como un mandarín palparía las bolas de jade en su harem”. En la entrada del casino, un hombre nervioso advierte la presencia del cronista y se apura en decir: “Vengo solamente para estudiar fisonomías”. Pero a Edwards no le iban con cuentos: “Su cara es una máscara. Usted viene como yo y como todos, angurriente, ávido de dinero y de emociones. No lo disimule”.

No sólo se va a jugar al casino. También se va a comer, con música de fondo: “La orquesta parece arrancada de un coro de ‘canutos’ de la Plaza de O’Higgins. No sé si serán buenos profesores. Su aspecto es respetable, pero... cada uno con ropa usada de diverso color. El efecto es pésimo”. Luego de la cena la noche prosigue en Viña, hasta que el reloj marca las tres de la mañana: “Cuando termina el juego se produce un ‘sálvese quien pueda’. Parece cosa de insectos. No de seres humanos”.

Punto y besos

En “Última noche en el casino”, publicada el sábado 17 de marzo de 1956, Edwards Bello relata la ocasión en que una mujer lo besó y abrazó con furia en una mesa de punto y banca. “En el tumulto de la ganancia, cuando los jugadores se ‘llenen’ se produce un runruneo feliz de colmena. Nadie nota ciertas cosas que en otra parte serían escandalosas”.

El rol fiscalizador de las mujeres también fue descrito por el autor de “Mitópolis”. Su registro describe a la esposa-centinela de un hombre bajito y grueso. “Cada vez que el marido ganaba le quitaba la mitad de las fichas, iba a cambiarlas y las metía en una de las cajas (de fierro de seguridad). Quedaban a salvo. Regresaba a continuar la vigilancia”.

Con dejo de nostalgia, el jugador cierra su narración anunciando que “ayer fue último día. El casino ganó 1.400 millones. Nos vendió 1.400 millones de ilusiones”.

El chileno pobre: cliente seguro y constante

Pero había más historias que contar. En “Más noticias del casino”, publicada el 18 de marzo de 1956, el Premio Nacional de Literatura sentencia que “el chileno de capacidad regular o pobre es el cliente más seguro y constante”. Los extranjeros, por su parte, demostraban escaso interés en visitar el casino-orgullo de la ciudad. Pese a que el crucero Reina del Pacífico se había detenido en la costa de la Región de Valparaíso, “la mayoría de los ingleses que dan la vuelta al mundo se quedan en el barco”.

Edwards Bello narra en “Hagan el juego, señores” otra historia recogida a comienzos de 1958 en el seductor casino de Viña del Mar:

Los orientales se juegan la vida a una carta. ¡Miren la expresión del jugador árabe! ¿Está jugando o está orando? Juega máximos. Hace diferencias de millones en pocos pases. Cierta dama que lo observa dice:

¡Me salta el corazón cada vez que toma las cartas!

Es un error de la dama. Más le debiera saltar su frágil corazón cuando ve al pelele pálido y mal vestido que pone 500 pesos, tiritando.

Antes había límites claros. El calendario de apuestas tenía debut y despedida. Igual que las carpetas del voluminoso archivo personal del estudiante que odiaba el liceo. Se acerca el final de los recortes y de las historias, llegamos a la última noche de la temporada:

La muchedumbre invadió las salas. Peleas de damas por los asientos. No se pida distinción. Las damas no abandonarían sus sillones esa noche. Algunas los venderían en diez y hasta en veinticinco mil pesos (...) La avalancha no cesaba. Todos pensando en el dinero, en el oro, excremento de Satanás. Como para demostrarlo un individuo enorme, rojo y sudado, se largó un sonoro suspiro do traseiro. Perfume intolerable. Docenas de perdedores durmieron esa noche en las bancas de la plaza. Por lo menos en Las Vegas los perdedores desesperados son socorridos por pastores del Ejército de Salvación.

La primera vez

Siesta post Sábado Gigante. Los pasos de una mujer que se acerca. Se abre la puerta. Los adultos se van, pero vuelven temprano. ¿Dónde? Al Monticello, ¿quieres ir?

21:50 horas de un sábado de mayo de 2011. Vamos por Lonquén pasando por Viluco, un pueblo que –al igual que otros 50– aún no posee cobertura telefónica para banda ancha. Quizás por eso al buscar Viluco en Google sólo aparezcan mapas y directorios. Ningún sitio web de la localidad. En la radio del auto suena, desde un pequeño *pendrive* amarillo con forma de lego, el “Grandes éxitos” de Américo. A morir.

Entre Viluco y Rancagua

Viluco no es más que una calle larga provista de un retén y un par de botillerías con iconografía noventera (con calendarios de rubias en traje de baño de una pieza). Es una recta en la que se alternan postes configurando una difusa etapa rumbo a un gigantesco destino lleno de luces. Recorrer Viluco es como estar entre Tongoy y Los Vilos o, en la praxis, entre Lonquén y la carretera.

Luego de pasar Viluco aparece la Ruta 5 Sur. Entre pasarelas se suceden letreros con localidades como Peuco, Hospital, Chada y Aculeo. Rancagua corona las flechas más largas. Una gigantografía anuncia, con íconos de cartas, un tenedor y una H, que hay que virar a la derecha para llegar a destino.

Una elevada curva se sobrepone a la ruta que une Santiago con Rancagua. Luego del giro aparece un complejo de edificios que parecen ser parte de algún moderno aeropuerto. Las fachadas están teñidas de verde y rojo. No, acaban de cambiar los colores. Al entrar al estacionamiento se puede ver, en lo alto, el salón privé. Pero no hay espacio para estacionar esta noche en esta especie de *mall* con farolitos. “Esta cuestión

tiene dos subterráneos”, dice mi tío, avezado visitante de este “gran mundo de entretención”.

Mercedes Benz. Gigante. Luces. Las pantallas luminosas están alineadas. Ya estamos dando vueltas en el aparcadero. En cada fila hay diversidad de modelos y marcas de vehículos. Un par de furgones escolares y algunos taxis destacan en esta diversa muestra del parque automotriz chileno.

La noche está tibia, hoy saldré contigo, y te pediré que hagas el amor conmigo, no sé cómo hacerlo para decirte que me entregues tu cariño, y tranquilamente, te beso despacio, pongo un disco suave pa´disimular que me lleva el diablo...

La lista de reproducción del *pendrive* llegó a La Noche en los tiempos de Leo Rey. Por fin estacionamos. Al bajar aparecen cuatro arregladas señoras que caminan hacia la entrada. Son las 22:15. Quizás por eso hay poca gente en los estacionamientos. La pantalla gigante recuerda que hay que guardar los cupones y venir a los sorteos para triunfar en la rueda atómica. “Bienvenido a Monticello, grand casino y mundo de entretención”. Cruzamos la puerta mientras un hombre de rasgos asiáticos enciende un cigarrillo. Parece una película.

¡Demasiado!

“Este es el Black Jack o veintiuno”, dice Isabel detrás de su mesa. Nadie le preguntó su nombre, un dorado prendedor que cuelga de su chaqueta roja lo anuncia. La mesa es de mentira, al igual que las fichas. Son las 23:00 horas en la salita donde un par de desgastados crupiers enseñan a jugar. Me acompaña una pareja de migrantes ecuatorianos y un hombre solitario de unos cuarenta y tantos que llegó a la improvisada clase con cinco minutos de retraso. El juego consiste en obtener 21 puntos mediante la suma de los valores de las cartas.

Isabel, de treinta y tantos, ordena el mazo dispuesta a enseñar a este pequeño e ignorante grupo. Advierte que hay cámaras en el techo con grabación de voz y video en caso de que hubiera algún problema con la apuesta. “La banca pide carta con 16 y se planta con 17”, recuerda. El ecuatoriano presta mucha atención. El otro hombre está pasado de copas y ante cualquier pérdida ficticia esboza un chiste que no hace gracia a los presentes. “¡Demasiado!”, dice Isabel quitando las fichas. “Cuándo no”, responde con una mueca triste.

A un costado de la mesa se encuentra el monitor de tragamonedas. En el salón hay tres máquinas para este fin. Felipe, joven crupier de pelo parado con gel, nos recomienda: “Prefieran las máquinas Chicago, son más fáciles de maniobrar”. Luego toma una tarjeta a la que se le inserta dinero para apostar, después de la operación “ese dinero aparece en el sistema”.

En el *hall* del casino está todo tan iluminado como en un *mall*. Del cielo cuelgan decenas de coloridas lámparas colgantes. Hay personas de todas las edades recorriendo el lugar. Los niños corren por los pasillos hacia los juegos mecánicos o, en su defecto, hacia la cancha de bolos.

En el casino todo está en orden. La gente es amable y los guardias visten formales, aunque los brillantes trajes rojo pasión de los crupiers distan mucho de la elegancia a la que aspira este “grand” casino. Ya pasó la medianoche y, divagando por algún pasillo, aparece la cantante Francisca Valenzuela con una guitarra en su espalda. Minutos antes filmaban un par de escenas de la película “Qué pena tu boda” de Nicolás López en el bar del casino. Puras estrellas.

Lejos de las luces de las máquinas y de las mesas de apuestas hay un mundo paralelo: un par de restaurantes, un juego de tiro al blanco, una guardería infantil y una tienda de costosa artesanía. El amable hombre que atiende viste un chaleco sin mangas. Muestra

con entusiasmo las creaciones en fierro que incluyen representaciones de diversos oficios o profesiones.

—¿Tiene de periodista?

—No, no me quedan. Tengo uno de escritor a máquina por ahí.

—Gracias, pero no me sirve. ¿Hasta qué hora está abierto?

—¿La tienda o el casino?

—El casino.

—Las 24 horas. Esto nunca se cierra.

Adicto al juego en rehabilitación:

“Es muy raro encontrar caras tristes en un casino”

Rodrigo Jara es reconocido por su círculo cercano como un tipo simpático y risueño. Pero en esta entrevista hablará en serio, abordando las causas y consecuencias de su adicción al juego. Ludópata y todo, asegura ser un tipo con mucha, mucha suerte.

Fue el día después del 21 de Mayo. Pese a los anuncios presidenciales el país sigue igual. Día domingo en un patio de Isla de Maipo, por no decir mi casa. Son casi las 15 horas. Un hombre flaco, calvo y miope está sentado frente a mí. Adentro está su esposa, ayudando en la preparación de un pollo al coñac. “Cuando quieras, viejo”, dice luego de prepararse un fan-*schop* con una Brahma negra en lata.

La hora feliz

En 1975 Rodrigo Jara tenía 20 años. Era un joven oficinista con un trabajo común y una familia normal. Pasaba sus días hábiles en las dependencias del desaparecido Banco Continental de Valparaíso. Por esos años no existía el concepto de *happy hour*, quizás por eso Rodrigo partía cada viernes con cinco compañeros al Casino de Viña del Mar a apostar en las mesas de Black Jack.

Un par de años más tarde, Rodrigo dejó su trabajo en el puerto y llegó a la capital. La coyuntura familiar hizo que sus viajes se hicieran más esporádicos. En los ochenta visitó las ruletas del Casino de Viña del Mar unas seis veces por año. Generalmente iba solo, por el placer de apostar, arriesgar o, en sus propias palabras, “por pensar que uno tiene la forma de manejar intuitivamente, de generar una vibra especial, un ímpetu de tal naturaleza que es tanto lo que tú pides un número determinado que termina cayendo”.

En el patio figura el cerro Lonquén, el de los fatídicos hornos, bajo el sol de este lindo día de otoño. “No sé si eso termina siendo una realidad o una sicosis para quien gusta mucho

del juego. En mi caso pasó muchas veces que pensaba el número, salía y ganaba. Hay momentos en que uno termina levemente y ya no importa un determinado número sino el jugar por impulso, por sentir la necesidad de jugar”, cuenta tomando su vaso de fan-*schop* cargado a la fan.

Rodrigo afirma, con inusitada seriedad, que es una persona con mucha suerte y que cada vez que ha ido a un casino se ha comprobado su condición. “El problema mío es que no paro. Siempre sigo jugando y en muchísimas oportunidades me dieron las ocho o nueve de la mañana y me fui del casino sin un peso, después de haber ido ganando sumas importantes”. Con un capital en fichas de 50 o 100 mil pesos dice haber ganado hasta un millón quinientos mil pesos. A las dos o tres de la mañana se registraba el clímax que finalizaba al amanecer con la mesa vacía. “Pero sí, hubo noches buenas, en las que yo gané mucho dinero. Realmente me costaba creer que yo podía tener tanta suerte ganando tanto dinero, llevando poco”, cuenta.

—¿Con cuánto partió esa noche en la que ganó un millón y medio?

—En ese tiempo que iba de manera más asidua yo trabajaba bien, disponía de buen dinero. A plata de hoy calculo que siempre tenía unos 200 mil pesos para comenzar a jugar. Y si me faltaba acudía a la tarjeta de crédito para volver a sacar 200 mil...y volver a sacar 200 mil...y volver a sacar 200 mil. En esos años no existía el límite de hoy de 200 mil pesos por cada 24 horas. Entonces te sacaban nomás.

—Usted conoce varios casinos, ¿cuál es el que más le atrae?

—Conozco el de Pucón, Puerto Varas, Viña del Mar, Monticello, Iquique, Arica. Me faltan por conocer los de Antofagasta y Concepción. También he estado unas cinco veces en el casino de Mendoza y siempre gané ahí. De hecho, la última vez que estuve ahí gané 600 mil pesos en plata chilena, fue muy simpático. ¿El más atractivo? El de Viña del Mar por su arquitectura, por estar en una zona de balneario, por ser Viña una ciudad jardín, yo creo que es el mejor casino aun considerando que el Monticello es tres o cuatro veces más grande.

—¿Qué siente desde que el crupier dice “no va más” hasta conocer el número en el que cae la bolita?

—Ahí hay una sensación muy particular: en el momento en que ya hiciste la apuesta y el crupier comienza a girar la bolita. Yo por lo menos estoy siempre anidando la esperanza de que salga el o los números que dije que iban a salir. Porque me voy a sentir “importante” conmigo mismo al saber que tengo un sexto sentido para acertar. También me entretengo mucho mirando los rostros de los otros jugadores que están en la mesa. Tú ves rostros que guardan nerviosismo, esperanza, hay gente que transpira. Algunos se acercan a mirar la bolita en la ruleta, otros giran la vista, otros le dan la espalda a la mesa, algunos fuman un poco más de lo normal. Hay una serie de cosas que configuran un asedio de los jugadores, no contra el casino ni el crupier; sino que están todos muy pendientes de cuándo y cómo va a caer la bolita. Algo que dura, ¿cuánto? ¿Diez, doce segundos? Aunque hay veces que la bolita queda en un punto muerto y eso sí que es terrible. Eso me ha sucedido muchas veces, cuando parece que no va a caer nunca. Se pasea y a veces se queda pegada al número que tú apostaste y hay un deseo de pegarle una patada en la mesa para hacer que caiga ahí. Por supuesto que eso no sucede. Ese momento cuando el crupier dice “no va más” es pura expectación. Están todos haciendo fuerza no sé contra qué porque nadie puede manejar el azar de la manera en que a uno le acomode. Si fuera así todos seríamos millonarios, todos seríamos ganadores y esto, a lo mejor, sería aburrido.

—Usted decía que podía adivinar el número que iba a salir, ¿cómo lo hacía?

—No, de lo que yo hablo es que uno no va a adivinar el número mayoritariamente. Uno tiende a tener a veces en la vida un color favorito, un número, ciertas cosas del gusto de uno. En mi caso mi número, por el cual siempre he jugado, aun perdiendo muchísimo, ha sido el ocho.

—¿Por qué el ocho?

—Porque yo nací un 8 de diciembre. Hay números que salen mucho más, pero esto es una situación muy particular mía. Por lo que yo he visto los números que más se dan son

el 24, el 26 y el 29. La tercera docena, promedialmente, sale más que las otras. Yo trabajé en finanzas de la Municipalidad de Viña del Mar, por eso teníamos que generar revisiones a los libros del casino. De ahí nació un poco mi afinidad con el juego, a pesar de que tenía prohibición de ir por ser funcionario municipal. Cuando dejé de serlo comencé a ir. Me gustó mucho el ambiente del humo, la risotada, la bulla, la gente, las carcajadas, las sonrisas. Hay un ambiente de relajación, quizás hasta circense, de evasión del mundo real que tú tienes. Cuando ingresas a un casino aparentemente te olvidas de los problemas que te están acosando a diario. Te centras en el juego, en mirar caras alegres. Es muy raro encontrar caras tristes en un casino. Tal vez ya muy de madrugada vas a encontrar caras tristes o largas, pero en general hay siempre un ambiente de festividad.

—¿Recuerda alguna noche que lo haya marcado?

—Sí, ocurrió tal vez el año 82 o 83. Fue un día en que me encontré con algunas personas que conocía. Era invierno. No había mucha gente. Fui al VIP del segundo piso: el salón Picadilly. Ahí la gente juega con otros montos de dinero, en algunas mesas incluso no hay límites. Esa noche había un par de personas que jugaban mucho dinero. Un hombre perdió muchos, pero muchos, millones. El otro ganó, pero lo ganó todo. Dinero suficiente para comprarse una casa de unos 70 millones de hoy. Me marcó mucho la contraposición de esas dos personas en esa misma mesa: mientras uno perdía hasta la camisa; el otro ganaba la camisa, los botones, lo ganaba todo. Al tipo parecía no importarle perder, en todo caso. Cada vez que perdía sacaba la chequera y le traían las fichas para que siguiera jugando. Hasta el día de hoy me acuerdo de eso.

—¿Cómo reacciona la gente que pierde?

—Los que pierden se hacen rápidamente a un lado y tratan de inmiscuirse en medio de la gente. No les gusta que el resto se dé cuenta de que perdieron todo.

—¿Cuál es el factor común que tienen los jugadores *habitué* del casino?

—Yo creo que están buscando esa cosa que no encuentran en la vida ni en su rutina diaria. Buscan la expectación constante, ese momento de adrenalina que no consiguen en

su diario vivir. Indiscutiblemente si tú vas a cruzar la Alameda a las doce del día sin mirar los semáforos es peligroso, podrían atropellarte. Eso lo consigues ahí, en ese momento. En el casino lo consigues a cada instante, durante todas las horas que estás adentro. Esa sensación de cruzar el umbral que te permite sentir constantemente cualquier cosa, buena o mala. También algunas veces se produce porque uno de pronto cae en soledad, porque uno a veces no es lo suficientemente comprendido por la gente que lo rodea. Y uno comienza a refugiarse en una actividad que te da la alegría, aunque sea del momento. Una actividad que te acoge porque toda la gente habitual del casino se transforma en una segunda familia. De repente a uno que conoces le va mal y a ti te va bien y le prestas plata. Generalmente la gente que va al casino va en busca de estar constantemente ocupado. Ya sea porque estás mirando, escuchando, aunque no te das cuenta. A veces estás una o dos horas hasta que puedas ocupar la máquina para jugar, aunque a lo mejor la máquina te dejará en pelotas, no importa, porque es la máquina que tú elegiste, en la que tú querías jugar. ¿Por qué la elegiste? Porque te gusta la figura, por el sonido que genera o porque alguna vez viste que alguien ganó mucha plata en esa máquina.

—¿Cree que hay más hombres que mujeres ludópatas?

—Eso no es verdad, creo que hay más mujeres que hombres.

—¿Adultas mayores?

—Hay de todo. En Viña del Mar, por los muchísimos años que estuve yendo, veía a abuelitas que rastrojeaban su chaucherita dejando hasta el último peso en el casino. Haciendo la sumatoria definitivamente uno siempre termina perdiendo. Por lo menos en mi caso fue así. Es muy difícil que alguien pueda decir “yo siempre que voy al casino, gano”. Es sospechoso porque, pese a que hay gente con más suerte que otra, el casino puede que te entregue mucho pero con toda seguridad mañana te va a quitar eso y algo más de lo que ganaste.

—¿Dónde está el límite entre ser jugador y ludópata?

—La barrera está en el grado de discernimiento que la persona genera en un momento determinado. Yo puedo ser muy responsable conmigo mismo diciendo: “Hoy voy al casino y llevaré 50 mil pesos en efectivo y, para lograr que sea así, dejo tarjetas y chequeras en casa”. En ese sentido estoy siendo muy responsable porque estoy buscando aventura, pero si no es mi noche tengo la seguridad de que lo que más voy a perder son 50 mil pesos. Diferente es la persona que dice que va con 50 mil pero lleva un as bajo la manga, con la tarjeta de crédito guardadita y con la chequera en la chaqueta ante la posibilidad de que el cajero se quede sin dinero. Ahí está la diferencia entre el jugador responsable y el ludópata. Éste va sin medir consecuencias. Es decir: juego 100 y perdí 100, voy por 100 más y vuelvo a jugar 100. Perdí esos 100 y voy por 100 más. Es así, una cosa que no termina. ¿Dónde termina? Cuando el cajero te dice que no te puede pasar más dinero. Ahí te vas, pero porque no pudiste conseguir más. Probablemente te vas para conseguir plata para volver en una hora, en un día o en una semana más. Para ir al casino hay que ir con una mentalidad de entretenimiento, tú no puedes ir con la idea de ganar mucho dinero y hacerte millonario, porque para hacerlo en todo juego de azar tienes que invertir mucho dinero; de lo contrario, la cosa no funciona.

—¿Recuerda su gran noche?

—Sí, claro. Esa gran noche se dio en compañía de unos amigos. Fue hace unos cuatro o cinco años atrás en el Casino de Viña del Mar. Fue esa noche mágica porque era un poco redimirme con ellos y conmigo mismo. Comencé ganando. Cada vez que ganaba cobraba una fichas rojas de 100 mil pesos apostando al pleno. Cada número que tiraba salía la bolita. A mi señora le pasé como 600 o 700 mil pesos en fichas para que las guardara. Ella se aprovechó del pánico también, me pedía dinero para ir a las máquinas, pero no lo jugaba (ríe). En ningún momento perdí: toda la noche fue ganar, ganar y ganar. Abandonamos el casino a las cuatro y media de la mañana. Ha sido la única vez, en compañía de quienes me conocen, en que pude dejar constancia de que yo sí soy una persona con suerte, pero no sé parar en el momento en que debería. Los ludópatas jugamos como cualquier otro adicto, sin medir consecuencias. Es igual que ser adicto a algún tipo de droga.

—¿En qué momento se dio cuenta de que tenía un problema grave?

—Cuando comencé a perder mucho dinero y me di cuenta de que para seguir jugando tenía que vender el auto. En ese momento mi señora tomó cartas en el asunto, justo cuando tuve que pedir crédito para zanjar otras deudas. Ella me conminó a ir a un médico. Fuimos y conversamos muchísimo rato. Él se dio cuenta de que yo era un adicto al juego. Me dio una serie de consejos, un par de medicamentos para controlar la ansiedad de tener que ir a un casino. No funcionó. Yo seguí yendo igual, pero con dinero limitado. Perdía y volvía *choreadísimo*. Mi señora me requisó las tarjetas, las chequeras, todo. Lo único me dejó fue el carnet de identidad (ríe). Hoy por hoy me considero bastante más responsable después de la tremenda cagada. Las veces en que he ido al casino he llevado una cantidad determinada de dinero. He ido muy poco, casi nada.

—Anoche estuvimos en el casino, ¿qué sintió?

—Sentí las ganas de tener 200 mil pesos para haber jugado ruleta a mis anchas. Como no los tenía, no me hice la idea y sólo jugué tragamonedas. Fueron dos veces: en una gané 25 mil y en la otra perdí 7 mil. Anoche me metí en el salón de fumadores y me llené de humo. Como llevaba tanto tiempo sin fumar, me saturé y quedé bien (ríe).

—¿Cuánto tiempo estuvo jugando y con qué frecuencia?

—Partí hace unos ocho años. Entre 2003 y 2005, cuando dejé de trabajar en el Banco de la Nación Argentina, perdí más de 15 millones de pesos, mucho más que eso. Fueron salidas constantes. Por mi trabajo yo me desplazo mucho a través del país y siempre estoy solo. Cada vez que viajaba iba al casino que estuviera en la región.

—¿No le seducen otras instancias de juego como la hípica?

—No. Yo pienso que me gusta más apostar en un casino porque es un lugar más pequeño, más cerradito, está todo a la mano: el bar, el restaurante. Hay buena infraestructura. La verdad es que no hay otras partes en las que yo me sienta más a gusto

que en un casino. Me gusta apostar, no necesariamente dinero, puede ser una comida, unas pizzas, cualquier cosa. Pienso que es entretenido apostar algo, me seduce, me hace sentir vivo, muy interesado. Es como tener la rivalidad con el otro en términos de decir “¿viste que yo sabía que iba a salir?”. Eso nace de una manera espontánea, del momento.

—Usted se reconoce como ludópata, pero prácticamente ya no asiste al casino, ¿de qué forma canaliza esas ganas de jugar?

—Yo sé que soy ludópata, pero no he logrado quitarme esa fijación por el juego. No lo voy a hacer porque no pueda, no lo voy a hacer porque no quiero. Es parte de mí apostar y creo que voy a morir apostando. Pero sí he bajado la ansiedad de esa apuesta de casino. La he cambiado por Xperto, un juego sobre pronósticos de partidos de fútbol. Digo tal equipo va a ganar. Hoy todas mis apuestas son de 500 pesos. En una semana puedo apostar dos o tres mil pesos. Hasta parece que la gente podría encontrarlo normal e incluso no enojarse conmigo porque lo hago. De hecho mi señora no se enoja.

—Es curioso que usted ahora trabaje en Lotería, ¿fue una coincidencia?

—Sí. Después de haber perdido millones en juegos de azar, me encuentro trabajando para Lotería de Concepción hace ocho años. A lo mejor el hecho de estar tan cercano a los juegos de azar, a través de un casino, me ha permitido comprender que uno de esto no puede vivir. De un universo de mil personas, dos probablemente pueden hacerlo. El resto va a juntar el dinero para que esos dos se hagan millonarios. Yo lo veo a diario, he participado en muchos juegos en que los pozos han sido realmente fuertes, de hasta diez millones de dólares, y los ganadores nunca han pasado de dos. Puntualmente una vez el Loto repartió el premio en 24 y el Kino en 15.

—Si juega 500 pesos en Xperto, ¿cuánto es lo máximo que puede ganar?

—Si tú juegas 10 partidos y los juegas de manera exacta, indicando la forma del marcador por tiempos, eso genera un factor de 25 o 30. Puedes generar una serie de partidos con

diferentes factores. Con 500 pesos perfectamente tú puedes ganar entre 90 y 100 millones de pesos... Aunque eso no se ha dado nunca.

—¿De qué depende que una persona tenga suerte?

—Creo que las personas nacemos con algún destino indiscutiblemente. A través de la vida hay personas que son muy pensantes, muy estudiosas, que generan conocimiento. Esas personas pueden generar actividades bien remuneradas a lo largo de su vida. Si a eso le sumamos el factor suerte, tanto mejor. Ese factor nadie lo puede manejar. No puedes ir a comprar un tarrito de suerte al supermercado. Es una variable que está en todos y que no está en nadie. Nadie domina lo que nosotros conocemos como suerte. ¿Cómo te explicas que hoy voy al casino gano muchísimo y mañana voy de nuevo y lo pierdo todo? Esa cosa de que alguien te toca, alguien te guía y te dice “mira, haz esto”. Aceptas hacer caso a algo o alguien, a esa intuición, a esa tincada, no sé. El factor suerte es una palabra muy amplia para cualquier persona normal. La suerte es todo y es nada, o sea, no sé.

Par de patos

“Cincuenta y uno, diecisiete, sesenta y tres, veintiuno, treinta y seis, siete. Veintidós, cuarenta, treinta y siete, cinco, dieciocho, ochenta y cinco, veinticinco, treinta, dos, doce, setenta, setenta y tres, cincuenta y cuatro... cantó línea. Cartón número 693. La línea es correcta, ¿alguna más?”.

Es casi media noche en La Serena. Salimos hace un rato del Hostal Rosita. Bordeamos La Recova, recorrimos la avenida que pasa por el centro hasta llegar a Francisco de Aguirre. En el camino sólo vimos abierta una galería de diseñadores jóvenes que exponían sus creaciones con escaso éxito comercial. Lo mejor de la muestra es, por lejos, la ilustración original del “perro que habla”. En la postal aparece el can quillotano entrevistado por una periodista de “24 horas” en 1998. Su inducida pronunciación de la palabra “a-gu-a” ya figura en los anales de la prensa nacional.

Los paraderos de colectivos están llenos de pasajeros. Las calles de la ciudad parecen tener más taxis que personas un sábado por la noche. Seguimos por la avenida de las estatuas. Subimos a un auto negro. El conductor responde, con desgano, un par de preguntas sobre el casino hasta llegar a él. Bueno, casi hasta llegar. Hay que caminar poco más de una cuadra hacia el mar. Justo antes de la playa aparece el Enjoy de La Serena. “Hay que vivirlo”, anuncia la gigantografía que antecede el *hall*. Nos recibe, sonriente, una imagen gigante de Álvaro Rudolphy.

Lo primero que sugiere el casino, donde casi todo el personal masculino usa terno, es registrarse. Es rápido, gratis y conlleva un *pack* de obsequios consistente en una tarjeta naranja mal impresa y dos *tickets* para jugar en las máquinas del casino. Uno para hoy y el segundo para regresar otro día. En el Enjoy hay cosas que, uno piensa, son gratis. El ejemplo más evidente es la entrada y la guardarropía (donde opera la lógica de la propina voluntaria).

La máquina es mía, me la quieren quitar

Como en la canción, pero sin costillar. La tercera máquina luminosa de la fila derecha del sector fumadores parece ser propiedad de una mujer de pelo corto casi completamente envuelta por un añoso abrigo café. A su lado un hombre, que probablemente es su marido, la mira con el brazo apoyado en las teclas. El señor, de chaleco blanco, parece un niño viendo jugar a otro que no suelta el control de alguna irresistible consola de videojuegos. En la escena hay cuatro ojos con el foco perdido ante una pantalla de coloridas frutas girando.

La mujer que me acompaña gana, gana y gana. Incluso pudo imprimir el *ticket* con ocho mil pesos de ganancias que cambió en la caja protegida por barrotes que parecen ser de fierro. Yo pierdo, pero no me resigno. Pese a haber cambiado los montos de apuesta, e incluso haberlas doblado, la suerte parece no querer conmigo esta noche. Eso de sacar y reponer el ticket para engañar a la máquina no sirve. Pero, ¿qué importa? A ticket regalado... La ganadora, sin hacer alarde, enuncia una invitación a comer para hacerme sentir mejor. Yo pienso, encomendado a la “fuerza de atracción” del universo, en un repunte. Con luca me recupero.

Ganarse la plata

“¡Bingo!”, es el grito que nunca se escucha en la sala del bingo del casino. Cuando alguien gana hace algún ademán o levanta el tímidamente brazo. En ese momento entra en acción una desanimada mujer provista de un micrófono. Su labor consiste en acudir por el cartón y anunciar públicamente el hecho. En el minuto de confirmación se escuchan murmullos y solapados improperios de los que casi ganaron.

El salón es amplio y está lleno de mesas de juego. En ésta, la del fondo, somos ella y yo. El espacio es cálido. Piso alfombrado, madera y extensas luces dispuestas en el techo configuran el lugar ideal para “vivirlo”. Las sillas son cómodas y parecen de mimbre,

aunque muy probablemente sólo sean producto de otra buena imitación *Made in China*. Una bandera peruana, sin escudo, cuelga de la campana de la cocina. Sobre la entrada está el marcador electrónico del bingo que anuncia los números sorteados y los pozos disponibles.

No cantamos victoria. Esperamos. Por ahora tomamos unas bebidas en lata y compartimos un paupérrimo sándwich de seis mil quinientos pesos, con papas fritas semi plásticas y vegetales refrigerados. No dio para más la ganancia. “¿Un bingo, chicos?”, pregunta una mujer flaca que merodea la mesa después de cada juego. Hemos perdido ya tres cartones morados y nos preparamos para ir, semi resignados, por el último.

Cerca de nuestra mesa hay una pareja. Él es moreno y fornido; ella es rubia de hecho y está “entradita en carne”. Los dos parecen estar aburridos. El cartón los convoca más que una conversación. De vez en cuando ella le dice algo que no genera mayor respuesta. La mujer pidió un néctar y él una cerveza importada en botella verde. Todo iba igual, aburrido, hasta que el hombre se concentró extrañamente en los números y en el cartón. Luego de escuchar el 36 llegó el momento de respirar hondo y levantar el brazo. “Cartón correcto, felicitaciones”, dijo el locutor con voz de relator hípico. De pronto, cientos de miradas se posaron en los felices ganadores. Un gélido beso selló el incómodo momento. Ni en el casino es tan fácil ganarse la plata.

No cantes victoria

Luego de perder la última luca en el bingo decidimos cruzar el pasillo iluminado con un objetivo claro: vengarnos del casino.

La sala de juegos parece tener audio ambiente. El piso alfombrado, con motivo de rayas de tigre, combina perfectamente con las luces y los sonidos que salen de las alegres máquinas. Pese a las decenas de lámparas, es imposible no reparar en las “moscas”

instaladas en el techo. Una serie de cámaras negras circulares vigilan el correcto desarrollo de la velada.

La primera vez que estuve en Monticello aprendí que es relativamente fácil ganar dinero en la ruleta. El truco es apostar una ficha por grupos de seis números (de un total de 36). Al arriesgar una, es posible ganar seis fichas. Nuestra fullería era arriesgar cuatro. Así, las posibilidades de perder serían bajísimas. Me animo a debutar con diez mil pesos. Probamos suerte en una mesa vacía. Los diez mil se transformaron, en dos minutos, en cinco. La suerte debe andar en otra mesa. Pasamos a una donde había un par de hombres jugando. “¡No va más!”, gritaba, cada un minuto, la ultra peinada crupier. La situación iba bien hasta que la esquiva pelotita cayó donde no tenía que hacerlo. Así se fueron las últimas cuatro fichas. La ruleta no es la instancia. Ahora me recupero.

¿Qué son dos lucas? Dos nomás. Para repuntar. Pero no estoy solo, mi compañera también quiere ir por más. Damos una vuelta, escuchamos las canciones que invaden el salón con olor a humo. Parece que estuviéramos al interior de un gran videojuego donde todos juegan su propia partida. Caen algunas monedas. Voy a cambiar dinero para insertar en la máquina. Una arreglada señora de las cuatro décadas me antecede en la fila con un tambaleante vaso de whisky en la mano. “Suerte”, le dice la cajera tras las barrotas arqueando las cejas.

Vuelvo y ahí está ella. Jugando. A su lado sigue la pareja que vimos hace más de una hora con la vista perdida en las frutas de la pantalla. La señora no ha soltado la máquina, su máquina. Algo anda mal. De los 30 y tantos mil pesos que tenía su *ticket* la última vez que estuvimos ahí, sólo le quedan cinco. Me concentro. Entra un guerrillero Manuel Rodríguez Erdoíza por la recuperación. ¿Cómo tan perdedor? Todavía me lo pregunto.

Mi linda acompañante termina por perder su inversión y, a estas alturas de la noche, nos queda poco más que lo justo para una carrera (en taxi) hasta el Hostal Rosita. Con poco más del mínimo igual alcanza para una última chance. Ignacio Carrera Pinto nos puede

salvar. *Insert bills*, invita la máquina con sus letras amarillas. De pronto, el sonido de la silla contigua informa la salida de la persistente jugadora y de su silente acompañante. Camina lentamente con el abrigo que no se sacó en un par de horas; él, la secunda con la vista puesta en las sinuosas rayas que alfombran el suelo.

Después de haber perdido todo lo que podíamos perder salimos de la zona de juegos. Un grupo de lolos hace una larga fila para carretearse los 450 metros cuadrados de OVO lounge. En el frío *hall*, un par de convertibles Porsche de cartón invitan a participar de la promoción “Vamos a ganar”. Nosotros nos vamos.

Son las tres de la mañana y hace poco frío afuera de Enjoy Coquimbo. Perdimos, pero nos reímos. Antes de salir, le pedimos a una mujer que nos tome una foto junto a una maqueta de bóveda con dólares que recuerda que faltan “0 días” para ganar. Una fila de taxis espera a los pasajeros. El segundo chofer cobra mil pesos menos que el primero para volver al Rosita. Vemos el mar por unos segundos y volvemos a la ciudad donde hay más colectivos que personas.

Los secretos del juego seguro

Hay personas que alimentan a las máquinas del casino con comida. Otras prueban suerte en los locales de su barrio, con la esperanza de gatillar una interminable cascada de monedas de 100 pesos. Pero para que no haya maula ni fullería, alguien debe fiscalizar. Ése es Marco, el hombre de chaleco violeta que espera con un café a medio terminar en el Bonafide de Huérfanos.

Miércoles. 19:05 horas de una gélida tarde de fines de junio. *After office*, como está de moda decir. A media cuadra de la intersección de Huérfanos con Ahumada se ubica el café Bonafide. El lugar está lleno de trabajadores. Uno de ellos es Marco Pérez, el ingeniero en información de la Universidad de Chile que espera con un café cortado a medio terminar y un apetitoso *brownie* de chocolate.

¿Qué nos convoca? El juego, naturalmente. Marco forma parte del equipo de fiscalizadores de la Superintendencia de Casinos y Juegos (SCJ), institución creada en 2005 para “regular la industria de casinos de juego, promoviendo su desarrollo eficiente, responsable y transparente; efectuando una fiscalización de calidad que garantice el íntegro cumplimiento de la normativa y la fe pública, mediante funcionarios y procesos de excelencia”⁴⁵.

Dos sistemas para un mismo juego

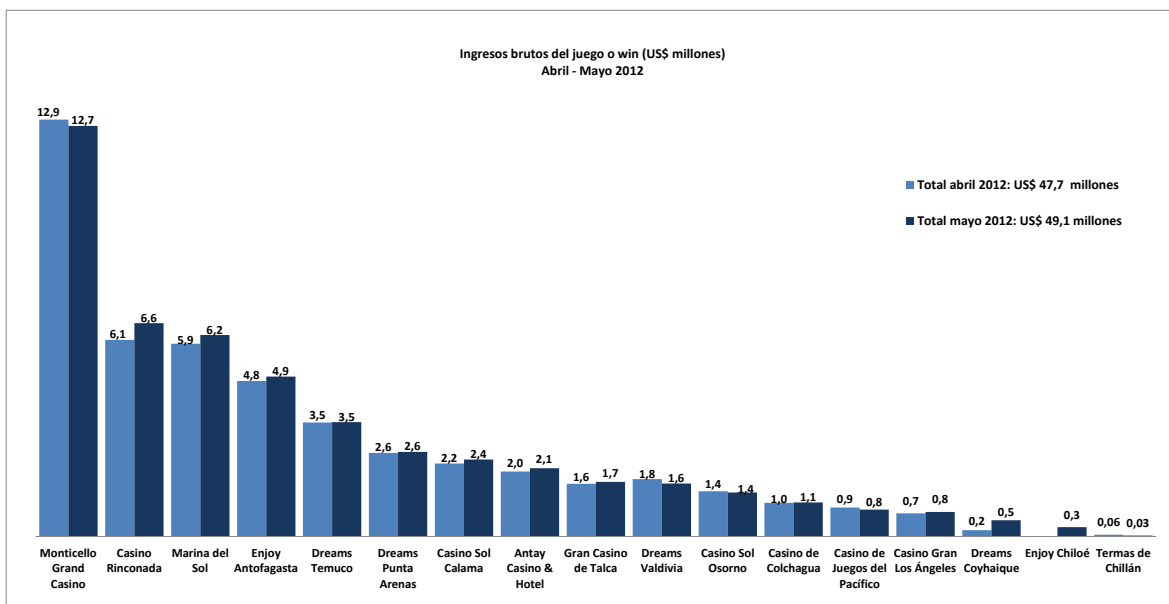
Antes de iniciar la conversación es preciso señalar que viene un café bombón en camino y que el mismo año de la creación de la SCJ se produjo un cambio importante en la historia de los casinos nacionales. De acuerdo a la nueva ley, el sistema se divide entre los establecimientos municipales, existentes hace décadas, y los 18 contemplados para la etapa posterior a la Ley de Casinos de 2005. La facultad de fiscalizar a los del primer grupo aún reside en las municipalidades respectivas. Así sucede, por ejemplo, en Arica,

⁴⁵ “Qué es la Superintendencia de Casinos y Juegos”. Información extraída desde: <http://www.scj.cl/acerca/quees.html>

Iquique, Coquimbo y Viña del Mar. El resto de los “nuevos” casinos son supervigilados por la superintendencia.

En Viña, por ejemplo, el municipio le otorgó la concesión del casino a la empresa Enjoy por el período 2000-2015. En el caso de la industria nacida con la ley de 2005, cada casino debe tributar el 20% de sus ingresos brutos. El 10% queda en las arcas municipales, mientras que el otro porcentaje se invierte en la región.

Durante mayo de 2012 “los 17 casinos de juego en funcionamiento generaron ingresos brutos del juego (*win*) por US\$ 49,1 millones y recibieron 587.785 visitas, las que en promedio gastaron \$ 41.526 cada una. Por su parte, a las 17 municipalidades y 11 gobiernos regionales les corresponde percibir US\$ 8,2 millones por impuesto específico al juego y al Estado US\$ 3,3 millones de impuesto por entradas. Las sociedades operadoras generaron además US\$ 7,8 millones por concepto de IVA al juego”⁴⁶.



⁴⁶ Comunicado de prensa de la SCJ. Miércoles 27 de junio de 2012.

Juego limpio

La SCJ fiscaliza en terreno si los ingresos declarados por los casinos se corresponden con la realidad. Además controla procesos, sistemas de seguridad, cámaras y programación de las máquinas. La normativa obliga a que los casinos filmen las mesas de juegos de salón. Así, en caso de cualquier duda, el jugador podrá apelar al registro de las imágenes. Pérez está por terminar su café. Una taza de Bombón, cargada a la leche condensada, acaba de arribar a la mesa.

—¿Cuáles han sido las principales irregularidades que han detectado en las fiscalizaciones?

—Creo que más que irregularidades han sido errores. Los operadores de esta industria generalmente son antiguos. La mayoría conoce las reglas. Cuando uno ve el juego, es difícil encontrar irregularidades directamente. Hay más errores. Por ejemplo, que el crupier se equivoque entregando las cartas hacia el lado inverso. En las máquinas: que en vez de estar programadas por sobre el 90%, estén al 89. En Chile se exige que el porcentaje de retorno mínimo a los jugadores sea el 85% del dinero ingresado a las máquinas.

—El retorno controlado por ley sólo se puede aplicar a las máquinas. La ruleta, por ejemplo, es puramente azar...

—Claro. Pero en la ruleta se controla por la ventaja de la casa. Matemáticamente cada juego tiene una ventaja de la casa. Por ejemplo, el Black Jack por algo se juega con seis mazos. No es una cuestión azarosa, va asociada a ese factor. Entonces tú vas controlando el retorno sobre las reglas del juego. Uno sabe que en la ruleta es donde tiene menos ventaja el jugador, mientras que en el Black Jack es totalmente al revés. El bingo también tiene sus normas: cada 40 partidas se tienen que cambiar las balotas, para que no se gasten. Y después de que se termina cada juego, se tienen que sacar y volver a ingresar. Eso está en el catálogo de juegos de la superintendencia.

—**¿Conoces el detalle de esas ventajas?**

—Hay un libro en inglés que contiene esa información. Se llama “Casino Math”⁴⁷. Esa es, para mí, la Biblia de las matemáticas de casino.

—**Tú, que trabajas en esto, ¿qué juego le recomendarías al lector de esta entrevista?**

—Siempre digo que la gente tiene que ir al casino a divertirse, no tiene que ir a ganar plata. El jugador que va a eso tiene que ir a arriesgar mucho dinero. Porque una persona que va a ganar plata con diez lucas, la verdad es que va a volver con cero.

Las máquinas

En Chile no hay un proceso de regulación específica en torno a las máquinas. Se importan desde Estados Unidos, Alemania o Japón. Aunque la superintendencia sólo permite usar dispositivos nuevos. Luego, cuando llegan al casino, hay que realizar diversas configuraciones. La superintendencia permite la instalación de ciertas máquinas, homologadas en un listado, al igual que algunos juegos.

—**La normativa obliga que del total apostado en las máquinas se devuelva, como mínimo, el 85%. ¿Cómo se aplica eso?**

—Las máquinas trabajan sobre los grandes números, con pura estadística. Entonces esta cosa tiene que distribuir sobre un 85%. En general hemos visto que todos los juegos están sobre el 90%. Algunos están al 88 o al 86. Hay juegos en que la secuencia es: pierdes, pierdes, ganas. En otros pierdes, pierdes, pierdes, pierdes, ganas. Hay muchas combinaciones. Es lo que le interesa al jugador, vivir ese ciclo. Cada número es generado aleatoriamente. Pero el programa dice que sobre un número de cuatro millones de jugadas la máquina va a repartir el 85% de lo ingresado.

⁴⁷ Robert C. Hannum y Anthony N. Cabot. *Casino Math*. 2001.

—¿Cuatro millones de jugadas?

—Claro. Pero piensa tú que es, en promedio, una jugada cada veinte segundos. No es tanto tiempo. Son tres o cuatro meses para completar el ciclo.

El ingeniero argumenta que el porcentaje de pago de los casinos es normal en comparación a los países de la región. “En la literatura de *marketing* de casinos se aconseja no ponerlas a menos de 90%. Incluso puedes clasificar a los jugadores y se recomiendan porcentajes diferidos de pago de acuerdo a la tipificación de los clientes”, afirma.

—Volviendo a las máquinas. Si yo apuesto un peso, ¿cuánto es el máximo que me puede pagar una máquina de casino en Chile?

—Las máquinas del casino te pueden pagar lo que sea. Por ejemplo, si la máquina tiene un progresivo de \$120 millones y tú con un peso tienes opción de entrar a ese progresivo... Bueno, eso pasa muy poco. Con \$500 sería más probable que te puedas llevar los \$120 millones.

—Entonces, es cuestión de suerte...

—No sé si de suerte, pero sí de azar.

—¿No crees en la suerte?

—No. Lo que pasa es que esto es azar. Yo creo que la suerte va asociada a un factor que uno puede manejar con cábala. Esta cuestión sucedió o no sucedió. No tiene que ver conmigo. Lo apreté azarosamente en el minuto correcto.

—¿Cómo se programan las máquinas?

—Eso no se hace en Chile. Lo que uno hace es configurar en función de ciertos parámetros predefinidos. El juego viene ya programado y es algo tan sensible que los fabricantes lo manejan muy celosamente. Esta cosa lleva por detrás algo llamado tabla de pago que tiene una probabilidad asociada y una esperanza. Las máquinas tienen una tabla de pago bien compleja y confidencial. Si se adulterara sería totalmente ilegal. Las máquinas llegan certificadas por un laboratorio internacional a través de un algoritmo, una especie de firma electrónica, que nos permite verificar que el juego no ha sido adulterado.

—¿Y han advertido la presencia de juegos adulterados?

—Sí, pero hemos visto que el casino tiene una versión más nueva del mismo *software*. Por ejemplo, tenemos autorizada la versión 2.1 y ellos tienen la 2.3. Ahí procedemos a apagarlas y a realizar la homologación correspondiente.

—¿Qué es lo más anecdótico que has visto en el casino?

—Hay gente que le da comida a las máquinas, echándole miguitas por los botones. He visto gente que saluda a la máquina. Una vez una persona estaba rezando con las manos en la pantalla. Una cuestión muy extraña. Hay muchos mitos en la sala de juegos. Las personas se encariñan con la máquina. El casino tiende a cambiarlas de ubicación, igual que el supermercado cada cierto tiempo, para que la gente se mueva.

—En mayo los casinos del nuevo sistema recibieron más de 500 mil visitas, ¿por qué crees que el juego de apuestas seduce a tanta gente?

—Creo que van tres tipos de jugadores. Los que van a divertirse con amigos a conversar, a tomarse algo y a jugar un rato. También va gente que quiere despejarse un poco de su mundo y, por último, van los ludópatas a ganar al casino. Los ludópatas quieren ganar siempre. Incluso a veces mienten con el propósito de ganar. Lo que sea, aunque sea un trago en compensación por un reclamo. Pero lo he conversado con gente especialista y creo que más que ganar es la sensación de la incertidumbre. Porque cuando tú ves al tipo

jugando, él no está pendiente ni del principio ni del final. La mayor emoción es cuando corre la bolita, cuando giran los rodillos. Ese minuto los seduce.

Las que no regula nadie

Han proliferado como callampas. Las máquinas tragamonedas se han instalado con fuerza en diversos locales de norte a sur. Pérez advierte grandes diferencias entre las que regula la SCJ y las que abundan en los almacenes. La primera particularidad: el costo de una máquina de casino oscila entre 5 y 15 millones de pesos. Por el contrario, en el mercado informal “la mayoría de estos tipos empezó a hacer las máquinas. Algunas son armadas en Chile con piezas importadas de China. Tú le haces el cajón nomás”. La segunda: “Generalmente esas máquinas pagan lo que tienen en la caja, no lo que tendrían que pagarte. Si uno ve el diario, ofrecen programarlas al 50% o 60% de utilidad. Para las del casino las tablas de pago deben programarse como mínimo al 85% y, en último lugar, son fiscalizadas por nosotros”.

En la Superintendencia trabajan para ver cómo se puede abordar este mercado creciente de máquinas tragamonedas. Según cálculos internos de la SCJ, hay más de 10 mil dispositivos que nadie fiscaliza (versus las 9.203 máquinas en funcionamiento en los casinos del nuevo sistema con un promedio de 93,7% de retorno para los jugadores⁴⁸).

¿Y los ludópatas?

Los ludópatas⁴⁹ son un tema de preocupación para los establecimientos de juego y, por cierto, para la SCJ. Hoy la ley mandata a los casinos a entregar información referente a la enfermedad en sus locales. Pero eso no basta. En 2011 la Superintendencia de Casinos y Juegos emitió una circular para crear el sistema de autoexclusión. ¿Cómo funciona? Un

⁴⁸ En mayo de 2012 según la SCJ.

⁴⁹ Quienes padecen adicción patológica a los juegos electrónicos o de azar.

jugador, con un formulario firmado ante notario, puede pedir que no lo dejen entrar al casino por un mínimo de seis meses.

En 2009 los senadores Ricardo Núñez (PS), Carlos Bianchi (IND) Juan Pablo Letelier (PS) y Pedro Muñoz (PS) presentaron un proyecto de ley para modificar la actual Ley de Casinos con objeto de obligar a toda sala de juego a exhibir advertencias de los daños que puede provocar la ludopatía en la salud de las personas, al igual que como se hace con el cigarrillo y el alcohol⁵⁰. La iniciativa está siendo tramitada en el Congreso Nacional.

Las tazas de café ya están vacías. Igual que el segundo piso del Bonafide. Nos paramos para pagar la cuenta. Aunque, antes de cerrar el boliche, hay otro tema que preocupa a Pérez. El juego en línea que, hasta el momento, está prohibido. “El asunto es cómo lo controlas, porque internet es libre en Chile”, dice el ingeniero y añade que él no jugaría bajo esa modalidad, pues “no es juego seguro”.

⁵⁰ Ver detalle del proyecto en la Biblioteca del Congreso Nacional: http://www.bcn.cl/carpeta_temas_profundidad/ludopatia

Jugársela con todo no tiene precio

Viña del Mar es, como dice el eslogan, una ciudad bella. La Quinta Vergara, el Reloj de Flores y el Castillo Wolff son algunos de sus atractivos. Pero la ciudad jardín también posee, desde 1930, una tentación muy peligrosa. Cuatro ludópatas anónimos, agrupados en la Asociación de Jugadores Chilenos en Rehabilitación (Ajucher), testimonian sus trágicas experiencias con el casino.

*Texto basado en los testimonios publicados en el sitio ajucher.cl

Qué bueno, lo felicito

Viudo cayó en una profunda depresión cuando quedó viudo. Luego de la muerte de su mujer, con quien estuvo casado por 36 años, combatió la soledad al interior de los luminosos pasillos del casino de Viña del Mar. Ya van 12 años del deceso.

Hoy, con más tranquilidad, Viudo asocia el inicio de su ludopatía con el vacío que dejó su amada. Recuerda sus días de juerga en que llegaba con tenida formal al casino poco después de las 14:00 horas, momento en que se abrían las mesas de apuestas. Así pasaba sus horas, rodeado de gente, con la adrenalina al máximo. Pero esos días y noches no le salieron gratis. El protagonista de esta historia perdió la totalidad de sus ahorros en la ruleta. Menos mal que no quedó debiendo.

Un conocido de su hija mayor encendió en ella la luz de alarma. Le parecía extraño encontrarse a Viudo cada vez que iba al casino. Entonces llegó el momento de conversar la situación y de prometer cambios a sus hijos. Luego de varios compromisos que no concretó, Viudo encontró el sitio web de la Asociación de Jugadores Chilenos en Rehabilitación. Al mismo tiempo buscó ayuda especializada con psicólogos, quienes le exponían las razones de su caída en el juego desmedido; mas no soluciones para salir de éste. Sin perder la esperanza subió un escalón médico y llegó a los siquiátras. En ellos halló los medicamentos que no le rindieron frutos. “Mentalmente complicado y confuso, tomé contacto nuevamente con Ana María y ya hace unos tres años que participo de

Ajucher, un grupo de pares donde nos tratamos de apoyar a fin de que no volvamos a recaer”, cuenta. La asociación fue fundamental, pues Viudo asegura no haber vuelto a pisar un casino.

“En la feria de Viña me he encontrado con algunos crupier que se han acercado a saludarme y a señalarme que ‘no me han visto por allá’. Yo les he dicho que ya no deseo volver a ir nunca más y la respuesta de todos ellos ha sido bastante similar: ‘Qué bueno, lo felicito’”, escribe con orgullo.

Las últimas oraciones de su testimonio apuntan hacia la sociedad y su relación con los ludópatas: “Al que ha sido alcohólico, o drogadicto, y está en tratamiento, o se ha recuperado, la ‘sociedad’ le da su oportunidad. Respecto del que va al casino, si no tiene su propia empresa, es muy difícil que alguien lo emplee. Es muy difícil que alguien lo contrate”, finaliza este asesor de PYMES que prefiere firmar su relato como “Viudo con *saudade*”.

¡Por la máquina!

“Mi nombre es Ely y soy una ludópata rehabilitada. Estuve un año yendo a las máquinas tragamonedas del casino. Al principio era una entretenición de los días miércoles (que tenía libres), pero luego fueron también los domingos y así, a los seis meses, me encontré jugando de lunes a domingo”. Esta mujer salía todos los días a las 13 horas de su casa y volvía, algunas veces, al amanecer de la jornada siguiente. La pasión por las apuestas era tal que cuando alguna de sus hijas llegaba a sacarla del casino, ella las retaba en público.

El negocio de Ely también sufrió pérdidas por su adicción a las máquinas. En algún difuso momento tocó fondo y decidió pedir ayuda espiritual al sacerdote de su parroquia. Él le contó de Ajucher, un grupo de personas que le “salvaron la vida”. Por suerte, el final de esta historia es feliz: hace tres años Ely dejó de acudir a las máquinas del casino que le tragarón varios fajos de billetes.

A recuperarse

La anónima autora del texto “Ludopatía, un verdadero infierno...” pasó dos años jugando prácticamente todos los días en el casino. Luego de perder su dinero, comenzó a sacar los billetes destinados a pagar las cuentas. Como eso no siempre funcionó, el último recurso que usó, para “recuperarse”, fue robarle dinero a su esposo. Pero no todas las noches eran de pérdida. Recuerda una gloriosa jornada en que ganó un millón de pesos. El problema es que reinvertió esa suma en el juego. El premio le duró tres días.

La mujer afirma que “todo el dinero que se pierde en el casino no es NADA comparado con lo que se pierde en la vida, porque el casino no sólo se queda con tu dinero sino que también se queda con tu vida, con tus valores, con tus virtudes y con tu autoestima, ¡lo pierdes todo!”. Incluso el “hábito de la higiene y de levantarte por las mañanas, ya que lo único que piensas es cómo poder jugar, de dónde sacar dinero, qué inventar para ir a jugar y dejar de lado a las personas que más amas”.

“Fue en ese momento en que no aguanté más y pedí ayuda. Me di cuenta de la enfermedad que tenía y del infierno que estaba viviendo. Incluso mi marido se fue de la casa. Estaba hecha pedazos, la pena la vergüenza y la CULPA era gigantesca por todo lo que mentí para poder jugar”, declara la ex jugadora que ya lleva más de un año alejada de las apuestas. Ese logro es, en gran parte, gracias a Ajucher.

“Hoy mis propósitos en la vida son muchos, pero sobre todo es el de ayudar a las personas que están viviendo un infierno con esta enfermedad. ¡Se puede vivir SIN el casino!”, exclama con la tranquilidad de haber recuperado su familia y otros hábitos.

La máquina y yo

Nathy es un caso especial. Sintió, desde muy pequeña, atracción por los juegos de apuesta. Comenzó a jugar a los 12 años en las máquinas tragamonedas del almacén de

su barrio. En ese entonces no tenía mayores problemas, pues podía estar semanas o meses sin apostar. A los 18 tuvo la fascinante oportunidad de conocer el casino. Ahí descubrió que “con eso me olvidaba de todos los problemas, no existían penas, sufrimiento, ni angustia, sólo estaba la máquina y yo, y ni siquiera jugaba con el fin de ganar, inconscientemente cada ludópata sabe que uno no se va a venir hasta que pierda todo el dinero que lleva. Si ganaba, por lo general, volvía a jugar ese dinero y así hasta que volvía a perderlo todo. El casino era mi mejor paréntesis, mi mejor escape, porque nada importaba más que la máquina y yo”.

Algunas de las excusas con que Nathy se defendía de los comentarios de alerta eran: “No, si pierdo poco”, “Sólo fui de pasada” o “No, si no estaba jugando”. Esas palabras configuraban un auto engaño que no podría sostener por mucho tiempo.

“El juego te gana, tú dependes de él y te conviertes en su esclava. Ahí estás sentada mirando esa pantalla como todos los días y, pese a decir ‘hoy no voy’, de nuevo estas allí. Sólo te das cuenta de que estás enferma cuando tocas fondo, cuando te das cuenta de todas las mentiras y todo el daño que has hecho a tu alrededor. Pero, por sobre todo, cuando te das cuenta de todo el daño que a ti misma te has hecho, cuán poco te has querido y cuánto te has dejado de preocupar por ti y por la gente que te rodea, sólo por preocuparte por el juego”. Nathy, hoy alejada de los casinos, enumera los tres pasos para salir del juego: el primero es darse cuenta, el segundo es decidirse firmemente a dejarlo y el tercero es buscar ayuda.

“Esto es algo de lo cual JÁMAS se está rehabilitado 100 %, pero sí se puede vivir con la adicción y aprender a controlar los impulsos, que son los que nos llevan a todos a esta gran enfermedad”, finaliza agradeciendo, al igual que todos, a la organización sin fines de lucro creada en 2007 por la ex ludópata Ana María Aguilar.

¡Por la máquina!

Una línea punteada se repite en un camino demasiado oscuro como para llamarse Ruta General San Martín. How can you mend a broken heart? How can you stop the rain from falling down? How can you stop the sun from shining? What makes the world go round? How can you mend this broken man? How can a loser ever win? “Uno de los Bee Gees está grave”, interrumpe alguien. En efecto, Robin Gibb salió del coma hace algunas horas.

Abril. Viernes por la noche. Una camioneta negra y cinco personas a bordo. Ruta Santiago-Los Andes. En algún momento del viaje aparece, a nuestra izquierda, un cerro iluminado, con pinta de ciudad fantasma. Un hombre busca en su GPS la respuesta a esa extraña visión que, por esta vez, se le fue en collera a los satélites.

TODO VEHÍCULO PAGA PEAJE, anuncia un cartel. 800 pesos, el primer control; 1.800, el segundo. Pasamos un túnel y comenzamos a subir. Nuestro destino está en las alturas de un cerro. En el control de ingreso el conductor muestra su tarjeta naranja, la que le da derecho a “estacionar allá arriba”, donde apunta el guardia. El hombre del GPS cuenta que un amigo, el Carlitos, en una noche de muy mala racha se vino del Monticello al Enjoy de Los Andes. Y se recuperó.

Seguimos subiendo y pasamos por un lujoso hotel de 5 estrellas. Pero hay algo que es disonante con tanto lujo: hay demasiada aridez en el Enjoy. Desde lejos se puede ver un Porsche iluminado. Debe ser la entrada del casino. Pero aún estamos lejos. Acá arriba, en la seca “plaza 6”, quedan dos lugares disponibles. ¿Será porque hoy se presenta el Bombo Fica?

Bajamos y aparece un hombre amable. Nos invita a subir a una van. Es el servicio de *valetparking*. En Enjoy Santiago evitarse una caminata es gratis.

Es cosa de suerte

—¡No se pueden tomar fotografías!— advierte un guardia vestido de terno con su respectiva credencial de curso OS-10.

—Disculpe. ¿Usted sabe cuál es el Jackpot?

—Sí. Tiene que venir todos los jueves y sábados. Si sale su número se gana el pozo.

—Y, usted que trabaja acá, ¿sabe cuál es el juego más fácil para ganar?

—No sé. Es cosa de suerte.

—Bueno, gracias— digo alejándome.

—Ruleta— susurra.

Son las 22:15 y no hay nadie jugando en la mesa de Ricardo. A sus espaldas, otro Porsche gris anuncia el premio que alguno de los jugadores podrá recibir esta noche. “Trabajamos hasta las 7 de la mañana. A esa hora algunos siguen perdiendo”, dice el joven con humor. ¿Alguna técnica para ganar? “Sólo suerte”.

Nada se compara contigo

Como en el Titanic. Hay muchos cubiertos alrededor de cada plato del Santerra. El tenedor libre está repleto. ¿Será porque hoy se presentó el Bombo Fica?

Nada se compara contigo, las emociones más profundas, y tantas ilusiones juntas, sólo he podido descubrirlas junto a ti. Tú me fascinas y eres la tentación más exquisita, canta un joven que parece haber salido de “Rojo: fama contrafama”. Su trabajo es interpretar diversos karaokes para “amenizar” la noche en el restorán. Una hora más tarde el hombre haría notar su fanatismo por Simply Red.

Por la escalera circular siguen ascendiendo mujeres de pelo alisado, acompañadas de sus parejas que desfilan sus cortavientos de marca. En el casino la moda impone Tommy Hilfiger, Ferouch, Polo y Dockers.

Muchas personas deambulan por el establecimiento que, según su sitio web, “rescata para ti la antigua tradición de los Mercados Centrales, esos puntos maravillosos donde arribaban carretas y camiones cargados con los productos más selectos sacados directamente de nuestra tierra, nuestro mar y nuestros campos, para deleite de la gente de la ciudad”.

Natalia es cocinera del área italiana del “mercado central”. Es blanca, maciza y tiene muy buena disposición para atender. Cuenta que todo el personal del Santerra tiene prohibido jugar en el casino. Mientras calienta unos *spaghetti* con boloñesa cuenta la anécdota de la semana: “Una niña de Temuco que estaba cesante vino a jugar la semana pasada porque un amigo la invitó. Con cinco lucas ganó 21 millones de pesos”.

En nuestra mesa se acumulan los platos de panqueques celestinos. Un familiar indica: “Mira, atrás tuyo está el Bombo Fica, anda a entrevistarlo”.

Los crupiers

—¿Mínimo 10?

—Sí, pero luego tienes que doblar. Tendrías que tener unos 30.

—¿Cuál es el juego más fácil?

—El Black Jack o 21. Es más fácil ganar.

—¿Cuánto?

—\$5000 mínimo—responde Andrea, la crupier con lentes de marco grueso.

00:30 horas. Este casino, al igual que el Monticello, es circular: como para dar vueltas y permanecer desorientado durante toda la noche. En las pantallas LED aparecen fotos y montos de los sonrientes ganadores del torneo de póker.

El salón más grande es para fumadores, pero el humo es imperceptible. *Today I don't feel like doing anything, I just wanna lay in my bed, don't feel like picking up my phone, So leave a message at the tone, Cause today I swear I'm not doing anything.* Bruno Mars alegra los salones de juego con su "Lazysong". Incluso en el baño se oye la música. Un hombre de gris trapea y trapea el lugar que huele demasiado bien para ser *bathroom*.

María me enseñó a jugar en las máquinas. Luego de su capacitación, la Mermaid Sunset me "tragó" \$2.000 en tres minutos. Lindas las luces, los sonidos y los giros, pero con ninguna apuesta dio ganancias. Ni 5x1 ni 10x2. A un costado, una calmada señora de pelo cano fuma como chimenea hipnotizada con la colorida pantalla. Al otro lado, un hombre en tránsito a la calvicie con chaqueta de profesor mira las figuras. Parecen estar hipnotizados por las luces.

Split Symbols, 5 pesos, 10 pesos, Quick Hit, Loud of Liberty. Otro sector del óvalo del juego. Hay una pareja que me hace recordar a Ninfa y Jeremías, los dueños del almacén "de la camioneta azul" en una villa de Maipú donde viví. Van a ser 15 minutos aquí y ellos, en comunión, interactúan con la máquina. La mujer golpea el soporte de madera que sostiene a la caja. Su compañero forma una línea con sus dedos en la pantalla, como si fuera *touch*. Girar. Apostar. Girar. Apostar. Girar. Apostar. Prueban apretando los dos juntos el botón. Su apuesta mínima es de 250 pesos. Debajo de las figuras, una pantalla animada muestra los tres Porsche Boxter que pueden ganar. El hombre se impacienta y se pone de pie. Gana. Un poco. Se escucha una fanfarria. ¡Cha- chan! La mujer morena sonríe un poco. Limpia sus lentes sin despegarse de las figuras que giran. Apuestan.

Ayuda de arriba

“Las monjitas del Santuario de Auco vinieron a comer invitadas por una autoridad municipal. A cada una le dieron un *voucher* de 5.000 pesos para jugar. Una se llevó dos millones”, dice Carolina, la blanca anfitriona de la entrada. Es simpática, pero nerviosa. Responde risueña, aunque se pasea constantemente para ver si “viene mi jefe”.

Desde la silla de Carolina se pueden ver las franjas luminosas que circundan el techo del lugar. Cuando las luces se tornan verdes se escucha una fanfarria de bronces, como ésa que ponían en el Festival de Viña en dictadura. Entonces, los jugadores desvían su atención por un momento de las pantallas. Pueden ser uno de los flamantes ganadores que se lleven un jugoso premio. Los trabajadores de gris siguen trapeando, inadvertidos, vaciando los ceniceros y retirando los vasos que acumula otra noche de juego.

En el techo del Enjoy Santiago, al igual que en los otros casinos, parece haber una invasión de moscas pegadas al techo. Pero no son insectos, son cámaras. Cada sector de juego, especialmente las mesas de apuestas, cuenta con vigilancia. ¿Quién será nuestro Gran Hermano?

¿Es-ta-dís-ticas?

A las dos de la mañana todas las ruletas están llenas de jugadores y, por cierto, de mirones. En una, que parece ser la de los “profesionales jóvenes”, un hombre con un tiritón ron en la mano mira mi libreta y pregunta: “¿Es-ta-dís-ticas?”. “¿Y te han funcionado hasta el momento?”, vuelve a interrogar. “No mucho”, respondo nervioso. El jugador vuelve a lo suyo. Tiene una torre de fichas verdes que reparte al azar en los números de la tabla. Apuesta al pleno y bebe otro sorbo. Pierde. Pero le quedan más fichas. Y más sorbos.

Sin tanto éxito está la mesa de Katherine, la crupier del Black Jack. Cuenta que el máximo de apuesta es de 200 mil pesos y que sí cree en la suerte. “Recién no más le pagué tres millones a un caballero”, dice la mujer que tuvo que pasar por una academia que duró dos meses. “Dos meses que te los pagan”, dice contenta.

El 12 y el 16

Igual la música está buena. Aunque sólo suenan canciones en inglés. La más emblemática es la introducción de “A little less conversation”, de Elvis Presley, que comienza a retumbar cuando se encienden las luces verdes del concurso millonario. Hace minutos, Claudia ganó \$400.000 en tickets de juego en el Lucky Jackpot. ¿Quién diablos es Claudia? Ni idea, pero el locutor ha repetido su hazaña tres veces por los parlantes.

En una de las entradas del casino, vaya a saber uno cuál, hay una fila de cuatro cajeros automáticos: dos del BCI, uno de Corpbanca y el último de Scotiabank. No hay problemas de abastecimiento si la suerte no acompaña. La noche se pasa rápido. Ya son las 3:00 de la mañana y hay cuatro lateadas personas jugando en la sala *Premium*. Que de *Premium* sólo tiene privacidad y asientos más confortables.

“Vamos por el sexto ganador de esta noche en Enjoy Santiago. Le vamos a dar una tremenda sorpresa esta noche a nuestro amigo... Claudio”, dice un estilizado animador que tiene el tic de sobarse el botón superior de su ajustada chaqueta. “Amigo mío, se acaba de ganar \$100.000 en tickets de juego para seguir disfrutando esta noche en Enjoy Santiago. ¿Contento? Nosotros cerramos el concurso, pero nos encontramos mañana en una nueva noche de Enjoy Santiago. Buenas noches”, remata el hombre que se pierde entre la gente. Lo acompaña una mujer con una cámara digital. Seguramente irá a fotografiar a Claudio, el ganador que nunca se vio.

El hombre del GPS vuelve a nuestra mesa y, ante las preguntas de rigor, sentencia que “en la vida se gana y se pierde”. Esta noche le tocó perder: “200 lucas, es que el 12 y el 16 no salieron nunca”. Faltan quince minutos para las cuatro de la mañana. El animador del terno a medida sale del baño vestido de mezclilla cargando un bolso deportivo. Quedan poco más de tres horas para el fin de esta noche. Salimos. Nos espera la van. “¿Cómo les fue?”, pregunta el conductor. Nadie responde. Nos alejamos, por el vidrio trasero vemos cada vez más pequeño al Porsche que permanece iluminado de la entrada.

René Andaur:

“Me voy a morir jugando”

¿Qué puede hacer un ex policía con su tiempo libre? Estudiar derecho, odiar el fútbol, enseñar tanatología, sobreponerse a dos derrames cerebrales y hospedarse gratuitamente en diversos casinos chilenos. Esta es la historia de un adicto al juego que afirma que su mal es peor que las drogas, el alcohol o las mujeres.

Una grúa de 50 metros de altura destaca en la Plaza de Armas de Santiago. En lo más alto está María Francisca Yáñez, secretaria ejecutiva de la Comisión Nacional de Seguridad de Tránsito (CONASET). Son las 11:30 horas de un viernes de julio. La mujer espera instrucciones para realizar una proeza para la prensa presente: lanzarse en benji para presentar la campaña “Manéjate por la vida”.

Un animador pide aplausos para darle fuerza a la autoridad. Pero los peatones reaccionan con escaso entusiasmo. Están más preocupados de registrar el momento con sus teléfonos celulares. Abajo espera Pedro Pablo Errázuriz, ministro de Transportes y Telecomunicaciones, junto a un par de desganados oficiales de Carabineros.

La doctora en Ingeniería y Economía de Transporte extiende los brazos y, a la cuenta de tres, se lanza en caída libre. Los presentes emiten un grito que altera la sonoridad habitual de la plaza donde en algún momento de la historia se realizaron corridas de toros. “El benji es algo que todo el mundo reconoce como riesgoso, pero no todos reconocemos como riesgoso conducir sin cinturón de seguridad o conducir con alcohol”, arguyó la autoridad luego de su mediático descenso.

Luego del acto la multitud se disgrega. Frente al caballo sin riendas de Pedro de Valdivia aparece René Andaur, ex policía civil y futuro abogado. Viste una chaqueta de cotelé café claro y una camisa a cuadros con dos botones abiertos. Caminamos por el centro rumbo al Conservador de Bienes Raíces de Santiago. Él busca unos certificados. Cual

celebridad es saludado por un par de personas en calle Morandé. Mal que mal fueron casi 30 años en la Policía de Investigaciones.

De nadador a tanatólogo

Luego de salir del Liceo Manuel Barros Borgoño, René tenía 17 años. El hijo de un trabajador de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado, vio un artículo en el diario que promocionaba la opción de ser policía: había que estudiar dos años. Pese a ser un nadador avezado, le costó entrar, pero lo logró.

Con el pasar de los años, en plena dictadura de Pinochet, trabajó en la Brigada de Homicidios. Hizo cursos de lesionología forense en la Universidad Católica y de tanatología en la Universidad de Chile. “Mi pega era examinar cadáveres. Cuando le ves del punto de vista humano te deprime, te desgasta. Pero desde el lado del estudio es apasionante”, recuerda frente a un cortado en el café Marco Polo.

Le tocó examinar atropellados de tren y del metro. Además de varios muertos por artefactos explosivos. Participó en las investigaciones sobre la muerte del teniente coronel Roger Vergara y del ex agente de la Fuerza Aérea Roberto Fuentes Morrison. Del mismo modo, dice que notificó a la autoridad militar que los asesinos de Santiago Nattino y José Manuel Parada⁵¹ fueron agentes de la Dirección de Comunicaciones de Carabineros (Dicomcar).

Casino sin salida

Hace 35 años René conoció los casinos. Desde ese momento nada lo detuvo. Buscaba cada ocasión para apostar. Así pasó varias noches de turno en diversos cuarteles.

⁵¹ Caso Degollados: Secuestro y asesinato de tres miembros del Partido Comunista perpetrado a fines de marzo de 1985 por agentes de la policía uniformada.

También frecuentó dos casinos clandestinos ubicados en el octavo piso de un edificio de calle San Antonio. Hasta ahí llegaban jinetes de carrera a jugar escoba, brisca y ruleta. También aparecían los comerciantes del espacio conocido como el “Pasaje de los pillos”, junto a algunos empleados de Mario Silva Leiva (el célebre “Cabro Carrera”).

René es de hablar pausado. Reflexiona, vaciando su café cortado, y dice que luego de más de tres décadas como ludópata entiende por qué los casinos están prohibidos en los centros de las grandes ciudades. Ha estado viernes, sábado y domingo jugando sin dormir. Pero al terminar esa euforia lo aqueja siempre una intensa depresión.

“Una vez estaba jugando en Viña y me encontré con una niña. Me dijo que había vendido recién su auto y que no había podido recuperar la plata. Llevaba la mitad perdida. Estaba con tratamiento psiquiátrico hacía tres meses. Pero tuvo una recaída y en el casino se encontró con su médico tratante: hasta ahí le llegó el tratamiento”, dice con humor.

—Usted va con frecuencia al casino con su mujer, ¿cuál es la razón? ¿Qué buscan?

—Ella se envió acompañándome a mí. Íbamos a Serena con mis cinco hijos todo el verano. Arrendábamos una casa y nos volvíamos con 200, 300 o 500 mil pesos a Santiago. Entonces era rico: lo pasábamos bien, jugábamos y ganábamos. Una vez mi mujer ganó un millón doscientos. A la media hora echó diez mil pesos a una máquina y ganó 300 mil más. Eso no se dio nunca más. Yo fui al Monticello. Llegando, me gané un millón cuatrocientos en la máquina de los *Quick Hit*. Me jugué esa plata y perdí 300 más. Ninguna máquina más me pagó. ¿Qué da a pensar a uno? Que estas tarjetas tienen un chip. Entonces yo gano, cobro y me lo bloquean. No gano más. Estoy elucubrando. Pero, ¿por qué con un millón y medio una máquina después no me da juego? En el Monticello fui una vez a preguntar cuánto había jugado y ellos vieron en el computador: llevaba 78 millones. Para responder tu pregunta: jugar en el casino es una sensación muy especial. Es apasionante.

—Según sus cálculos, ¿cuánto ha perdido en el casino?

—He perdido tres propiedades. Estamos hablando de 80 a 100 millones de pesos. Yo estaba muy bien, me dedicaba a comprar y arrendar propiedades. Se pagaban solas con el arriendo. Pero después el juego me las fue comiendo.

—¿Cuál es su casino favorito?

—En este momento... el Enjoy de Rinconada.

—¿Por qué?

—Porque uno ve como que las máquinas pagaran un poquito más. La semana pasada estuve cuatro días gratis en el hotel del Enjoy de La Serena. Con comida, sauna y jacuzzi gratis. En el de Rinconada hay un VIP en el que solo entramos con tarjeta *Platinum*. Ahí nos sirven whisky Johnnie Walker 12 años etiqueta negra, nos traen maní. Hay un buen trato con el jugador. Ahora tengo reservación: de lunes a jueves voy a estar gratis en el hotel de Enjoy Santiago. Me invitaron.

—¿Hay alguna figura pública que haya visto en el VIP?

—No. Nadie conocido. Somos los mismos viciosos de siempre. Al que veía siempre en Viña era al Álvaro Salas, jugaba hartito Black Jack.

—¿Juega más en máquinas o en mesa?

—Estuve 15 años jugando en mesa. Decía: ¿cómo puede la gente tonta jugar en máquinas? No entendía. Por ejemplo, en La Serena hay una señora que siempre llega a las seis de la mañana a jugar. Va por el máximo de apuestas, de \$1800 pesos por vez. Le saca un millón trescientos, un millón seiscientos. Luego se va. Una vez probé. Puse la tarjeta: en los primeros diez minutos gané 600 mil pesos, al tiro. Oye, espectacular. Pero yo gano 600 y los vuelvo a jugar, como soy enfermo... No hay cómo ganarle al casino. Lo

que molesta es cuando llega alguien a sentarse al lado y le empieza a dar recetas a uno. Yo les pregunto: ¿Señora, usted ganó acaso? “No, perdí todo”.

—Usted conoce las salas de cámaras de los casinos. ¿Cómo es ese espacio de monitoreo?

—Sí. En el casino hay cientos y cientos de cámaras. Está todo controlado. En una oportunidad compramos unos cigarros con mi señora y la gente de limpieza nos llevó la cajetilla con el encendedor adentro. Ahí entramos a la sala y se veía todo. Cuando mi señora sacaba un pañuelo o una libreta. Se veía hasta lo que estaba escribiendo. Yo he perdido el carnet, el vestón o la vestimenta. Eso te lo guardan en una bolsa y te lo encuentran al tiro.

—¿Recuerda su mejor y peor noche en el casino?

—Es que no he tenido mejor noche. Han sido muy parejas. Ha habido noches en que he ganado 600 mil o un millón trescientos. Luego los vuelvo a jugar y pierdo trescientos más. A mí me apasiona. Disfruto mucho jugando. Mi señora ha propuesto tratarnos. Pero yo no quiero. No es que diga que vale la pena el juego: por las depresiones, por tener que trabajar doblemente para solventar los gastos. Pero, ¿cómo no va a ser vida fuera de estrés? La semana pasada llegamos a La Serena, nos dieron estacionamiento, habitación con vista al mar, luego trotamos un rato, fuimos al sauna, al SPA, a almorzar. Sin gastar nada. Entre paréntesis, porque en cada noche nos gastamos cuatrocientos mil pesos. Ellos saben cuánto juega uno. Por eso después me llaman y me ofrecen cuatro noches de estadía en el hotel. Y uno trata de que esas sean vacaciones, pero en el fondo no son vacaciones: es una tortura.

—Usted estuvo casi tres décadas con un ritmo de vida bien agitada como policía. ¿Cree que después de salir de la institución encuentra esa adrenalina en el juego?

—Puede ser. Es que siendo policía también jugaba (ríe). No tanto como ahora. Es que yo lo encuentro espectacular. La sensación...bueno, yo reconozco que estoy enfermo. Soy

ludópata, para mí todo es juego. Desde el colegio: yo solo contra dos en el taca-taca, en el pool, en las bolitas.

—Pero le son más atractivos los juegos de apuesta, porque jugarse una pichanga no creo que le produzca lo mismo que apostar grandes sumas en el casino...

—A mí no me gusta el fútbol. No lo entiendo. Lo detesto. Practiqué 15 años la natación, siete años en invierno y verano. No entiendo por qué los tipos se pegan patadas y se tiran escupos. Nunca he podido saber por qué se persignan antes de cada juego. Y resulta que uno va a la iglesia y no ve a ninguno de esos ciudadanos (ríe). Jamás han ido a la iglesia. Se pegan codazos, se tocan el poto. Cualquier otro deporte menos el fútbol. Me molesta que me hablen de fútbol. Y para colmo a mi mujer le gusta.

—¿Qué es lo más sorprendente que ha visto en una noche o en un día de casino?

—Bueno, una noche estaba jugando en el VIP del Monticello. Yo le había echado cuatro millones a una máquina. Una señora que estaba al lado mío ganó 64 millones. Si tú juegas fuerte, vas a ganar sumas de dinero considerables.

—¿Cómo lo hace con la plata para jugar? Los cajeros liberan hasta 200 mil pesos por día...

—Se supone. Pero la verdad es que yo he sacado 400 y me los ha liberado igual. No sé cómo lo hacen. La verdad es que sacas de cualquier parte.

—¿Usted lleva un fajo de billetes para jugar toda la noche?

—Uno lleva 100 o 200 mil pesos. El resto del cajero automático y de las tarjetas de crédito. Ha habido días en que llego a una máquina, me cambio, juego, juego, juego y cero ganancias. Horrible. Y después te llaman y te dicen: “Don René hay un evento, le tenemos entradas para Las Indomables y seis noches en nuestro hotel”. Me han invitado a ver a la Jennifer López con Marc Anthony en vivo también.

—¿Cree en la suerte?

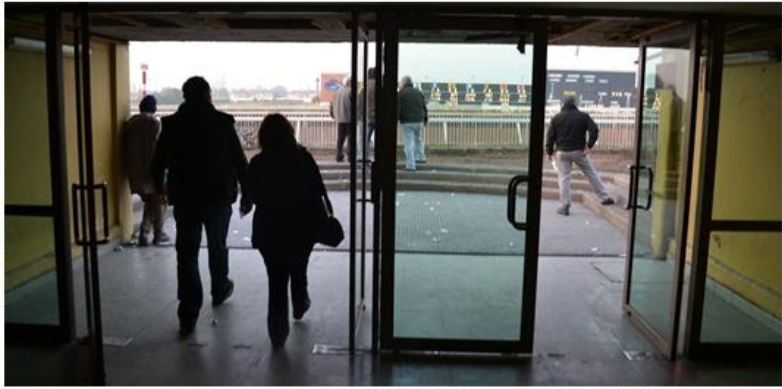
—Es para pensarlo. O sea sí, porque he tenido suerte en la salud. Tuve dos derrames cerebrales y dos aneurismas. He tenido suerte porque no me he muerto. Después de todo lo que he echado a perder mi cuerpo: tengo un balazo en la espalda y nueve puntos en la cabeza. Me la han abierto dos veces. Me abrieron el estómago y aquí estoy. He tenido suerte en ese sentido. Pero en el juego no, no.

—Ya ha perdido tres casas, ¿va a parar de jugar en algún momento?

—Yo creo que me voy a morir jugando. Tenemos unos amigos en La Serena, de repente hacen un asado y nos van a buscar el casino. Ellos dicen que un día nos van a encontrar en el cruce del casino pidiendo monedas y para allá vamos, no creo que estemos muy lejos.

—Suena fácil desde alguien que no es ludópata pero, ¿por qué no tratarse antes de llegar a ese punto?

—Sí. A mí siempre me lo dicen. Yo les pregunto: ¿Ustedes podrían no darle un trago de vino a un tipo alcohólico que está a las siete de la mañana afuera de una botillería? Con eso te digo todo. Yo reconozco, estoy enfermo. No me controlo. El juego es lo peor: no se lo recomiendo a nadie. Es el vicio más caro: peor que el alcohol, peor que las drogas y peor que las mujeres.



III. Hípica

*Andáte bien temprano por derecho en ventanilla
no escuchés a nadie, hermano, ni tampoco a la cartilla
vos, vos ponéle todo el resto al potrillo que te doy
desnudáte en la primera, porque el dato es bien polenta
el pingo vendrá en la punta, y paga como cuarenta
me lo dijo un gran amigo del enteniére Lapistoy
va en los cueros Cianfardini, chaquetilla azul granate
el patrón canta en la radio, se llama Jorge Vidal*

Jorge Vidal en "Palpitando el escolazo"

Chile: fértil provincia hípica

“Y ahora estoy destruido, no tengo escapatoria. Si tuviera un mísero regalo, lo apostaría de nuevo para recuperar los otros. Lo sé, es el juego, esta maldita enfermedad que no me abandona”

Juan Carlos Bodoque en “El arrepentimiento”

Nuevamente es culpa de los españoles. El caballo es un animal introducido a América del Sur por los conquistadores durante el siglo XVI⁵². Oreste Plath cuenta que Pedro de Valdivia llegó con 75 ejemplares, entre potros y yeguas. Los primeros años de ocupación fueron difíciles por la escasez de alimentos y riquezas minerales. Además de otro obstáculo: la firme resistencia de los indígenas del valle central. El registro más emblemático de este enfrentamiento sucedió el 11 de septiembre de 1541, día en que el cacique Michimalonco comandó un ataque a la naciente ciudad de Santiago del Nuevo Extremo. Doce años después del certero golpe mapuche, las autoridades establecían que se le cortaría una mano al indio que apedrease o flechase una yegua.

Se preparan

Los primeros antecedentes de la hípica en Chile se sitúan en las carreras de resistencia. Las competencias, registradas por Miguel de Olivares, enfrentaban a españoles con indígenas. Los duelos tuvieron lugar principalmente en Curicó, San Fernando, Guacarhue, El Monte, Codigua y Santiago. El primer caballo célebre de la historia nacional fue el español Manco. Este ejemplar “ganó infinitas carreras y dió a su amo mucha plata”. Su principal característica era que partía lento, luego era sobrepasado hasta en cinco cuadras; pero al llegar los últimos momentos de la carrera el corcel se esmeraba hasta ganar.

⁵² Lautaro (1535-1557) fue un caudillo araucano reconocido por sus dotes como domador de equinos.

Por esos tiempos no había espacio para la improvisación. Las primeras carreras contaron con un contrato visado por las autoridades de la ciudad o por “vecinos honorables”. El acuerdo convenía: el tiro, distancia que variaba por cuadras; el tipo de corredor, si era niño o “jinete de barba”; el lado en que partía el caballo y, finalmente, la meta. Aunque no todos los documentos eran iguales. Éste, que reguló el duelo entre el capitán Francisco Vargas y don Manuel Zelada, decía: “Dado el grito a los caballos, manden bien o manden mal, cáigase el que se cayere, tuérase el que se torciere, el que primero salga adelante al látigo será el que ganare”⁵³.

El ritual de las carreras coloniales dista mucho del que predomina hoy. Los concurrentes llegaban montando sus caballos y no había primera sin segunda, ni segunda sin tercera. Las jornadas duraban entre cuatro a cinco días, por lo que las ramadas —siempre mal vistas por la santa Iglesia— acompañaban la competencia.

A la hora concertada llegaban los duelistas vestidos de gala. Luego se escogían las autoridades: un mandón o gritón y dos veedores, uno por cada apostador. El juez, escogido en el contrato, definía un tercer veedor y un cuarto, llamado veedor de malicia. Este “personaje ducho en las astucias criollas, de incógnito, investigaba las posibles *trampas* y *maulas* de los jinetes, poniendo atraco a los trucos usuales”. Al igual que en la actualidad, antes de comenzar la carrera los jinetes exponían sus caballos ante los apostadores que luego se aprestaban a contemplar la carrera. Cumplido el rito, los caballos ya estaban en la partida marcada por un látigo o por una línea de cal sobre el pasto. Luego vendría el espectáculo en la cancha, que tenía una extensión oscilante entre los 100 y 500 metros.

Un cronista anónimo escribió: “Hay particulares que llegan a poner en riesgo 800 a 1000 pesos: pero el cúmulo de todo lo que se arriesga (la llamada polla) suele llegar a muchos miles, y aún las mujeres cogen partido en apuesta sus mismas manillas, ahogadores y arrocadas”.

⁵³ Archivo Nacional de la Real Audiencia, volumen 1310.

Oreste Plath cuenta que los indígenas ejercían curiosas acciones para ganar las carreras: “para que fuesen más rápidos les daban de beber, desleída en agua, piedra de bezoar⁵⁴ de venados y guanaco; también los hacían comer pájaros de velocísimo vuelo y sus plumas las pasaban por el cuerpo y por las patas para que se les pegara su ligereza. Se solía colocar en la raya de salida, tierra de cementerio o grasa de puma para que el animal contrario se retrasase. Los caballos de carrera estaban vedados para las mujeres, porque si estas los montaban perdían su agilidad, a la vez, estaba prohibida la presencia de mujeres preñadas al lado del caballo que corría”⁵⁵.

La Real Audiencia registró diversas denuncias por carreras de caballos. Incluso el mismísimo rey de España zanjó el diferendo en la carrera que enfrentó a Temblorcito con Tullido en 1776. Algunas de las razones esgrimidas en diversos veredictos fueron: “agarrada de rienda”, “por haberse ocultado el sol y espantado los caballos por el vocerío” o “porque el depositario de la plata se había dejado influenciar”.

Las fiestas bacanales, la vida social

El sagrado orden público colonial se vio alterado en varias ocasiones por la fiesta hípica. En el Sínodo Diocesano de 1748 se pidió a los magistrados la corrección de los excesos en el Día de la Purísima Concepción, pues “en las carreras a caballo que en todas las calles se frecuentan más parecen fiestas bacanales”. En 1768, año en que Chile tuvo tres gobernadores, la autoridad suprimió las carreras de caballos. Pero nuevamente del dicho al hecho hubo mucho trecho.

“Las carreras dan margen para que el orgullo e insolencia de la plebe sea incontenible en sus desórdenes y excesos, siendo constante que a más de que en dichas carreras rara vez deja de haber una o dos muertes, se desnudan y cometen toda clase de escándalos”,

⁵⁴ 1. m. Concreción calcúlosa que suele encontrarse en las vías digestivas y en las urinarias de algunos mamíferos, y a la que se atribuyeron propiedades curativas. Fuente: Diccionario de la Real Academia Española.

⁵⁵ Oreste Plath. *Los juegos en Chile, aproximación histórica-folclórica*. Edición corregida y anotada por Karen Plath Müller Tutina. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2009. Página 310.

escribía el corregidor de la Villa de San Fernando en 1765. Dos décadas más tarde, luego de la frustrada prohibición de 1768, el gobierno dictaba un reglamento nacional de 17 puntos. De éstos se han rescatado los 10 más importantes:

| En las carreras se prohíbe la instalación de ramadas, el comercio y las carretas. Luego del término de la corrida, el público debe salir del lugar.

| Las apuestas deben consistir en dinero. Se prohíbe absolutamente apostar ganado, alhajas, prendas, avíos, cabalgares y bienes muebles. Los caballos en competencia se eximen de estas prohibiciones.

| La cantidad de apuestas entre los sujetos contratantes no excederá los 200 pesos y no más de 25 entre los demás participantes.

| El dictamen del juez de la carrera será inapelable y quedará definido al momento de concluir el duelo.

| Las apuestas de los contratantes deben regir bajo las mismas normas que para las que realicen otras personas.

| Los jinetes no podrán echar mano a las riendas de uno a otro caballo ni “manguearlo”.

| Las carreras de mayor interés deberán hacerse el día de trabajo “conforme a la práctica y costumbre observada, permitiéndose sólo en días festivos las de poca importancia, que no excedan de veinte y cinco pesos y que sólo se frecuentan por pura diversión y entretenimiento en los parajes donde concurren los vecinos inmediatos para pasar la tarde; con advertencia que en las de esta clase no son obligados los subastadores o comisionados a solicitar licencia o consentimiento de los corregidores, ni éstos a presidir los actos en que no deben percibir derechos algunos”.

| En las carreras habrá un veedor por cada parte, más un juez que determinará al ganador.

| Ni los jueces ni los veedores podrán apostar en la carrera. A fin de evitar todo soborno, cohecho o cualquiera otra especie de fraude en las apuestas.

| Que no se permita a ninguna persona a llevar perro a la cancha por los inconvenientes que causan, haciendo al juez o subastador retirar del sitio inmediatamente a los que lo llevarsen.

En 1814 el tipógrafo estadounidense Samuel Burr Johnston escribió: “Las carreras de caballos es una de las diversiones principales de los chilenos, y a ellas concurren hombres y mujeres de todas edades y condiciones, clases y colores. Las grandes carreras se verifican, generalmente, en un llano que dista como cinco millas de la ciudad y a ellas asisten con frecuencia hasta diez mil almas. Las señoras van en grandes carretas entoldadas por bueyes, y parten por la mañana temprano, llevando consigo provisiones para todo el día. Llegadas al lugar de las carreras, forman una especie de calle con las carretas, muchas de las cuales están pintadas por afuera a semejanza de casas, y en el interior adornadas con cortinas. A la hora de comida, cada familia saca sus provisiones y todas se sientan en el pasto y comen juntas. Bien poco interés se presta a las carreras, a las que se va, más que por otra cosa, por cultivar el trato social”⁵⁶.

La hípica popular experimentó un importante desarrollo durante el siglo XVIII, acrecentando su masividad hacia el XIX. Según Eugenio Pereira Salas las corridas se realizaban mayoritariamente entre abril y junio, porque estos meses coincidían con los santos de los patrones agrarios. Otros períodos de gran actividad hípica tenían lugar en Semana Santa y Fiestas Patrias. El Reglamento de Carreras de 1785 estipulaba que las

⁵⁶ Samuel Burr Johnston. *Cartas escritas durante una residencia de tres años en Chile*, traducción de José Toribio Medina. Santiago. 1917. Páginas 136-137.

corridas debían realizarse en verano entre las cuatro y las seis de la tarde; entre las tres y las cinco en invierno.

Carreras a la chilena

Las primeras competencias del Chile republicano tuvieron lugar en el Llano de Portales (actual Barrio Yungay). Se corrían carreras en pelo o a la chilena. En éstas el jinete cabalgaba sin montura, espuelas ni bridas⁵⁷ y el hombre, o niño, llegaba a la meta fuertemente sujeto de los crines del animal. Richard Vovelle, quien estuvo en Chile entre 1821 y 1829, las describió así: “Los caballos iban montados por niños que se aferraban a ellos como monos, sin silla ni frenos y con un solo poncho a guisa de montura, amarrado con una cincha, y una atada al pecho del caballo para que el jinete pudiera sujetarse durante la carrera”⁵⁸.

Los encuentros eran pactados con la suficiente anterioridad como para atraer a un número importante de apostadores, mirones y ramadas que se armaban sobre carretas itinerantes.

Pero los duelos no sólo se hacían en llanos y valles. En San Fernando, por ejemplo, las carreras se realizaban en el Paseo de las Delicias (actual avenida Manuel Rodríguez). El periódico La Juventud de esa ciudad daba cuenta, en 1874, de las chinganas, ventas y otras actividades anexas a las corridas: “Escusado es decir que cuando no corrian los caballos vivos, seguian en rápido movimiento los del naipe, junto con reyes i sotas, hasta el extremo de unir dos días o mas en uno solo...”⁵⁹.

⁵⁷ Freno del caballo con las riendas y todo el correaje que sirve para sujetarlo a la cabeza del animal.

⁵⁸ Guillermo Feliú Cruz, citado por Fernando Purcell en *Diversiones y juegos populares: formas de sociabilidad y crítica social: Colchagua, 1850-1880*, páginas 90 y 91.

⁵⁹ Periódico La Juventud, San Fernando, 1 de noviembre de 1874.

Entre tanta fiesta deambulaban bandidos que delinquían de ciudad en ciudad. En el siguiente fragmento judicial una autoridad de mediados del siglo XIX encarga la captura del peligroso Manuel Iturriaga: “Sé que en las carreras que hai en la sección de su mando anda un tal Manuel Iturriaga que el 25 en la noche hirió a dos personas en este pueblo por robarlas. Hagalo usted buscar i aprehenderlo en el momento que se encuentre, remitiéndomelo inmediatamente con la bastante custodia. El vijilante que conduce esta nota, conose mucho a Iturriaga i puede servirle á U. para que acompañe a los que deban buscarlo”⁶⁰.

Así pasó el tiempo. Las carreras se desarrollaron, bajo las condiciones reseñadas, hasta la introducción del *turf* inglés con el establecimiento de la cancha de Viña del Mar y la Sociedad Hípica de Santiago en 1867. Aquí comienza otra historia.

Clubes a la inglesa

Desde la internacionalización reglamentaria de la competencia en Inglaterra a mediados del siglo XVII impulsada por el rey Carlos II –junto con la incorporación del caballo árabe al *turf*– existió la preocupación por maximizar el rendimiento de los animales. Porque la carrera es, por definición, una competencia entre caballos genéticamente conformados para correr.

El desarrollo formal de la hípica nacional tiene sus orígenes en 1869 con la constitución del Club Hípico de Santiago. Luego del incendio que afectó en 1918 a las tribunas de madera del hipódromo capitalino, la alta burguesía encomendó la construcción del nuevo edificio al arquitecto Josué Smith del Solar. Pocos años más tarde, en 1882, nacería el Valparaíso Sporting Club de Viña del Mar, cuyo edificio data de 1910.

⁶⁰ “Copiador de decretos de la 3° subdelegación. 27 de diciembre de 1855”, en A.I. Col., vol. 62, foja 77.

En 1895 se dictó un reglamento para seleccionar a los caballos fina sangre que correrían en el club, estableciéndose que éstos debían estar inscritos en un registro denominado *Stud Book*. Dos años más tarde se implementó un sistema de apuestas mutuas. Con estos avances comenzó la importación de caballos fina sangre desde Europa, Estados Unidos, Australia y Sudamérica.

En 1904 un grupo de criadores, propietarios y preparadores formaron el Hipódromo Chile en el tradicional barrio Independencia. En las principales ciudades de provincia aparecieron nuevos centros hípicos, destacando los de Antofagasta (1908), La Serena (1925) y Concepción (1918).

Con el paso de los años algunas carreras lograron mayor relevancia y conformaron la Triple Corona del *Turf* Chileno, compuesta por el Ensayo, que se corre en el Club Hípico (1873); el Derby, en el Valparaíso Sporting Club (1885) y el St. Leger, en el Hipódromo Chile (1886).

En las últimas dos décadas del siglo XX los hipódromos experimentaron una importante modernización de sus actividades orientadas a expandir el juego a todo el territorio nacional. Un sistema clave en este proceso fue la instauración de Teletrak, una amplia red de sucursales conectadas que permiten ver y apostar en directo en los cuatro principales hipódromos del país.

Las reglas del juego

La competencia hípica está regulada por una serie de parámetros que tienen por finalidad igualar las opciones de los competidores a través de los sistemas de hándicap, asignación de pesos o sorteos de partidas. Además, el Código de Carreras de Chile, a través de 43 capítulos y 292 artículos, establece las principales pautas normativas para la actividad.

Antes de apostar, el jugador debe considerar factores como la línea sanguínea del caballo, el peso físico, el jinete, la partida, la distancia, los últimos tiempos realizados, el estado de la pista y los aprontes previos, por mencionar los más importantes.

Por una cabeza⁶¹

Es viernes por la tarde y Santiago de Chile está cubierto de nubes. Lo que queda de las calles empedradas de avenida Blanco Encalada parece una deslavada copia de alguna capital europea. Un gran portón de fierro forjado da la bienvenida al Club Hípico de Santiago. Hay cientos de automóviles uniformemente estacionados frente a las tribunas principales, donde un letrero advierte: “EXCLUSIVO ACCIONISTAS”.

Un verde sendero conduce a la entrada principal del club. En las afueras de otro gran pórtico contrasta una destartada mesita sobre la cual una radio a pilas transmite “El chacotero sentimental”. La señora Juana lleva treinta años vendiendo confites y programas de las carreras en este lugar: “trabajo bien y eso me da valor”, dice nerviosa. Dos hombres le compran libros, cada uno invierte \$900 pesos. La información es poder. Otra cosa cree la comerciante, para quien los caballos son “el vicio total”. Aunque cuando los jinetes le dan “una clave”, ella se arriesga. Su nieto es *jockey*, pero está hospitalizado. Se cayó de un caballo hace un par de semanas.

La épica de la hípica

En la entrada de socios hay un par de guardias conversando. Un hombre con chaqueta de gamuza los saluda con un ademán e ingresa al edificio. Desde 1870 los caballeros y refinadas señoras del país se dan cita en este lugar. Un imponente edificio de cristal y madera cobijó parte de la vida social de la ciudad hasta que, 22 años más tarde, un incendio se encargara de destruirlo. Las tribunas se reconstruyeron y se encargó el nuevo recinto al arquitecto Josué Smith del Solar. Chile no sólo es la copia feliz del Edén. El Club Hípico de Santiago está hecho a imagen y semejanza del hipódromo francés de Longchamp.

⁶¹ Esta crónica fue un trabajo escrito en el invierno de 2008 para el Taller de Crónica y Entrevista de la profesora Ximena Póo en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

Los años pasaron y el Barrio República pasó de ser la cuna de la aristocracia a enclave poblado por universidades y centros de estudio. La mutación del entorno del club vino de la mano con boîtes y cafés con piernas. Pero eso ya es parte del pasado: la escasa locomoción, los puntos de Teletrak y las clausuras realizadas por la Municipalidad de Santiago han desolado al recinto hípico.

Caballos de troya

Una mujer enfoca los caballos que desfilan por la pérgola inglesa. Mueve, con desgano, el trípode que sostiene su antigua cámara de video. De pronto aparece un hombre con rostro reconocible, viste una chaqueta cuadrillé y está acompañado de cinco caballeros. Es el diputado Alberto Cardemil⁶² y camina sonriente. Tras su breve aparición asciende a los pisos exclusivos para socios y accionistas. “¡Puros viejos pedófilos!”, grita alguien a lo lejos.

“En el Hipódromo no he visto nunca un ministro, ni un político ni nada”, dice pensativo Jaime Reyes observando el desfile de los animales. Su vida ha estado vinculada al *turf* durante casi medio siglo: de niño vivía frente al hipódromo, después cuidó autos para ir a ver las carreras e incluso llegó a tener “unos caballitos”. El tiempo no pasa en vano y afirma enfático que “el vicioso es el mismo”, aquí en el club o en el hipódromo de Independencia.

Jaime es gordo y viste un polar blanco. Usa lentes gruesos y luce canosos bigotes. La suerte, buena o mala, ha estado presente en sus campañas, dice antes de apuntar y mencionar a una decena de personajes que pasan y miran con extrañeza. A su lado hay un introvertido joven con pelo largo: “Este está en pañales recién”, dice riendo. “Yo soy hípico inteligente, no tonto. Tengo cualquier amigo que yo los he visto ganar 800 lucas y después en la carrera 12 andan pidiendo 10 lucas. Ya, vamos a ir a jugar ahora”, dice alejándose de prisa.

⁶² Abogado, actual diputado por Renovación Nacional. Entre 1984 y 1988 fue subsecretario del Interior del gobierno militar encabezado por el general Augusto Pinochet.

Puerta a puerta

Entrar al afrancesado edificio del club es imposible. “Tendría que venir en días de semana, hoy sólo socios y accionistas”, dice el portero con tranquilidad. Su lugar de trabajo es una pequeña reja de fierro que abre a los socios y a sus invitados. El hombre lleva 18 años custodiando lo que muchos hípicos jamás conocerán. Dice que en el club no hay clasismo, que cada persona tiene su lugar. El sector de los 400 metros ubicado más hacia el sur es ejemplo de ello: “Ahí viene gente como los feriantes, tienen sus espacios para hacer asados y pic-nic, para pasarlo bien”.

En la entrada central está, hace 11 años, Julio Carreño. Él tiene claro que en el club “más se pierde que se gana”. Viste de azul marino, a excepción de sus guantes de lana. El inspector conoce el ambiente y sabe que la gente que datea recibe “sus monedas” por parte de los beneficiados en la tabla. Cuenta también que hace como 40 años, por un noble potrillo que justo en la raya se aflojó al llegar, un hípico se ahorcó en el club luego de perderlo todo.

“Allá arriba, esa gente sí que gana”, dice apuntando con el dedo hacia la iluminada torre de los socios y accionistas. Un anciano vestido con terno lo saluda e ingresa con un botellón de vino mal envuelto. Seguramente acompañará el brebaje con uno de los “no es potito, es pernil” que venden a la entrada de la pista. Desde ahí se divisan alrededor de 15 edificios con “vista al parque” y a las 80 hectáreas de áreas verdes que rodean al club.

Se preparan

La décima carrera de la jornada está en curso y Edén Luz Herrera viste su impecable delantal blanco. Partió vendiendo confites en el club a los once años y, treinta y nueve inviernos después, ya tiene su carrito. “Yo conozco un casero que tenía botillería, auto, carnicería. Y ahora no tiene nada, todo, todo, todo lo perdió en las carreras”. Pero Edén no es tan negativa: “También conozco hartos amigos que dicen que gracias al Club Hípico

se han comprado una casita, una camioneta”, cuenta sonriente. De los socios y accionistas no sabe mucho: “La gente del quinto piso no baja para acá. Si bajan, bajan poquito y después ya vuelven a subir”. Tras su sitio de trabajo están las tribunas, donde cientos de personas observan las carreras por las pantallas de plasma que cuelgan de las añosas cornisas de la obra diseñada por Smith del Solar.

Una pareja observa el desfile de caballos en la pérgola, de fondo se escuchan unas trompetas que salen de la torre emulando alguna situación épica.

En la memoria colectiva del club se mantiene la historia de un hombre que sacó una trifecta millonaria y, de pura impresión, le vino un infarto al corazón que se encargó de matarlo. “En el club nos conocemos casi todos, en el hipódromo llega de todo”, exclama Georgina Villaseca. La mujer cuenta que un caballo puede costar desde doscientos mil pesos hasta veinte millones, dependiendo del *stud*.

La próxima carrera está por partir. Un carro de Nuts for Nuts tienta a los apostadores con el irresistible olor a maní confitado. El *hall* de apuestas está lleno de hombres que miran atónitos los televisores que proyectan imágenes de la carrera pasada. Pero no tienen frío, en los pilares centrales hay tres grandes estufas rodeadas de gente. Al avanzar está la cancha, un espacio abierto que culmina con una barrera: el lugar más próximo a la pista.

Caballos de fierro

“Ya va a empezar ya”, dice una polarizada señora con el programa de la jornada en mano. Arriba, desde el calefaccionado quinto piso miran por un vidrio los socios y accionistas.

“Se preparan... partieron”, dice el locutor con voz grave. “¡Dale, hueón, oh!” grita un hombre desde la muchedumbre. Son 1.200 metros de catarsis pura. “Tierra derecha”, irrumpe nuevamente la voz desde los parlantes, mientras se siente el galope ascendente. Clímax: comienza el chasqueo de dedos, los gritos, las manos se agitan de un lado a otro,

las pupilas se dilatan. Los hípicos profesionales sacan sus binoculares. Es el momento preciso para cerrar los ojos y sentirse en alguna batalla del coliseo romano.

El minuto transcurre fugazmente y los caballos llegan a la línea de meta. En las gradas cientos de programas son doblados, cientos de lápices Bic se guardan en las camisas, cientos de hípicos marchan a reconciliarse con la suerte.

Por los parlantes suena “We are the champions” en versión sinfónica. Del edificio bajan los sonrientes dueños del caballo ganador. Acaban de ganar tres millones de pesos. El jinete posa para las fotografías de rigor con la satisfacción de que casi el 10% del premio será para él.

La tarde avanza, el frío también. En el pasto una pareja de adolescentes contempla la cordillera, mientras un niño les dice: “Ya, el número que va a ganar es... *calmao* que perdí la cuenta”.

De pronto un grupo de tres carabineros se acerca a un hombre que observa la troya. “Ese es bueno”, le dice el cabo Medel señalando un potrillo. El hombre en cuestión es Luis “Conejo” Martínez, el chileno que triunfó en Nueva York con sus carros de maní. Los uniformados lo escuchan con admiración.

—Conejo, ¿y usted no tiene caballos?—le pregunta el más joven.

—Esos son los míos—dice apuntando al carro—, algo traen todos los días.

El *hall* sigue repleto de hombres mirando por la pantalla los caballos que desfilan a un par de metros. Entre tantas voces es imposible distinguir algún diálogo. Aparece don Jaime, el hípico inteligente: “Hoy no he dado con ni uno”, explica escabulléndose entre los demás.

“¿Te aburríste de mandarte cagás, Torres?”, grita alguien desde las graderías. El noble

potrillo marcado con el número 8 posa con sus dueños, los mismos que bajaron a recibir otro galardón hace un par de carreras.

“Papi, ¿los jinetes se cambian de polera?”, pregunta un niño mirando a los caballos. El frío comienza a calar los huesos, el invierno se hace presente y es patrimonio exclusivo de los que no son accionistas.

Los caballos de Santa Cruz

En Ñuñoa, a un par de cuadras del “Piedragógico”, el Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile (ICEI) luce vacío. Ya van casi seis meses de paralización estudiantil en apoyo al movimiento nacional por la educación pública. Los futuros periodistas y cineastas decidieron plegarse a la movilización a comienzos de mayo de 2011. Son las 15:01 horas y el protagonista de esta conversación espera en su oficina.

Eduardo Santa Cruz es periodista de la Universidad Católica, licenciado en ciencias sociales en el Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales y postgraduado en comunicación social en el Centro Internacional de Estudios Superiores en Comunicación para América Latina. En el ICEI dicta la cátedra de Enfoques Latinoamericanos. Pero más allá de su vasto currículo académico, Santa Cruz es un hípico apasionado desde la niñez. Incluso tuvo un caballo de carreras.

Enemigo de la productividad

“El juego es el espacio improductivo de la sociedad, aparece como un lugar banal, sin importancia. Es, también, parte constitutiva de toda cultura. El juego de azar es un tipo específico en que está asociado todo a la suerte, a lo aleatorio. Ahí están concentradas las apuestas”, introduce citando al historiador holandés Johan Huizinga.

Sobre los juegos de azar, Santa Cruz afirma que aún “está la idea del vicio que puede llevar a los seres humanos a distraer recursos de cosas más importantes como la alimentación. Este tipo de juegos siempre ha tenido esta reprobación social”. Además, el autor de “Análisis histórico del periodismo chileno” (Nuestra América Ediciones, 1988) afirma que esta variante de juego ha sido escasamente abordada por las ciencias sociales en Chile.

—¿Por qué son tan populares los juegos de azar en Chile?

—En una sociedad capitalista moderna donde la vida para la gran mayoría es muy difícil, donde todo lo que quieras conseguir está asociado al dinero; la posesión de éste es fundamental. La posibilidad de adquirir dinero de una manera rápida y fácil, que aparece al acceso de todos los que quieran participar, es muy atractiva. Un golpe de suerte te pone el mundo al alcance.

El investigador realiza un breve recorrido histórico para concluir en una idea: la profunda regulación estatal a la que han estado sujetas las instancias de apuesta. En el caso de los juegos de azar de venta general el Estado ha permitido la participación de dos grandes actores: Polla Chilena de Beneficencia (1934) y Lotería de Concepción (1921). Raspes, cartones de Kino, Loto y apuestas con pronósticos del fútbol conforman el campo de acción de estas instituciones que, en palabras del profesor, presentan mayor demanda por sus productos cuando el país entra en crisis económica.

De escritores a futbolistas

El autor de “Las telenovelas puertas adentro. El discurso social de la telenovela chilena” (LOM, 2003) tuvo de ayudante, en la Universidad Católica, a un joven escritor apasionado a la hípica: Antonio Skármeta. ¿Qué otros personajes públicos son amantes del *turf*? Los parlamentarios Jorge Burgos, Alberto Cardemil y Juan Antonio Coloma, reconocidos miembros de la “bancada hípica”. En la televisión también hay un reconocido exponente: Francisco “Kike” Morandé, propietario del Haras Santa Sara de la Región de Los Lagos.

Arturo Vidal, jugador del Bayer Leverkusen, es dueño de cinco caballos (Bubierca, Grand Victoria, Ese o Ese, Sokiku y El Celia). La afición del seleccionado nacional cruza las fronteras: “En los ratos libres en Alemania, trato de jugar las carreras de Chile. Llamo para que me den datos, así puedo entretenerme ya que no tengo más que hacer. Sé que allá

existen hipódromos y que corren los domingos, pero no me he metido más allá, no me han dado ganas”, declaró en una entrevista⁶³.

Apostadores 24/7

“El Club Hípico de Santiago (1869) lo crea la aristocracia chilena como *hobby*⁶⁴ para reproducir en Chile las costumbres inglesas. El de Viña se llama Valparaíso Sporting Club (1882), es muy inglés en su origen. La segmentación social en los hipódromos se marca. Aunque la gracia que tiene es que todavía los sectores sociales si bien están separados, están cerca, se ven. Eso no ocurre en la ciudad de Santiago. Están totalmente separados”, dice sobre el espectáculo que despierta pasiones sin importar la condición social del apostador.

Santa Cruz identifica dos grandes perfiles de apostadores. Él se clasifica dentro de los que se fascinan por el espectáculo. El otro es más obsesivo, apasionado por ganar dinero: “Ése se concentra fundamentalmente en los locales de Teletrak”. Pero esta situación es un fenómeno internacional: “Se está tratando de sacarle partido a los apostadores más compulsivos. Con el *simulcasting* se transmiten carreras durante 24 horas de todos lados del mundo con posibilidad de apostar siempre”, dice aludiendo a Maroñas Entertainment de Montevideo, establecimiento donde además de carreras hay casino para tentar a la suerte en sus diversos soportes.

Las carreras son carreras

¿Quiénes pueden ser jinetes? El artículo 130 del Reglamento de Carreras estipula los siguientes requisitos: ser mayor de 16 años, haber ejercido como cuidador de caballos durante dos años consecutivos, tener el patrocinio de un preparador, no pesar más de 50

⁶³ Club Hípico de Santiago. Entrevista a Arturo Vidal: “Desde pequeño estuve metido en las pesebreras del Club”.

<http://www.clubhipico.cl/Centro%20de%20Noticias/archivo/archivo566.htm>

⁶⁴ No siempre los recintos estuvieron controlados por grupos de privados. El Hipódromo Chile, fundado en 1904, fue controlado por el Estado entre 1939 y 1979. En dictadura las acciones que poseía el fisco —67 por ciento del total— fueron adquiridas por la Sociedad de Criadores de Caballos Fina Sangre de Carrera y Tattersall S.A.I.

kilos y aprobar el curso de la Escuela Superior de Jinetes reconocido por el Consejo Superior de la Hípica Nacional.

Javier Badal señala en el libro “El espectáculo de la hípica en Chile” (Ocho Libros, 2001) que, hacia 2001, corrían 270 jinetes en los principales hipódromos. Pero sólo medio centenar eran “de gran capacidad y muy parejos entre ellos”. Éstos no tienen contrato de exclusividad con preparadores o propietarios y pueden trabajar un máximo de 10 carreras por jornada.

“Los jinetes, e incluso los preparadores, son relativamente análogos al jugador de fútbol. Hay unos que ganan mucho y otros muy poco. Los jinetes ganan por carrera corrida y por carrera ganada. Por correr el caballo ganan 12 mil pesos y, del premio en dinero, el 9 por ciento es para ellos. Pueden llegar, en algunos casos, al estatuto de ídolo”, comenta Eduardo Santa Cruz.

A propósito de ídolos, no se puede obviar al jockey Irineo Leguisamo (1903-1985). El uruguayo fue inmortalizado en 1925 por Modesto Papavero en “Leguisamo solo”, tango popularizado por Carlos Gardel:

*Es el maestro el que se arrima y explota un grito ensordecedor.
¡Leguisamo solo! Gritan los nenes de la popular
¡Leguisamo al trote! Fuerte repiten los de la oficial
¡Leguisamo viejo y peludo! Ya está el puntero del Pulpo a la par
¡Leguisamo al galope no más! y el Pulpo cruza el disco triunfal.*

No es casualidad que el astro argentino haya cantado diversas canciones alusivas la hípica (“Por una cabeza”, “Palermo”, “La catedrática” y “Uno y uno”). Gardel era un apasionado por el *turf*.

Pero la gloria tiene sus bemoles. El jinete Carlos “Monstruo” Rivera murió días después de una trágica rodada en una curva final del Club Hípico de Santiago en 1978. Así terminó esa carrera en que el joven de 24 años montaba a la Tanita. “En honor a la verdad deben ser muy pocos los que no adeudan algo a Carlos Rivera; Corría cuanto caballo le ofrecían igual en los trabajos, durante la semana. No le importaba el dueño ni qué caballo fuera, sólo que había que trabajar”, decía la noticia publicada en La Tercera de la Hora⁶⁵.

La “gente” ya no vive ahí

En 1862, año de la fundación del Club Hípico, la ciudad de Santiago era muy distinta a la de hoy. Parte importante de la aristocracia de la época tenía por residencia el Barrio República. “En las últimas tres o cuatro décadas, en esta nueva fase de desarrollo del capitalismo, no tienes a los Luksic ni a los Angelini ni a los Edwards en la hípica. De los grandes de la elite económica, sólo una parte pequeña participa activamente. Están los Solari, de Falabella. Eso es distinto a lo que pasaba hace 100 años, cuando toda la aristocracia estaba inmersa”, dice el profesor. En una oportunidad el animador “Kike” Morandé fue consultado por el descenso de asistentes al establecimiento de avenida Blanco Encalada. Su explicación fue: “La gente ya no vive ahí”. “Como si los que hoy vivieran ahí ya no son gente”, ironiza Santa Cruz.

Pero la decadencia de la hípica no es un fenómeno mundial. En México sigue siendo una actividad muy elitista, situación contrapuesta a la de Chile, Argentina, Brasil o Uruguay, naciones en que la hípica “fue una actividad masiva, que interesaba a las diversas clases sociales”.

En el país ya se han cerrado tres hipódromos: el de Arica, el de Punta Arenas y, recientemente, el de Peñuelas en la región de Coquimbo. Una de las causas es que los juegos de azar y los casinos le han quitado público a la hípica. Lo mismo pasó hace unos

⁶⁵ La Tercera de la Hora. Viernes 6 de octubre de 1978. Página 35.

años en Argentina, país en el que las autoridades reaccionaron otorgando permisos para el funcionamiento de máquinas tragamonedas al interior de los recintos hípicos.

Que sea pobre, muy pobre

Ante cada sorteo especialmente millonario los noticiarios presentan notas y despachos desde las agencias de Polla o Lotería. El lector ya adivinará lo que viene. Esa clásica pregunta periodística: ¿Qué haría usted si se ganara el premio? Ésta es la mirada de Santa Cruz sobre la respuesta más repetida por los consultados: “Está esa cosa de saber quién ganó. Ojalá que el ganador sea alguien muy pobre. La gente espera una especie de justicia en el juego. Cuando le preguntan a la gente en la tele, algunas personas responden: ‘Ojalá que el que gane lo necesite y que reparta algo’. Es algo bien religioso también, como de caridad cristiana”.

Y cada vez jugamos más. El académico recuerda que antes se jugaba al “gordo” de la Lotería o de la Polla con un sorteo semanal intercalado por organización de beneficencia. Hoy se puede jugar el día entero, sin tener dinero físico ni moverse de la casa.

El sabio

“Cuando era niño, iba a la hípica con mis padres. Recuerdo a un tipo que le decían ‘el sabio’. Era canoso, viejo, y se paseaba por la tribuna del Club Hípico dictaminando los ganadores de las carreras. Lo seguían varias personas. De repente le acertaba y de repente no. Ahora, ¿de dónde sacaron que era el sabio? No sé. En la hípica se estudian las carreras barajando una serie de variables; no al azar, como juegan los primerizos”, cuenta con humor.

—Entonces, ¿en qué aspectos debiera fijarse un apostador para ganar en la hípica?

—Las carreras son de distinto tipo. La primera división es: clásicos, hándicap y condicionales. Ésta última requiere reunir ciertas características de los caballos. Por ejemplo: hembra de cuatro años o más, ganadora de hasta tres carreras. Ese tipo de carreras son bastante lógicas, porque todos llevan el mismo peso. Los clásicos también están subdivididos por el peso que llevan los caballos. El resto son las carreras comunes, llamadas hándicap. Están reglamentadas. Los caballos tienen un índice del 1 al 55. Los más malos son índice 1, los mejores son 55. Entonces en la carrera se muestran los índices en competencia. Por ejemplo, del 17 al 14. Esa diferencia por índice es real. Ahí hay que mirar la historia y los resultados que salen en el programa. Además de otros factores como el tipo de pista y las condiciones de ésta. También hay que fijarse en la distancia, el jinete, las carreras corridas, el apronte.

¿Y los datos son efectivos? Santa Cruz argumenta que no, aludiendo a los “dateros”, quienes “venden información supuestamente confidencial. Si el dateado gana una o dos veces, ahí lo agarra por la asesoría. Generalmente atacan a los apostadores novatos”.

Y la historia sigue. El hijo de Santa Cruz es socio-propietario de una yegua a la que le ha ido bien en diversas carreras. Ya ha pasado más de una hora desde el comienzo de esta conversación. El autor de “Crónica de un encuentro: fútbol y cultura popular” (Ediciones Instituto Profesional Arcos, 1991) enciende el monitor de su computador y aparece la imagen de Filibustero, el recordado fina sangre que triunfó en las ocho carreras que corrió en 1941.

Al bajar las escaleras, el Instituto de la Comunicación e Imagen ya no luce tan vacío. Una concurrida asamblea define las futuras tácticas del movimiento estudiantil. Y apuestan a ganador.

Los Chiles del “Chile”

El Hipódromo Chile queda lejos. Bien lejos del barrio que alguna vez albergó a la aristocracia capitalina. Ahí está, a medio llenar de espectadores, aunque algunos de sus vecinos no tengan idea.

—Caballero, ¿cómo llegamos al Hipódromo?

—Anda *perdío*, ése queda en República— dice un canoso trabajador de alguna empresa que le obliga a usar un polar con el logotipo bordado.

—No. Ése es el Club Hípico. Vamos al Hipódromo.

—Ah, sí —dice esbozando una sonrisa—. Es por Independencia *pa'* arriba. Al frente de la Plaza Yungay.

“Nadie actúa con normalidad cuando tiene una cámara encima”, decía Pamela Cantuarias en sus cátedras de televisión en la Universidad de Chile. Ya ha pasado un año y medio del infarto que le causó la muerte⁶⁶.

Jueves por la tarde. Hipódromo Chile. Llevo una cámara en el cuello y confirmo las palabras de la profesora. “¿Nos va a tomar una foto?”, pregunta con timidez un hombre sentado en el exterior de la Tribuna Centenario. “Sonría, en serio”, respondo. Costó sacarles una sonrisa. En la imagen aparecen dos silenciosos amigos que se encuentran todos los jueves para probar suerte con un capital de 300 pesos por carrera.

“Allá están las monedas”, dice el hombre apuntando hacia el sector de socios. Los espacios, al igual que en el Club Hípico, están separados por una reja. Él viste totalmente de negro. Una venda blanca en el tobillo izquierdo se le asoma por el pantalón. Sobre el piso de cemento está sentado un risueño compañero, quien advierte en reiteradas ocasiones: “No le hagas caso a los datos de éste, viene a puro perder”. Estamos en la Tribuna Centenario donde el frío, como la entrada, es gratis.

⁶⁶ Cantuarias falleció el 14 de octubre de 2010, luego de sostener una reunión con Jorge Atton, subsecretario de Telecomunicaciones. Ver detalle en: <http://www.observatoriofucatel.cl/fallecio-academica-y-periodista-pamela-cantuarias/>

Casi medio siglo lleva el hombre de negro viniendo al “Chile”. No es tan raro al saber que su casa está a poco más de cinco cuadras. Son casi las 19:00 horas y ya tiene que emprender la retirada. Su mujer enferma lo espera en casa para comer.

—¿Se gana plata en la hípica?

—Más se pierde.

—Pero, en 50 años, ¿nunca ha ganado harta plata?

—Una vez, hace años, un caballo ganó por siete cuerpos.

—¿Y cuánto pagaba?

—90 veces. Yo le había apostado mil pesos.

—Tuvo suerte...

—Esa vez los invité a todos a tomar cerveza. Llegué como con 20 lucas a la casa—dice con humor.

El hombre habla cada vez más lento. Se sienten, a lo lejos, las patas de los caballos galopando sobre la pista. Desde las ubicaciones con entrada liberada no se aprecia la meta con claridad. Los hombres miran, en silencio, como pasa el grupo de animales en un par de segundos. Pese a tener medio siglo de experiencia, y a los estudios previos del programa, por esta vez no le han apuntado al ganador. “Uno viene a entretenerse un rato”, dice el apostador. Comienza a atardecer y estamos flanqueados por altos edificios de departamentos. Entre las tablas que sirven de asiento y la cancha hay una gran franja de barro que culmina en una reja donde un letrero azul advierte que “SE PROHIBE JUGAR A LA PELOTA”.

Por tus venas

En las afueras del Hipódromo una gigantografía promete: “La adrenalina correrá por tus venas. El Hipódromo siempre te pagará más”. Luego de cruzar los gruesos muros, el estacionamiento es una muestra de un pequeño Chile. Autos destartados conviven con los enchulados y, también, con la reja que los separa de los automóviles de los socios

más acaudalados. Lo mismo pasa al avanzar hacia la troya⁶⁷. Mientras más cerca se está de ésta, la entrada es más cara. Allá, donde culmina la última curva de la pista, están los que no pagaron.

Más arriba, en la mal tenida Tribuna Centenario, hay poco más de treinta personas con el programa en mano. Como pequeños manchones humanos aparecen algunos ancianos en soledad. Entre ellos hay adultos y un par de mujeres. “Vine a jugar una sola y me voy, *culiao*”, argumenta un oficinista de chaleco celeste. Lo ha visto un conocido.

Entre carrera y carrera hay un intervalo de veinticinco minutos. Tiempo suficiente para salir de las graderías y recorrer un gran pasillo interior donde hay decenas de cajas para apostar. Seis carabineros, cinco hombres y una mujer, conversan de lo lindo. En el lugar, que parece terminal provincial de buses, hay locales para comer. También se puede degustar un vaso de terremoto por mil pesos o un jarro de borgoña por tres mil. “Perdón”, escucho en voz baja. Un anciano, que se aleja lentamente, acaba de escupir el suelo a centímetros de mi pie.

El “Chile” está lleno de pantallas. Conviven las planas con esos grandes televisores que alguna vez fueron modernos. Desde uno de ellos se puede ver el plano general de Cuna de Mimbres, el corcel ganador del último duelo. En el exterior del moderno edificio pasan dos hombres. Uno cuenta eufórico: “Tuvieron que retirar a la yegua, estaba llena de materia”. La tarde se transforma en noche. Otra fría noche de invierno.

Dicen que va a la pelea

Parece colegio antes de la PSU o la PAA (según prefiera el lector). Lápices, papeles, nerviosismo. Cerca del óvalo donde desfilan los animales antes de irse a los partidores,

⁶⁷ “Es un óvalo al cual llegan los caballos que van a participar en una carrera. Cada competidor entra en su ‘box’ y es ensillado por su preparador, bajo la atenta mirada del propietario y del jinete, quienes empiezan a deliberar sobre cuál será la mejor forma de correr al caballo para pelear por otro triunfo. Alrededor de este óvalo se ubica el público, el que actúa como testigo de todo este ceremonial, teniendo la posibilidad de observar a cada animal para escoger a su favorito”
Recintos del Hipódromo Chile. Extraído de: <http://www.hipodromo.cl/tuhipodromo/index.php/informacion-corporativa/recintos-del-hipodromo.html>

decenas de hombres estudian el programa de la reunión. El lápiz Bic es la herramienta predilecta de los hípicas. Es hora de refugiarse en la fuente soda que colinda con una atestada sucursal de Teletrak. Desde ambas posiciones se pueden ver las carreras y jugar sin separarse del *schop*.

Al final del restaurante hay una caja para apostar. Un maceteado joven vestido de negro es el encargado de atender. Pero en el “Chile” opera el libre mercado con dos opciones en el mismo lugar: una puerta interna une al local con el Teletrak.

Un tostado italiano llega a la mesa acompañado de un té. En la tele desfilan: Benjamín el Revoltoso, Mi Tanque, Washington, Tata Cuga, Cruzado Caballero, Outback. El cajero comienza a trabajar. Entre los hombres que están en la fila, un anciano agita sus monedas creando diversos ritmos. ¿Será una cábala? Una campana se escucha desde afuera. Es como el sonido de las Glorias Navales, pero no. El tañido indica que se acaba la exhibición. Los corceles van al trote, tomando posiciones de partida.

La mayor parte de los parroquianos del restorán del Chile son tranquilos. Un par de hombres destaca por sus eufóricos gritos como “mira *chuchetumadre*” y “déjate de *hueviar po’ conchetumadre*”. Pese al frío, el té y el café son ampliamente superados por las cervezas. En las pantallas, un spot vuelve a recordar que aquí está “la mayor devolución de la hípica nacional. Comprobado”.

“Si no alcanzamos a ganar y la hueá no gana: no ganamos”, dice alguien con humor en la mesa de atrás. “De repente pasa eso: cuando no *alcanzai* a jugar, gana el caballo”, responde otro en voz baja. Afuera pasa un jinete vestido de amarillo. Volvemos a la troya. Una abrigada mujer sentencia al pasar del *jockey*: “Dicen que va a la pelea”.

Cada vez hace más frío. “Al final”, en la tribuna donde no se paga entrada, hay menos gente que hace un par de horas. Ya es de noche y al borde de la pista hay un hombre mirando la carrera con su pequeño hijo en brazos. Cuando la estampida de caballos se

siente desde la última curva, los gritos tribales de los asistentes al espectáculo conforman una intensa y breve expresión colectiva. En esos segundos, pese a las rejas y categorías, todos los hombres son iguales. Como en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

El niño no parece muy interesado. Menos mal. “No ganó el chico”, dice el padre abrigado con una gruesa chaqueta de cuero negra.

Nosotros nos vamos. A la salida, el piño de carabineros sigue conversando. El hombre que le apostó al chico ve la repetición de la carrera en una enrejada caja ubicada al exterior de la grisácea Tribuna Centenario. El niño juega con su peluche naranja. Por los parlantes una voz grave anuncia que “se paga la undécima carrera. Se paga”.

Casi tres décadas sobreviviendo de la hípica

“Aquí, como no es un trabajo bien remunerado, contratan a muchos estudiantes. Así, a mucha gente se le va pasando el tiempo y uno se va quedando en esta cuestión, se va envolviendo. Porque se transa mucho dinero y el dinero es muy atractivo para un joven”, dice Juan. Aunque, en verdad, él no se llama así. Esta es su historia.

Juan lleva poco más de 27 años trabajando en la hípica. Un profesor del liceo lo llevó a trabajar, en 1985, al Club Hípico de Santiago. Tenía 18 años. Hoy habla desde su pequeña oficina, aledaña a las cajas donde un flujo de hombres inicia las apuestas de este cálido jueves de verano. Los tubos fluorescentes, el desorden en la mesa y las puertas de metal mal pintado conforman el lugar de trabajo del administrador de esta concurrida sucursal de Teletrak ubicada en alguna comuna del Gran Santiago.

Partió como controlador de puerta. En aquellos días la entrada al Club Hípico costaba 100 pesos para paddle, 50 para tribuna y 30 la galería. Juan cuenta que en 1986 se masificó la hípica con la inclusión de las apuestas computacionales. El Club Hípico de Santiago (CHS) y el Hipódromo Chile se unieron en la creación y administración del sistema Teletrak⁶⁸ que hoy cuenta con más de un centenar de sucursales distribuidas en todas las regiones del país. El sitio web del CHS las describe así: “Cada agencia busca prestar mayor servicio a sus clientes, las que cuentan con cafeterías, restaurantes, monitores, pantallas gigantes y amplias salas para albergar cómodamente un número considerable de personas que gustan del deporte de reyes”⁶⁹.

Aún falta un par de horas para el inicio de las carreras en Antofagasta. La memoria de Juan es impecable. Señala los años, los caballos, las empresas y los puntos de venta para un mismo fenómeno: la escasez de visitas a los hipódromos. “La emoción de la hípica es en la pista misma. Antes, los días domingo, toda la familia iba a la hípica, era una entretención familiar”, dice con resignación.

⁶⁸Todas las máquinas de las sucursales de Teletrak están conectadas en red a tres computadores VaxStation 4.000.90 que manejan el sistema desde las oficinas de la empresa Sonda.

⁶⁹ Sitio web del Club Hípico de Santiago. Sucursales de Teletrak: http://www.clubhipico.cl/teletrak/index_teletrak.htm

—¿Quiénes vienen a apostar a los locales de Teletrak?

—La hípica es de la tercera edad. A medida que van pasando los años se han ido perdiendo hípicos. Antes en el Club Hípico se lanzaban juegos artificiales para fin de año. Iba mucha gente el día 30 de diciembre. Esperaban la última carrera para ver el cielo iluminado. Ese día ya no existe.

Explicación por clase

“Yo he trabajado en diferentes estratos sociales de la hípica. La gente de clase baja juega únicamente para ir a ganar unos pesos más, porque ese gallo que anda apostando de 100 pesos si se gana una quinela de 2.000 ya salva el día. Las personas de clase media, que trabajan todos los días enclaustrados en un trabajo, vienen a desestresarse, a olvidarse de su trabajo para después llegar a su casa. ‘Bienvenido sea’ para ellos si logran ganar un premio de 50 o 60 lucas. En el caso del estrato social alto, es gente que tiene plata y no halla en qué gastarla. Necesitan vivir nuevas emociones que les permitan tener un desahogo más allá de estar todo el día relacionados con sus actividades económicas. Muchos tienen caballos. Ésa es la explicación por clase para ir a la hípica”, dice antes de atender el teléfono. Una voz de mujer se escapa por el auricular.

Los accionistas del Club Hípico de Santiago se han reducido a un grupo pequeño. Juan identifica al grupo Solari Falabella como protagonista en este nuevo escenario, tanto en el Hipódromo Chile como en el Club Hípico de la capital. Suena el teléfono en un par de ocasiones. Habla de cifras, cuadraturas y depósitos. Luego vuelve, conectado, a la conversación. “Hoy la carrera es en Antofagasta. Los hípicos no apuestan tanto, porque en el norte van caballos más viejos. En Santiago están los mejores, si el preparador se da cuenta que el caballo no anda muy bien recomienda al propietario llevarlo a provincia o venderlo”.

Antes de ser administrador de esta sucursal, Juan trabajó para el directorio del CHS. “Ahí se mezcla de todo: gallos de buena situación, delincuentes, prostitutas, estafadores, traficantes y todos están en el mismo saco. Como que alguien lo revuelve y queda la tendalada”, dice con humor.

En junio de 1992 Juan trabajaba en el elegante edificio de socios del CHS. Recuerda con exactitud el clásico Policía de Investigaciones de Chile que ganó un caballo de Mario Silva Leiva, un “señor quitado de bulla”. “En aquella oportunidad don Nelson Mery, director de la PDI, tenía que entregarle el premio. Silva recibió el galardón de sus manos y al otro día hubo un gran escándalo mediático”. ¿Por qué? Silva era el “Cabro Carrera”, el mismo narcotraficante que sería detenido más tarde en la mediática Operación Ana Frank.

Desconocido pero generoso. Con esas palabras recuerda Juan la oportunidad en que un hombre ganó tres millones de pesos e invitó a jugadores y trabajadores de la hípica a pasar una regada noche en una casa de remolienda. Hoy la camaradería se vive de otra forma. Incluso algunos forman sociedades, jugando boletos a medias.

(Sobre) vivir de la hípica

“Desde el año 85 he visto a tanto gallo apostar... Para mí esa cuestión no es un atractivo para ganar plata o hacer fortuna. Yo soy un trabajador de la hípica, yo vengo a ganar plata, no a gastarla para financiar a otros. Yo vengo a sobrevivir de la hípica”, dice contemplativo.

“Los hípicos siempre tienen su cábala. Esto es como una gran cuenta corriente a la que le depositas por mucho tiempo y en algún momento te toca retirar parte de lo que has jugado. Pero nunca recuperas la totalidad de lo invertido”, agrega mirando las bolsas con fajos de billetes elasticados sobre su mesa.

—¿Es verdad que el jugador primerizo siempre gana?

—Yo trabajando en un Teletrak de Apoquindo pagué una superfecta de 2 millones 380 mil a un caballero que apostó 100 pesos. En ese tipo de circunstancias te das cuenta de que la hípica retribuye a hípicas nuevos, que están recién empezando. Típico que apostador nuevo que entra a un Teletrak o hipódromo gana a la primera. Es como una suerte de enganche. Después empieza a ir continuamente hasta que no sabe cómo se va metiendo en la cuestión.

Cuenta que en su sucursal llega un apostador de origen árabe que está de lunes a viernes a las 10:30 de la mañana esperando que abran el local. “Yo a veces me río de este tipo, porque a mí me cuesta ganarme la plata; entonces para que estos gallos la vengan a botar a las diez y media de la mañana tienen que estar muy chalados de la cabeza. Le digo: apúrese, que van a correr la primera, cuando las carreras empiezan a las tres de la tarde. El tipo llega, lee el programa, juega 20 o 30 lucas y se va. Su satisfacción es gastar la plata, más allá de que gane o no”.

Pero no a todos les sobran los billetes. “Yo conozco un gallo que no debe tener un gran sueldo, pero se nota que viene a hacer plata de la hípica. Juega a *placé*, no a ganador, 20 o 30 lucas. Un día lo sorprendí afuera llorando. Son personas enfermas, que no tienen un razonamiento sobre lo que pueden gastar. Es frustrante”, dice con seriedad.

—¿Y usted cree en la suerte?

— Sí, yo pienso que sí. Hay días en que algunos hípicas andan bien alumbrados y ganan durante todo el día. Hay hípicas que tienen días de suerte...

Suena el teléfono. Juan se para y va a las cajas. Junta la puerta metálica. Dice que a la muchedumbre le gusta más el hipódromo que el club. En efecto, en 2011 el Hipódromo captó el 41,6% de la participación en el mercado hípico, seguido por el 34,8% del CHS y

el 15,5% del Valparaíso Sporting Club. Harto más atrás figuran los recintos de Concepción (5,7%) y Antofagasta (2,4%)⁷⁰.

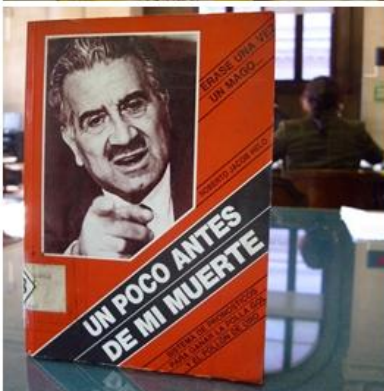
¿Y cómo se reparte la torta en las carreras? El 30% de las apuestas queda en el hipódromo, mientras que el 70% se distribuye entre los apostadores. El pozo es generoso y se renueva de lunes a domingo. Antes las carreras se corrían miércoles por medio, sábados y domingos. Los viernes se hacían en el Valparaíso Sporting Club de Viña del Mar. En ese entonces, los martes y jueves eran días de desesperación para los ludópatas.

—Luego de casi 30 años de trabajo vinculado a la hípica, ¿recuerda algún jinete o caballo que lo haya sorprendido?

—Por esos años Sergio Vásquez era el jinete más nombrado. Me acuerdo de dos ejemplares: la yegua Pacha, por el 86-87, que era buena para correr en barro. Ganaba fijo en esas condiciones, pagando buenos dividendos. Pagó hasta 47 veces lo apostado. Luego vino el Wolf, por los años 89-90. Ése no perdió en ningún hipódromo. Corría doblando la cabecita y con el cuello torcido. Hizo una campaña excepcional. De los jinetes me acuerdo de Luis “Mágico” Torres. En 1996 batió el record de éxito, ganando 315 carreras esa temporada.

Suena el teléfono de nuevo y Juan responde con caballerosidad. Es hora de almuerzo y los hípicas ya están más cerca de las 15:00 horas para seguir, por unas desteñidas pantallas, las corridas del Club Hípico de Antofagasta. El hombre de la recaudación tiene que ir a depositar unos cheques, almorzar y luego volver a su fría oficina para supervisar que todo siga en orden.

⁷⁰ Fuente: *141º Ejercicio Memoria y Balance Anual 2011 del Club Hípico de Santiago S.A.*
Edición digital en: http://chs.elturf.com/pdf/memoria_anual_2011.pdf



IV. Del azar y otros demonios

*Y muy muy en particular
a la Lotería Nacional para la Asistencia Pública
sin lotería yo no estoy aquí
se comprueba la teoría de Leonardo:
1% de inspiración
2 de transpiración
y el resto suerte*

Nicanor Parra en "Mis agradecimientos + sinceros"

Que la suerte nos ampare

“Si lo que quieres es vivir cien años, vacúnate contra el azar”

Joaquín Sabina en *Pastillas para no soñar*

Combatir el aburrimiento es una noble causa, enraizada en los orígenes de los juegos de azar. Según el relato de Homero los soldados habrían creado los dados para mantenerse ocupados durante la Guerra de Troya. En otra instancia bélica, esta vez en América, el rey limitó las apuestas diarias y permitió la existencia de tablajes de azar sólo en los cuerpos de guardia con mayor dotación⁷¹.

La decisión

El juego de azar es desconocido por los animales. En él la decisión no depende del jugador, sino del azar o la suerte. El sociólogo francés Roger Caillois esbozó una interesante caracterización sobre la apuesta lúdica: “Niega el trabajo, la paciencia, la habilidad, la calificación; elimina el valor profesional, la regularidad, la preparación...es desgracia total o favor absoluto”⁷².

La historia de los juegos de lotería comienza en el Imperio Romano. Por esos años los emperadores se valían de esta modalidad para repartir opulentos regalos entre sus festivos contertulios. Su desarrollo en Iberoamérica es más antiguo de lo que pudiera pensarse. Comienza oficialmente en 1763, bajo el reinado de Carlos III, con el establecimiento de la Lotería Nacional de España. La fórmula original contemplaba 12 sorteos por año, con un precio de 4 pesos por billete. La totalidad de las ganancias era destinada a obras de caridad.

⁷¹ “Bando del maestre de campo del Batallón de San Bartolomé de Chillán que prohíbe juegos de azar en casas particulares”, A.N., Capitanía General, vol. 928, pieza 25, 1701.

⁷² Roger Caillois. *Teoría de los juegos*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1958, p. 32.

Tres mil doscientos números

El éxito de la lotería en España no demoró en llegar al nuevo continente. Perú y México conocieron la Lotería pública en 1766 y 1799 respectivamente. A Chile llegó en 1778, a petición del visionario empresario Martín Gregorio Del Villar.

El funcionamiento de la lotería era simple y rústico. Los números eran anotados en pliegos de buen papel. Entraban treinta por cada plana que, por cierto, no era de cartón. Los jugadores podían elegir a su antojo el fragmento que les agradara. El día del sorteo debía señalarse “con toda claridad y limpieza” por medio de carteles dispuestos en los lugares más transitados de la ciudad. El total de los boletos de la primera polla debía ascender a tres mil doscientos números que se venderían al precio de un real de plata cada uno. El pozo se dividiría en cuatro partes: la primera para pagar los gastos y las tres restantes en suertes de 100, 50 y 25 pesos. El sorteo se realizaría en la Plaza de Armas sin platinadas modelos. Un niño, de ocho a diez años, sería el encargado de extraer los números premiados, mostrándolos a la concurrencia. Con toda claridad y limpieza.

El primer balance, publicado en 1780, consignó la repartición de 36.012 reales. Martín Gregorio Del Villar quedó con poco más de nueve mil doscientos, el rey recibió tres mil y el hospital de la ciudad obtuvo 816. Fue un negocio redondo, pues el total movido por la empresa fue de casi 50 mil reales durante el primer año. Luego del espectacular debut del juego, una epidemia de fiebres y calamidades públicas se encargaría de pausar esta práctica condenada por diversos sectores de la sociedad.

Un semillero de zánganos

El juez de comercio Antonio de La Lastra planteó su explicación para las sucesivas tragedias de la época: “Hay que desterrar la peste de la lotería y se evitarán así las calamidades que experimentó el país al poco tiempo de su introducción en los robos y

saqueos que hacían los criados domésticos y la gente menuda con la vana esperanza de la suerte o premio que proponían. Porque han de saber ustedes que el tal juego sólo sirvió para enriquecer a su autor (...) Siempre es abominable porque inspira a la crianza de un semillero de zánganos que con la esperanza de los premios estarían ociosos, mano sobre mano, sin cultivar la industria o el comercio que son las ramas que hacen brillar un Estado”.

La abrumadora monotonía

En 1796 el gobernador Gabriel de Avilés y del Fierro estaba convencido de utilizar un cuarto de los recursos acumulados en la Lotería semestral para financiar las mejoras del Hospital San Juan de Dios. Su acción fue contradictoria con la política oficial, expresada en decenas de bandos y documentos prohibitivos del juego. A pesar de los miles de kilómetros de distancia, el actuar del marqués de Avilés llegó a oídos del rey, quien pidió a Joaquín del Pino, sucesor del díscolo gobernador, informar las justificaciones del establecimiento del juego en Chile.

Comenzando el siglo XIX la Lotería salía de la capital para establecerse también en Talca y Valparaíso. ¿Quiénes fueron los afortunados? Los ganadores permanecen, hasta hoy, en el anonimato. El historiador Eugenio Pereira Salas recogió algunos referentes que usaron los jugadores para identificarse en caso de ganar. La suerte estuvo con: “Bien he cantado en un tiempo”, “Por las tres divinas personas”, “Nuestra Señora Madre de las Mercedes”, “La difunta Carmelita Vergara”, “San Pedro y San Pablo apóstoles” y “Santo Domingo para pagar su tercera”.

Francisco Antonio Pinto, Presidente de la República entre 1827 y 1829, recordaba que hacia 1808 “Santiago brindaba en este tiempo con todos los placeres que apetecía y buscaba un hombre educado a la española. Muchas tertulias en casas respetables para pasar una noche alegre, entre el canto, la música y los juegos de prendas”. La añoranza

se remonta al año en que recibió su título de abogado por la Real Universidad de San Felipe.

Pero además de cartas, hípica y juegos de azar hubo otras instancias de divertimento. “Los juegos de prendas han sido por muchos años un recurso de que nuestra sociedad echa mano para disminuir la abrumadora monotonía de las reuniones de familia, en que, despreciándose conversaciones literarias o históricas por ignorancia, y las de amor como vedadas, se abría una ancha puerta al fastidio que se enseñoreaba en los salones; cuando la chismografía le dejaba vacante el puesto, entonces se apelaba a los juegos de prendas. Consisten éstos en vencer ciertas dificultades y en dar una *prenda* en caso de no alcanzarlo. Un número determinado de prendas hace al que las ha dado acreedor a una penitencia”, describió Alberto Blest Gana en “El ideal de un calavera” (1863). Algunas divertidas penitencias del periodo eran: *Que pregunte; Soy, tengo y quiero; Que haga de tintero, de escribano y Que cante como burro.*

Mariano Egaña fue un hombre versátil. El abogado, legislador, magistrado, académico y principal redactor de la Constitución de 1833 se reconocía como un hombre “sin vicios, pero apasionado al juego”. En su casa poseía “una mesa de billar y otra de bagatela; lotería, ajedrez y otros varios juegos...”⁷³. La lotería, siempre mal vista por las autoridades, era admitida en casas de respeto.

Si bien existen diversos juegos de azar, este capítulo estará centrado en los de lotería⁷⁴ y azar (pronósticos deportivos y raspes) controlados por las dos empresas autorizadas para estos fines: Polla Chilena de Beneficencia y Lotería de Concepción.

⁷³ Maximiliano Salinas. *El reino de la decencia. El cuerpo intocable del orden burgués y católico de 1833*. Santiago: Editorial LOM, 2011, p. 45.

⁷⁴ Juego público en que se premian con diversas cantidades varios billetes sacados a la suerte entre un gran número de ellos que se ponen en venta.

El Estado benefactor

Al igual que en los capítulos anteriores, el Estado aparece durante el siglo XX con un rol regulador de la industria. En los casinos actúa por la vía de los impuestos, en la hípica lo hace delimitando las condiciones del desarrollo de la actividad, mientras que en los juegos de azar establece a dos empresas sin fines de lucro como únicas explotadoras de este mercado del azar. El fin es compartido por ambas: la beneficencia.

Los sueños de Lotería

Lotería de Concepción nació en 1921 con la finalidad de ayudar financieramente a la constitución de la Universidad de Concepción. Su primer juego fue el Boleto. El desarrollo de esta institución tiene un acelerado crecimiento durante el siglo XX. Hacia fines de éste, el 30 de septiembre de 1990, los chilenos vieron el primer sorteo de un nuevo juego de azar: el KINO. Ese mes, Lotería regaló 500 mil cartones con el fin de introducir este nuevo producto al mercado. El éxito fue inmediato, para el segundo sorteo se vendieron 750 mil. José Alfredo Fuentes anunciaba los sorteos en un programa de televisión que se emitía los domingos a las 15:00 horas por Canal 13. ¿La probabilidad de ganar el premio mayor? 1 entre 4.457.400.

Luego, para la Teletón de 1998, la empresa estrenó Imán. Este juego en línea permite a los apostadores escoger 7 números de un universo de 30. Durante esta década los chilenos se familiarizaron con raspes como “Pase lo que pase”, “Kash”, “Casi en serio”, “El gordo”, “El chanchito millonario”, “Gran karrera”, “Cachipún”, entre otros. En 1999 se vendieron 85 millones de raspes, de los cuales 22 millones obtuvieron algún premio (desde \$100 hasta una casa). Incluso hubo un programa de televisión basado en historias reales de ganadores. “La vida es una lotería”, producida por Rivas y Rivas, se emitió en seis temporadas entre 2002 y 2008.

Actualmente KINO es el producto estrella de la empresa que destina la mayor parte de sus utilidades a las siguientes organizaciones: U. de Concepción, Fundación Ciudad del Niño, Cruz Roja, U. de Chile, U. Católica de Chile, Fundación Adolfo Matthei, Hospital Regional de Concepción, Fundación Graciela Letelier de Ibáñez, CEMA Chile, Corporación Nacional de Protección de la Ancianidad y Corporación de Ayuda al Menor.

Millonarios de verdad

El 6 de junio de 1934, bajo la presidencia de Arturo Alessandri Palma, se promulgó la Ley Nº 5.433, que dio origen a Polla Chilena de Beneficencia, inicialmente como un sistema de sorteos en combinación con las carreras de caballos realizadas en el Club Hípico de Santiago. Según las normas se destinaba un 50% a la instalación y mantenimiento de las casas de socorro y el porcentaje restante al mejoramiento de los servicios hospitalarios del país.

En 1975 debutó el que sería su producto estrella por décadas: la Polla Gol. Este juego incluso llegó a contar con un mesiánico personaje: Roberto Jacob Helo, el “Mago”. Pero el tiempo pasó y el producto cumplió su ciclo, aunque no demoraría en hallar remplazante: el Loto (1989).

Polla pertenece al Sistema de Empresas Públicas (SEP). En 2011 la estatal logró ventas por más de 127 mil millones de pesos, de los cuales destinó 52 mil a aportes, impuestos y utilidades fiscales. Además de los 72 nuevos “millonarios de verdad” por gentileza de las balotas del Loto.

Al igual que en Lotería, el Polla Boletto es el producto más antiguo de la estatal. Hoy sólo representa el 2,1% de las ventas, versus el 80% del Loto, el juego de azar más popular

del país. Es verdad eso del “sueño de todos los chilenos”, el problema es que concretarlo no es tan fácil. La probabilidad de ganarse el Loto es una sobre 4.496.388⁷⁵.

Para terminar con el sueño, en palabras del sicólogo austriaco Gustav Jahoda, ganar algún juego de azar es cumplir un anhelo, de esos que “aportan perspectivas de cambio en situaciones que, objetivamente, no tienen solución, y ofrecen reconfortamiento y base para soportar situaciones objetivamente intolerables”⁷⁶.

⁷⁵ “La probabilidad de ganar el Loto es de una en 4,5 millones”. Diario El Sur. Martes 19 de octubre de 2010.

Versión digital en: http://www.elsur.cl/base_elsur/site/artic/20101019/pags/20101019002200.html

⁷⁶ Gustav Jahoda. *Psicología de la superstición*. Barcelona: Editorial Herder, 1976, p. 112.

El (acumulado) sueño de todos los chilenos

Aunque oficialmente es invierno, un acalorado día espera a los transeúntes que suben por la escalera mecánica que conecta la estación Universidad de Chile con el Paseo Ahumada. Ya no hay música ambiental en la calle, como en los años en que Joaquín Lavín era alcalde; ahora el sonido envolvente del centro de Santiago está compuesto por un estallido de vuvuzelas azules. Hoy, jueves 11 de agosto, no es un día normal. Esta noche un juego de azar repartirá un pozo estimado en más de ocho mil millones pesos. El más grande en la historia del Loto.

Chao, jefe (?)

Carol trabaja, hace seis meses, frente a Ahumada 154. La muchacha (20) cuenta irónicamente que el raspe que más le compran es el Sueldo por 20 años. Su rutina consiste en vender cuatro días a la semana entre 10 y 19 horas. Generalmente la van cambiando de agencia.

Carol es simpática y cuenta, desde su experiencia, que los raspes los compran personas de todas las edades. La diferencia está en el Kino o en el Loto. Esos juegos, asegura, son más de “viejito”. Y muchos “viejitos”, y no tan viejitos, le piden suerte a Carol para ganarse el sueldo por dos décadas. A cambio prometen traerle un regalo. En seis meses, al parecer, nadie ha ganado. Los raspes de \$100 se venden solos, el trabajo de la joven de naranjo es promocionar los más caros (de \$250, \$500 o \$1000). En un día normal vende entre 80 a 100 raspes. Pero, claro, hoy no es un día normal.

—¿Juegas raspes?

—No, yo no le tengo fe a eso.

—Y hoy que el Loto está acumulado, ¿no te animas a jugar?

—No, eso es puro *marketing*.

Partiste a jugarte un Loto

El sonido de las cornetas no cesa. Parece una estruendosa canción de fondo. Son poco más de las doce y la gente que anda en la calle camina con calma. La agencia está llena. De pronto aparece una periodista de Chilevisión acompañada por un camarógrafo. Una señora de pelo naranja, en tránsito al amarillo, no quiere responder mis preguntas. Dice que normalmente no juega, que esta vez mandó a alguien a jugar una cartilla. “Alguien” es otra mujer, parecida a ella, que sale rauda con el comprobante en la mano. Las pierdo de vista. Pero hoy tendré suerte.

“No me encargo de este tema no más. Yo hago otras cosas, es lo que te toca nomás. No hay exigencias, no te pautean en realidad. Te dicen: ‘anda a hacer el Loto’, eso es todo”, dice la periodista apurada, pero gentil. Tiene que sacar cuñas para luego “correr” a hacer el móvil de la edición del mediodía que será sintonizada en centenares de restaurantes del centro. Luego del encuentro llegan cuatro trabajadores en huelga del Banco Edwards Citi. Se acercan a la comunicadora con el anhelo de que sus demandas laborales sean noticia algún día.

Gerardo, de pelo blanco, juega hace mucho tiempo. Cuenta que hizo seis números en el Loto y en el “Gana-gana” también. Cree que la suerte “se puede dar y si se da, bienvenida sea”. “No ganaste los seis números, fue el Gana-gana nomás”, desmiente Clara, su mujer. Luis sostiene la tesis de que jugar es una especie de ahorro que, en algún momento, se devuelve completo (y con yapa). Sus combinaciones de números están formadas por las fechas de nacimiento de sus hijos o nietos. ¿Qué haría con el premio? “Compraría casas, viajaría, colocaría bien a mis hijos, a mis nietos. Le entregaría el premio al banco. Eso sí que, al regalar, hay que dar la plata en el anonimato”.

Carolina es joven, tiene 21 y una cámara igual a la del fotógrafo-amigo que me acompaña. Eso le llamó la atención. La estudiante de odontología sale de la agencia luego de elegir ciertos números que se han repetido en la historia de su corta vida.

Generalmente no juega Loto. Ahora, por los ocho mil millones, gasta los \$2000 que podrán abrirle la puerta para cumplir el “sueño de todos los chilenos”. Con simpatía responde que, si ganara, le contaría sólo al núcleo familiar. “Hay un libro, ‘El secreto’, que dice que hay que ponerle pensamiento positivo”. Y en su familia sí que le ponen al pensamiento positivo. Su mamá jugó cuatro cartillas y su hermana dos más.

Un millón para cada uno

El café Haití y una siempre repleta sucursal de Dominó separan a la agencia del lugar donde aproximadamente 20 trabajadores bancarios establecieron una, de las varias, centrales emisoras de ruido.

En el número 132 de Ahumada un lienzo dice: “Huelga legal Citi Edwards Banco de Chile Credi Chile. Reajuste de sueldo \$50.000, aumento de colación a \$4.000 diario, aumento de movilización a \$50.000. Gratificación del 25% del sueldo base (con un mínimo de \$90.000) y préstamos blandos, con o sin DICOM, de dos millones bruto”.

Junto al cartel hay cinco personas con camiseta azul. Uno de ellos accede a conversar y cuenta: “Si me gano el Loto le doy un millón a cada compañero. Ahora somos discriminados. Nosotros queremos sueldos justos, porque trabajamos mucho y nos pagan mal. Un funcionario promedio gana 350 mil pesos. Nos hacen, vender, vender, vender y toda la plata queda en el banco. Ganas 350 mil si vendes; si no vendes nada, ganas 150 mil de sueldo base. El año pasado las utilidades del banco fueron de 378 mil millones de pesos. No reparten las ganancias con sus funcionarios. Por eso hacemos esta huelga”.

—**¿Usted cree que van a salir en la prensa?**

—No sale nada en la prensa porque Luksic tiene todo comprado. Ayer revisamos toda la prensa y no salió en ningún lado.

—¿Qué le diría a los Luksic si los tuviera enfrente?

—Que se acuerden de sus trabajadores que los hacen ganar plata.

—¿Y han aprovechado de jugar Loto?

—Sí, ayer estuvimos jugando porque hay muchos millones. Entonces, somos 1600 funcionarios paralizados, son 1600 millones. Tenemos que repartir.

—¿Cuál es su nombre?

—No te lo puedo decir.

—Pero, ¿usted es dirigente?

—Sí, somos todos dirigentes acá.

La Teletón que no sale en la tele

En la esquina de Ahumada con Huérfanos trabaja, de lunes a viernes, Clemira del Carmen Améstica. Llega por la mañana con una bolsa llena de pañuelos desechables. Por estos días las cosas no han andado bien. A su juicio, la gente no compra por las protestas que se han sucedido en el centro. Ante la consulta del Loto aclara que no puede jugar, pero accede a soñar. “Si me ganara el Loto me compraría una casa. Compartiría la plata con mis hijas grandes, casadas. Yo juego a veces nomás. Ahora no he jugado porque ha estado malo. A veces gano en los raspes: \$200, \$300, hasta \$500”. Clemira, con más de siete décadas en el cuerpo, declara ser sola y vivir del comercio ambulante. Luego de despedirnos, recuerda: “todos los días estoy aquí”.

¿Qué harían si se ganaran el premio? “¡Renuncio!”, fue la respuesta de una de cuatro tímidas ejecutivas en huelga del banco. Estamos en el exterior de la casa matriz del Banco de Chile. Suena, de fondo, “Pennsylvania 6-5000” de Glenn Miller. ¿Cuál? La canción localmente adaptada para repetir, hasta el cansancio, la cuenta 24.500-03 en la Teletón. Esta versión incluye letra inspirada en la huelga legal. Recién van dos días de paralización.

“Es injusto, es injusto. A ponerse de pie, a hacer sonar las alcancías. Ésta es la Teletón de los trabajadores del Banco de Chile. Ejecutivos, vendedores, trabajadores. Señora, caballero, ayúdenos con su colaboración. ¡Vamos, vamos!, necesitamos un buen contrato. Éstas son las horas de amor de nuestros trabajadores”, dice un flacucho Don Francisco bancario. La multitud pasa sin detenerse en el espectáculo de la tarima.

Hacia la Plaza de Armas se ubica un vacío punto de venta de Kino. Esta semana el juego tiene sólo 1500 millones acumulados para ofrecer. El vendedor se niega a conversar. Las ventas, al parecer, no han andado de lo mejor.

Mañana me vas a ver en las noticias

Beverly y Blanca no juegan Loto siempre. Sólo cuando está “muy acumulado”. Nos encontramos en Compañía de Jesús con Ahumada, afuera de la popular agencia de juegos de azar de la Plaza de Armas. ¿Qué harían con ocho mil millones? “Por lo menos con diez me compro la casa, un auto. No sé, pagar la carrera también”, dice la más joven. La más vieja cuenta: “Me compraría unas cuantas cosas y le pagaría la educación a mis tres hijos”. Porque la educación en Chile, incluso la superior estatal, se paga. “El juego que tenga acumulados tantos millones va a ser un sueño y nosotros vivimos de puros sueños”, añade Blanca sonriendo. Puestas, en una situación de negociación, Beverly y Blanca transan un monto más razonable para su felicidad: 500 mil y dos millones, respectivamente. Ambas prevén una buena racha. “Mañana me vas a ver en las noticias”, asegura Blanca antes de desaparecer entre los oficinistas que se pierden en búsqueda de un almuerzo o un cafecito (con harta pierna).

Al interior de la oficina de la Plaza de Armas hay mucha gente comprando. Una estupenda periodista con tacos altos despacha para MEGA. Los hombres se juntan para contemplarla. Atención casi nula hay en las dos vendedoras de raspes de Polla y Lotería.

¿Qué harían ellas con los millones? “Comprar una casa, como somos jóvenes todavía, para el futuro”, dice la de Polla. Ella es mamá, la otra estudia. Trabaja, paga, estudia, debe y trabaja.

Carla aparece por la puerta que sale a Compañía de Jesús. “Juego Loto para pagarme la carrera de preparador físico. Lo primero que haría es llevar a mi vieja a un *spa* y pagar las cuentas que debo. Porque está difícil la cosa. Si aquí es injusto, en todos lados es injusto. Lo más importante es que la persona que se lo gane no sea rica, que lo necesite no más”.

El sol pega fuerte, como si el invierno se despidiera con la llegada millonaria del sorteo. Junto a la horrible estatua al Pueblo Indígena de la plaza donde alguna vez se azotaron indígenas hay tres extranjeros. Dos gringas acompañan a un hombre moreno, alto, ¿*latin lover*? Suenan las campanas de la catedral. En Venezuela, país del entrevistado, también existe este “sueño americano de querer ser millonario de un día para otro, con poco esfuerzo, por sólo un *ticket*”. Carlos Rubio, luego de una breve conversación, asegura: “No es que tenga suerte, me voy a ganar la Lotería”. Su voz me recuerda, indefectiblemente, a la de Luciano Bello.

Dania y Fabiola

¿Venderán Loto por aquí? Para resolver esa interrogante, aparece, justo en la esquina, un “amigo en su camino”. Se trata del carabinero C. Burgos. Está parado en Estado con Huérfanos acompañado de su perro, un semi pastor alemán vestido con la capa institucional. Burgos responde amable y, cuando estamos a punto de entrar a la galería que nos indicó, nos llama para pedir un favor: “salúdenme a la Diana y a la Fabiola”. Entramos. Se abre la puerta del café Icabarú. No es por ahí.

Jugamos una cartilla a medias con Nicolás Binder. Damos con Dania, con d de dedo. Ella es simpática, joven y nos trata de “chiquillos”. Trabaja hace dos años en la agencia de

juegos de azar que sale al Portal Fernández Concha. Afirma que este día es histórico, que nunca antes habían vendido tantas cartillas de Loto. Explica que el 2% de alguna cartilla premiada, vendida en ese punto, queda para el dueño del local. “¿Tiene usted encendedor?”, pregunta un terneado caballero. “No, ni tampoco arreglamos”, responde, mientras Paulina Rubio canta: *Baila para mí, sólo para mí, qué al moverte se me escapa el aire, la noche es mágica y sensual, un deseo incontrolable, el momento es ideal, ya no pares de bailar, Á-ma-me, baila, baila Casanova.*

Recarga conmigo

“Putá, si no existen los pobres, los empresarios no tienen plata, ¿cacha?”, dice Alejandra desde Estado con Huérfanos. Ella es una de las cuatro muchachas de rojo que recargan celulares en ese sector del centro. Publicidad, educación parvularia y odontología son las carreras que escogieron las vendedoras que responden, con alegría, las preguntas. Todas dicen que probarán suerte hoy. Una cuenta que unos amigos compraron una cartilla entre siete.

¿Qué hacer con mucho dinero? “Obviamente ayudar a mucha gente, tener mis empresas y negocios. Pero siempre pensando que yo fui pobre y que no se me vengán los humos a la cabeza”, afirma la más alta. Luego viene un ejercicio colectivo en el que las cuatro jóvenes deciden cómo destrozarse ocho mil millones de pesos comprando: un auto para cada integrante de una familia de 30 personas, un yate, una villa y un castillo para los padres. Con una salvedad: el personal real sería remunerado con un sueldo decente.

En la conversación aparece recurrentemente la denuncia del abuso laboral del que son víctimas. ¿Cuál será la razón para pagar tan poco? “Porque entre más ven, más plata quieren. No, si son todos unos *hueones* desgraciados. Valen todos callampa. De verdad”, termina Alejandra. Su declaración provoca risas nerviosas de las demás. Llegan dos personas a cargar sus celulares de prepago con ellas. Nicolás Binder espera y les toma una fotografía. Sonríen, se despiden y enfilan hacia Ahumada moviendo, con ellas, unos

rígidos letreros que dicen: “Recarga conmigo”. Las vuvuzelas azules siguen sonando. Ya parecen formar parte de la bulla habitual del centro.

Por el amor de una mujer

Parte de esta historia pudo ser narrada un domingo cualquiera en “Venga conmigo”, pero el protagonista no quiso asistir al programa del Pollo Fuentes. Hoy, a casi 15 años de ganarse el Loto, Alejandro Acevedo desclasifica su tránsito de cartero a millonario por revancha.

“En Estados Unidos nunca conocieron mi nombre, me decían Chile. Cuando empecé a engordar, los latinos me llamaban Don Francisco”, cuenta Alejandro “Jano” Acevedo luego de una conversación de hora y media. Es invierno y estamos sentados, casi frente a frente, en el segundo piso de una casa grande. Nos separa una mesa con una carreta de madera en miniatura al centro. En la pared de madera cuelga un mapamundi gigante que muestra el vasto territorio de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En el primer piso se escuchan las risotadas de una junta familiar ampliada. Ampolletas enfundadas en pantallas anaranjadas amortiguan el frío de la noche que se divisa por dos grandes ventanales. Ahora estamos listos para comenzar, ambos provistos de un vaso de Pap a medio llenar. “¿Tienes pañuelos?”, pregunta en broma. “Sí”, miento.

De lancharo a cartero

Alejandro Acevedo (40) viste pantalón café y chaleco crema con cierre entreabierto. Es calvo, tiene nariz grande y hablar pausado. Parece buena persona. Luego de encender la grabadora describe su niñez como un período de carencias económicas, opacado en la memoria por las tardes de pichangas jugadas en las calles cercanas a su casa de Quinta Normal. Uno de los miembros del equipo con que el Jano compartía sus tardes es Christian, un ingeniero que, para efectos de esta historia, permanecerá mimetizado en las risas estridentes del primer piso.

Entre atardeceres y goles pasamos de la infancia hasta el inicio de su vida laboral. A los 16, el Jano tuvo que comenzar a trabajar como lancharo —ayudante— de un cartero. Durante dos años, luego de cumplir su jornada, terminaba el día en una escuela nocturna

para sacar el cuarto medio. Con el pasar del tiempo fue contratado por Correos con la asignación de un sector en La Reina. Christian, el que sigue riéndose abajo junto a sus cuatro hijos, pasó a ser su lancharo.

“Sí, fue un golpe de suerte, como la canción de Luis Jara”, dice Alejandro con una breve risotada. Está a punto de detenerse en la tarde del 20 de enero de 1997. Ese día volvía, como siempre, a su casa. Lo raro fue que la micro se desvió y lo dejó a una cuadra de una agencia de juegos de azar. Todo seguía su curso normal, Alejandro pasó por el local hasta que “algo hizo que me devolviera. ¿Qué fue?, ¿el destino?, ¿Dios o el diablo? No sé, no creo que ellos estén metidos en los juegos de azar”. El Loto estaba acumulado en dos o tres mil millones de pesos, dice vacilando en el monto. Quizás por eso el locatario emplazó al Jano a jugarlo con revancha. La transacción fue de 700 pesos.

Esa tarde llegó a casa de sus padres que, por esos días, también era el hogar de su naciente matrimonio. Saludó a su hijo pequeño y a Mary, su amada esposa. Con ella soñó despierto luego de ir a comprar pan. Un millón para comprar la casa propia era su principal ambición. Minutos después el sueño se haría realidad (y vendría con yapa).

Habían tomado once, el televisor estaba cerca. Mary lavaba la loza. Comenzaba el conteo de los números en directo. Luego del primer chequeo el resultado era regular. Tenía dos puntos del Loto, dos de seis. “No importa, hemos sido esforzados toda la vida”, dijo el Jano apoyado en la mesa. Por esos días ganaba unos 180 mil pesos, más unos 600 mil pesos de hoy en derechos de conducción (mal llamados propina). Pero dejó de pensar cuando vio, detrás del periodista que despachaba, los números 6, 9 y 17. Los tenía, pero los demás resultados estaban tapados por el hombre que figuraba en cámara. Inmediatamente Alejandro cambió a Chilevisión y comenzó, como si fuera año nuevo, el glorioso conteo en voz baja: 6, 9, 17... 18, 23... 24. Tomó aire y disparó: “¡Me saqué el Loto, *conchetumadre!*”.

“¿Qué pasó Jano?”, preguntó Mary con las manos mojadas. El papá del nuevo millonario se encontraba en el baño “haciendo sus necesidades”. El grito fue tal que el hombre salió “así no más” para ver qué pasaba. La sorpresa fue grande para todos. Ante la champaña propuesta por el padre, los deseos de celebrar tuvieron que esperar. Alejandro buscó el boleto y discó el número de la Polla impreso en el reverso. “Sí, señor, usted ganó la revancha del Loto y tiene 88 millones, 324 mil, 216 pesos...”.

“¿Qué se siente en ese momento? Ansiedad, angustia, es inexplicable, es como un deseo de *ahhh...* Es como que *andai* en las nubes. Es algo extraordinario, se me vinieron los deseos de ayudar a mucha gente, a todos los ayudé. Sin importar si iba a quedar con plata o no”, recuerda hoy empujando el codo para tomar un trago de Pap.

Luego de destapar la botella llegó el momento de descansar. A la mañana siguiente Alejandro fue, acompañado de ocho familiares, a la Polla Chilena de Beneficencia a cobrar el premio. Se tomaron fotografías, se abrazaron, fueron al banco y depositaron el cheque. “Lamentablemente la gente te trata por las apariencias. Cuando les mostré el cheque cambiaron del cielo a la tierra. En el banco deposité el cheque y los vale vistas: dos millones para cada hermano mío y de mi señora, y cinco millones para mis padres y para la mamá de ella”.

El mismo día, aunque sin familiares, Alejandro fue a la Suzuki y compró un Vitara de 6 millones 700 mil pesos. La vendedora lo miró raro hasta que vio el cheque. “Incluso me ofrecieron cafecito”, recuerda. 24 horas después de haberse desviado el bus, el cartero tenía un automóvil nuevito de paquete y una abultada cuenta en el banco. Pero el hombre siempre fue agradecido. Por el permiso de llegar tarde al correo le obsequió 500 mil pesos a su jefe. En su vida nueva, Alejandro siguió trabajando oficialmente en Correos de Chile, pero un joven recorría las calles de La Reina haciendo el trabajo que él realizó durante 12 años.

Ahora te voy a empezar a contar la parte triste

La Mary y el Jano fueron felices por un tiempo. Los problemas, cuenta él, comenzaron con los millones. Luego de ganar la revancha compraron dos casas, una de ellas en el Barrio Alto Jahuel, recordado por sus mediáticas inundaciones. “Incluso mi señora salió hablando en la tele”, rememora Alejandro.

En los 11 metros de ante jardín de la casa nueva hicieron el primer almacén del barrio. Todo iba bien hasta que, a los dos años, les salió competencia. Con la llegada del nuevo siglo —en el que las computadoras supuestamente iban a enloquecer— el *mini market* vendía poco. Nadie caminaba hasta Américo Vesputio si tenía un almacén más cerca.

—¿Cómo se llamaba el *mini market*?

—Mary—dice, luego de un largo suspiro.

Un tío de la Mary estaba en Newport, Estados Unidos, y nos contó que estaba buena la situación. Ahí nos picó el bichito, la plata se nos estaba acabando y el negocio no andaba bien. Yo me fui primero el año 2000. Llegué pesando 126 kilos, pasé cuatro meses solo y bajé a 72. Me sentía mejor de salud, pero tenía una depresión fuerte, extrañaba a mis hijos y a mi señora. Igual me pasaba rollos con lo que podía estar haciendo ella. Cuatro meses después, con dos trabajos, mandé a buscar a mi familia. Trabajaba día y noche. Entraba temprano a una empresa de cosméticos y por la tarde lavaba platos en un restorán hasta las dos de la mañana. Yo había llegado sin hablar inglés, por eso me juntaba con varios norteamericanos, para ir aprendiendo el idioma. Luego entré a trabajar al aeropuerto. Cuando llegó la familia me cambió la vida. No sólo vinieron mis niños y mi señora; también apareció su primo y su sobrino.

Todo iba bien hasta que un día llego del trabajo. Andaba bien cachudo, no sé por qué. Ahora te voy a empezar a contar la parte triste, de lo bonito a lo feo. Ese día llegué como

a las ocho de la noche. Ya había comido. Le dije a mi señora que le diera comida a su tío. Ella se demoró hartó. Me llamó la atención que la luz de la cocina estuviera apagada. La cosa es que la pieza de su primo —le dice así porque se crió con él, pero no tienen parentesco— estaba al lado de la cocina. A mí me pareció raro, entonces fui a ver y encendí la luz de la pieza del primo. Ahí los vi besándose. Se me vino el mundo encima. Yo amaba a mi esposa, amo a mis hijos. Esa noche ella le pidió al tío que me echara de la casa porque yo pensaba que ella me engañaba.

Y me echaron, viví dos noches en el auto. Luego un amigo —yo creía que era mi amigo— me ofreció una pieza en su casa. Yo lloraba, lloraba y lloraba. Estuve como dos meses en ese cuarto, él me cobraba por todo. Entonces una hondureña me dijo: “¿Sabes Chile? Tengo un amigo que arrienda un sótano”. Ahí fui a hablar con él, yo no tenía plata, pero igual me admitió. Me fui al tiro. Otro amigo que también estaba separado me presentó unos amigos hondureños. Casi todos trabajábamos en la fábrica de cosméticos. El negrito tenía una van y yo trabajaba con él haciendo unas *rides*. Por esa pega yo tenía que pasar a buscar al tío a la casa de la que me habían echado. Mis hijos me saludaban desde la ventana del segundo piso. De repente ella también lo hacía. Ahí yo me iba contentísimo al trabajo, aunque sabía que el primo se quedaba con ella, eso me mataba.

Mi esposa trabajaba cuidando a 13 niños, hasta que un día al tío le pidieron el departamento. Entonces arrendaron otro como a dos cuadras de donde vivía yo. Por el cambio de casa ella perdió el trabajo y ahí empezaron los problemas económicos. Yo le mandaba cajas de cosméticos a mi señora para que repartiera a la gente de Chile. Esa tarde llegué a su departamento y ella no estaba. La esperé media, una, dos horas. Luego de hartó rato apareció en un auto con un mexicano. Fue la primera vez en la vida que peleé. Si no se me arranca el hombre lo mato. Yo me fui, rompí una foto de ella y le dije que no la quería ver nunca más en la vida.

Unos días después me llama, me dice que quiere hablar conmigo. Yo había comprado un auto, pero se le había fundido el motor porque le habían echado aserrín, no sé qué cosa. Lo abandoné en la calle. Esa tarde me conseguí otro y la fui a buscar. Me dijo entonces

que tenía problemas con el tío y que quería volver conmigo. Esa noche fui el hombre más feliz del mundo. Yo sabía que era por interés, pero no importaba, iba a volver a tener a mi señora y a mis hijos. Esa noche hicimos el amor, fue extraordinario.

Pasaron dos semanas y se vino conmigo. Fui a buscar sus cosas a la casa del tío. Dormíamos bien apretaditos, pero juntos. La primera noche hicimos el amor, después ya no lo hicimos más. Ella andaba con un mexicano que vivía al lado de su casa anterior. Él rondaba la casa. En la noche ella dormía y yo la miraba. Quería estar con ella. Una vez le estaba haciendo cariño en la espalda y me dijo “ya, bueno ya, súbete”. “Discúlpame Mary, pero no puedo”, le dije, porque sentía que la estaba violando.

Con el pasar del tiempo, ella encontró trabajo en un hotel, empezó a juntar plata y me pidió los 500 dólares que le faltaban para comprarse un auto. Le di el dinero y se lo compró. Ya todo había cambiado. Un día estábamos en la mesa y me dijo: “Jano, encontré un departamento, me voy”. No sabes lo doloroso que es perder nuevamente a mi familia y cargar los muebles de mis hijos. Eso fue terrible. Y se fueron, yo llegué a mi cuarto de nuevo solo, con una cama, una cómoda y un televisor. Era llorar, llorar y llorar.

Así pasó el tiempo pero no podía aceptar que estuviéramos separados. Yo me cambié de trabajo a uno muy bueno en una empresa donde impermeabilizaban ropa militar. Estuve trabajando como supervisor del área después de algún tiempo. A la segunda semana ya me había comprado un auto, ganaba buena plata.

Un día llevé a mis hijos a un parque de diversiones y ella quedó sola en el departamento. Arriba vivía un peruano, varios me decían que andaba con ella. Yo era medio celoso, eso lo reconozco, aunque siempre fue con motivo. Bueno, estábamos con mis hijos en el parque de diversiones y yo los dejé a cargo de una vecina. Fui a golpear la puerta de Mary y ella se demoró mucho en abrir. Seguramente el peruano estaba con ella y arrancó por la escalera de emergencias. Yo le preguntaba por qué se había demorado tanto y ella me decía que estaba descansando. Estábamos en eso y en un momento de impotencia le

dije que me iba a matar. Ella no me creía. Fui a la cocina, agarré un cuchillo y me lo enterré cuatro veces en el abdomen. “¿No me crees? Me voy a matar”, dije y me fui a la ribera del río Hudson. Abajito había como un bosque, lleno de zancudos. Yo sangraba mucho y me tiré en un árbol. De pronto escucho sirenas y salgo... Lleno de picadas de zancudos. Sigo por la calle Washington y caigo en un árbol afirmado. Lo único que decía yo era *I love her!, I love her!*

Estuve una semana hospitalizado en el psiquiátrico, solo. Nunca me fueron a ver, me botaron ahí. Salí, volví a la casa. No quería verla, aunque echaba mucho de menos a mis hijos. Empecé a trabajar de nuevo y comencé a tirar para arriba.

Un día cualquiera yo estaba divirtiéndome con unos amigos en una cancha y veo pasar a mis hijos con mi señora en bicicleta, ella iba hablando por teléfono. Cuando yo llegué ella colgó. Le pregunté con quién estaba hablando. La verdad es que yo soy muy celoso. Entonces comenzamos a pelear. Ella le dijo a mi hijo que llamara a la policía. Yo le dije que estaba loca, que cómo se le ocurría decir eso. Mi hijo se puso a llorar y alcanzó a cortar, pero lo localizaron. Cuando vi a la policía hablando con mi señora me fui a la casa. Yo andaba sin licencia. Esperé que me vinieran a buscar, pero no llegaron. A las nueve y media de la noche pasé por el colegio nuevamente. Estaban mis hijos jugando. Yo me detuve frente a la cancha. En un momento la pelota cae afuera y se aproxima a mí. Cuando mi hijo se da cuenta de que estoy yo me mira y se devuelve. Fue como si hubiera visto al diablo. Eso me dolió tanto, tanto, tanto...

En ese momento tomé la decisión de venirme. Si no lo hacía, iba a volver a Chile en un cajón. Le dije a la Mary que quería lo mejor para los niños y que ella fuera feliz. Esa semana ella cambió mucho, incluso trató de convencerme para que me quedara. Cuando mi amigo fue a dejarme al aeropuerto pasamos por la casa de ella. No estaba su auto, fue un dolor tan grande. No pude despedirme de mis hijos, no me los llevó. Luego subí al avión y la distancia me ayudó mucho a olvidar, a limpiar la mente. Creo que ya lo logré. Mis hijos vinieron ahora en agosto y tratamos de pasarlo lo mejor posible. Pudimos

compartir durante un día y medio, fue genial. Yo no quiero dejar mal a su mamá, pues como madre es excelente.

—¿Es muy difícil enamorarse de nuevo después de haber sufrido tanto?

—Yo pensaba que sí, pero no. Ahora estoy enamorado de una mujer que también tiene un drama, un problema. Todos me dicen ‘no te conviene, búscate otra’ y sinceramente a mí no me han faltado oportunidades. Yo soy muy fiel, no sé si soy tonto o no, pero la respeto hartito a ella.

—¿Los problemas con su exmujer partieron cuando se ganó el Loto?

—Al principio era todo felicidad. Compramos la casa, empezamos a vivir juntos y comenzó su frialdad. Eso era raro, teníamos 25 años. De a poco se fue evaporando la felicidad, después todo giraba en torno al dinero. Yo nunca le tomé asunto a la plata. El dicho, ése de que la plata no hace la felicidad es muy cierto. Te ayuda mucho, pero no la hace. Yo ahora manejo un bus del Transantiago y soy feliz, no me falta nada y sólo debo la cuota del auto (ríe).

—¿Cómo cambió su círculo personal cuando supieron que usted había ganado el premio?

—Cambió bastante, yo me daba cuenta de eso. Mira, yo tenía dos amigos en Correos. Ellos se alegraron muchísimo, incluso se embriagaron conmigo cuando gané el premio. Nunca me pidieron un peso. Yo, sin embargo, le compré un auto a cada uno. A mi casa llegó mucha gente. Habrán sido unas veinte personas que nunca había visto en mi perra vida. Todos me iban a llorar la carta. No le pasé plata a nadie, sólo a mi familia. Les contaba la chiva de que no podía sacar la plata y que necesitaba la firma de mi señora para sacar el dinero. Con plata son todos amigos tuyos. Ahí se ven los verdaderos, los que se alegran por tu fortuna pero no te piden. Incluso apareció un amigo de mi hermano, que yo no conocía, pidiendo 400 o 500 lucas para pagar tres letras atrasadas de su taxi. Le dije que no podía. Ahí se fue y nunca más volvió. Eso que gané 88 millones no más, imagínate me hubiese ganado dos mil como se ganó un caballero hace poco tiempo. Hubiera tenido que irme de ahí (ríe).

—¿Qué haría si se ganara el Loto de nuevo?

—¡Siempre lo pienso! Si me vuelvo a sacar un premio tengo muy claro lo que voy a hacer: no volverme loco. Pondría la plata en el banco y viviría de los intereses. Si ganara dos mil millones, saco 500, los reparto y los mil quinientos al banco. Viviría de los intereses de los mil quinientos. También le haría una casa a una fundación que opera a los niños con labio leporino. En ese sentido tengo mucho corazón de abuelita, yo sé que si me gano dos mil me van a durar súper poco, porque yo soy así.

—¿Es peligroso tener corazón de abuelita?

—Sí, muy peligroso. Te pueden pedir un favor, pero cuando te ven mal a ti nadie te tiende la mano.

Mary, la del *mini market*, ya es parte del pasado. La ex de Alejandro se quedó con una propiedad y la mitad del dinero de la otra propiedad que vendieron. Actualmente vive en una casa lujosa en Estados Unidos con su esposo Tom, el gerente de la empresa de cosméticos donde partió trabajando Jano hace una década. Las vueltas de la vida.

El ex cartero quedó con cinco millones que le permitieron iniciar un ciber bazar. Las cosas no anduvieron bien, por lo que tuvo que cerrar el negocio. Actualmente Alejandro pasa sus días sobre las ruedas de los buses del Transantiago y recuerda, con menos precisión que los números del Loto, los recorridos que conduce en Quilicura.

—¿Y qué pasaba con las mujeres cuando se ganó el Loto?

—Uh. Cuando yo le pedía a mi señora y ella no me daba, chuta, lamentablemente la tentación fue grande. Yo andaba con mi *jeep*, con plata. Una niña sabía que me había ganado el Loto. Era joven, bonita... Lamentablemente caí alguna vez, no con todas, pero sí se acercaron muchas. Me mandaban saludos, me pedían el número de teléfono, me decían que querían salir conmigo. Pero sí, se acercan hartas mujeres.

—Entonces, es difícil tener harta plata...

—Sí, es difícil manejarse con plata, sobre todo para uno que nunca ha tenido. Yo nunca tuve plata, siempre viví al tres y al cuatro. Después, cuando trabajaba, vivía como alguien normal. Entonces al llegar con un golpe de suerte de 88 millones te vuelves loco, no hallas qué hacer, quieres hacerlo todo, todo, todo.

Tras bambalinas de los nuevos millonarios

Polla Chilena de Beneficencia pronto cumplirá 80 años y los celebrará en grande, posicionada como la empresa líder en juegos de azar. ¿Cómo opera la institución que ofrece el “sueño de todos los chilenos”? Aquí hay algunas respuestas.

Es aquí. A pasos de la Plaza de Armas. Aquí. A metros de lo que alguna vez fue el esplendoroso City Hotel. 10 de la mañana. El conserje barre el primer piso del edificio de Compañía 1085. El ascensor es viejo, igual que la construcción. A la salida del elevador aparece una disyuntiva: subir o bajar por la escalera que conecta dos pisos. Abajo. Correcto. No hay recepcionista. Un hombre acerca su tarjeta y abre la puerta. ¿José Luis Lisboa? “A la derecha, en la oficina de la izquierda”, responde. Desaparece ascendiendo por los escalones. ¿José Luis Lisboa? Una oficinista apunta al cubículo. Alguien se pone de pie.

Lisboa es joven, moreno, alto y simpático. Sobre su escritorio descansa un colorido letrero del Loto que promete “millonarios de verdad”. El ingeniero civil industrial viste una camisa a rayas que combina con su corbata roja. Lleva un año y medio trabajando como analista en control de gestión y estudios para la Polla Chilena de Beneficencia. Su oficina del séptimo piso está calefaccionada.

Pero no todo pasa en este gris edificio. Lejos, en Huechuraba, están las oficinas del centro de cómputos de Polla que, en verdad, son las del proveedor tecnológico: GTECH. La central de almacenamiento está en las Bodegas San Francisco de Pudahuel. Aquí en el centro están las gerencias y áreas de administración. Aquí en el centro hace mucho calor, debe ser la calefacción.

Las balotas millonarias

El 6 de junio de 1934, bajo la presidencia del León de Tarapacá, se promulgó la Ley N° 5.433, que dio origen a Polla Chilena de Beneficencia, inicialmente como un sistema de sorteos en combinación con las carreras de caballos realizadas en el Club Hípico de Santiago. Según las normas establecidas, se destinaba un 50% a la instalación y mantenimiento de las Casas de Socorro y el porcentaje restante al mejoramiento de los servicios hospitalarios del país.

El primer salto a la modernidad de Polla fue la incorporación de una tómbola a mediados de los 50, cuya fabricación fue encargada a la Fundición Libertad. En 1975 debutó el que sería su producto estrella por décadas: la Polla Gol. Hacia fines de la dictadura, en 1989, nació el Loto, juego que se transformaría en el preferido de los chilenos.

La Polla pertenece al Sistema de Empresas Públicas (SEP). En 2011 la estatal logró ventas por más de 127 mil millones de pesos, de los cuales destinó 52 mil a aportes, impuestos y utilidades fiscales. Además de los 72 “nuevos millonarios gracias al Loto”.

Sobre sus juegos, el Polla boleto es el más antiguo. Hoy sólo representa el 2,1% de las ventas, versus el 80% del Loto. Es verdad eso del “sueño de todos los chilenos”, el problema es que concretarlo no es tan fácil. La probabilidad de ganarse el Loto es de una sobre 4.496.388⁷⁷.

—Entonces, José Luis, es casi imposible ganarse el Loto...

—Depende. Nosotros podríamos hacer el Loto súper fácil, pero no se jugaría. Es una balanza que debemos ir regulando. El Loto es un juego de pozo, a diferencia de los

⁷⁷ “La probabilidad de ganar el Loto es de una en 4,5 millones” Diario El Sur. Martes 19 de octubre de 2010. http://www.elsur.cl/base_elsur/site/artic/20101019/pags/20101019002200.html

raspes que son juegos instantáneos en los que ya se sabe cuánto van a pagar. El Loto se acumula, hay una correlación entre probabilidad y cantidad de los pozos. Entre más fáciles son los juegos, los pozos son más chicos y viceversa. Por ejemplo: tenemos la Polla 4, con probabilidades mucho más altas y funciona con el mismo sistema del Loto. Esto va relacionado a la inversión, al riesgo. El que juega poco, gana poco. En Lotería el KINO tiene una probabilidad más alta de irse, por eso no se acumula tanto como el Loto.

—¿Cuál es el perfil socioeconómico del jugador de Loto?

—Generalmente en los juegos de azar, en la hípica y en los tragamonedas, el segmento socioeconómico es más bajo. Estamos hablando más fuerte del C3 y D. También es importante el C2. Los niveles socioeconómicos más altos van al casino. Eso depende de la necesidad que están cubriendo. Los que tienen más recursos buscan satisfacer sus anhelos de entretenimiento. Los segmentos más bajos no pueden ir al casino a divertirse. Si bien los juegos de azar son de entretenimiento, la gente de menos recursos alberga otras esperanzas jugando.

—Del 100% del pozo del Loto acumulado, ¿cuánto se reparte entre los ganadores?

—Por ley tenemos que repartir entre un 50 y un 60%. Eso es lo que repartimos en *pay out* a los ganadores. El resto se va en estructuras tributarias: 15% del saldo en impuestos de juegos de azar y luego empezamos con los aportes a diversas instituciones como Bomberos o el Instituto Nacional del Deporte. A nosotros nos queda súper poco de utilidades en comparación a los montos que movemos.

—Polla concentra el 67% del mercado de los juegos de azar, ¿por qué ustedes mantienen una ventaja tan amplia con Lotería de Concepción?

—Hay algunas diferencias. Por ejemplo, la ley sólo nos permite a nosotros hacer juegos de pronósticos deportivos. En ese campo tenemos Polla Gol, Xperto y Gol 10. Pero en los

otros juegos no hay muchas diferencias con Lotería. Es, más que nada, el tema del rendimiento de cada juego.

—Desde la creación hasta la venta, ¿cómo funciona el ciclo de los raspes?

—Sí, en primer lugar definimos un programa de premios. Eso incluye el número de ganadores y los montos a repartir. Luego los enviamos a imprimir. La mayoría de los raspes son mandados a hacer a China, India o Estados Unidos. Luego del arribo tenemos que mandarlos a la Casa de Moneda para el control de calidad respectivo.

—Si los hacen afuera, ¿cómo verifican que los impresos traigan los premios establecidos?

—Hay un control por pago de premios. Así chequeamos que los raspes efectivamente fueron bien emitidos. Además, nosotros por ley tenemos que cumplir con cierto porcentaje de repartición.

—Es célebre la historia de Roberto Jacob Helo, el “Mago” de la Polla Gol. ¿Por qué este juego decayó tanto luego del retorno a la democracia?

—La Polla Gol fue un producto más que cumplió su ciclo de vida en el mercado. Este juego se fue relegando por la aparición de nuevos juegos de azar. Ahora se están haciendo esfuerzos, se volvió a lanzar. Pese a que no hay muchas ventas de ese producto, hay un mercado de nicho para ese juego. También el Xperto ha captado parte de ese público.

Un par de pisos más abajo de la oficina de Lisboa está la sala de sorteos. Ahí, antes de cada juego, un notario pesa cada balota. Todas deben marcar lo mismo. Luego comienzan a girar para dirimir los resultados del Loto, Revancha, Desquite, Polla Boleto y Toto 3. Ahí se inicia otra historia, escrita por el azar o por la suerte.

Roberto Jacob Helo:

El pago de Chile

Se ganó la Polla Gol 94 veces. Fue galán, actor de teatro y precandidato a la Presidencia de la República. Hasta hace muy poco el “Mago” de la Polla Gol se sentaba en el Paseo Ahumada a llenar cartillas a quien se lo pidiera. Era su forma de “ayudar a la gente”.

“¿Por qué no se va a morir a su casa?”, le preguntó una doctora de la asistencia pública a Roberto Jacob Helo. Él no le hizo caso. Hoy tiene 90 años y carga con cinco extremaunciones. Un año después de que le detectaran un tumor testicular, el ex actor de radioteatro reapareció en el Paseo Ahumada concitando el interés de los transeúntes. Querían, una vez más, que el personaje les llenara la cartilla.

El “Mago” ha sido un hombre mediático. De ello da cuenta su nutrida colección de recortes de prensa plastificados que guarda en un añoso maletín negro. Cuenta, en sus últimas entrevistas, que es más fuerte que sus dos hernias testiculares, que sigue vivo luego de dos infartos y que pese a una semiparálisis que afecta su brazo y pie izquierdo.

Diez menos uno

Roberto Jacob Helo no siguió el rumbo de sus nueve hermanos. Tres fueron ingenieros, tres médicos y tres profesoras. Uno de ellos es un multimillonario productor de maíz en México. Miguel, quien murió en 2008, llegó a ser un importante concesionario de automóviles y Elías fue el doctor que viajó con la Selección Chilena al mítico partido eliminatorio ante la Unión Soviética en 1973.

Desde temprano la familia Jacob Helo no miró con buenos ojos el camino artístico que eligió Roberto. En las décadas de los 40 y 50 fue galán de teatro. Por esos años trabajó con el célebre libretista Arturo Moya Grau. También tuvo un prolongado paso por la interpretación actoral en radio.

Goles y milicos

Tras ser creado en 1975, el Sistema de Pronósticos Deportivos se convirtió en el sueño de muchos chilenos. Incluso se rumoreaba que los árbitros tenían un pacto secreto para ganarse la Polla Gol, que debutó el 6 de abril de 1976.

Jacob Helo siguió el juego con atención desde su primer sorteo. En ese intento obtuvo 12 de los 13 puntos. El mismo resultado se repitió durante cuatro semanas. Algo raro había. El futuro “Mago” se acercó a El Mercurio para que publicaran sus predicciones. Los periodistas le pidieron, con incredulidad, que llenara una cartilla. Para fortuna del actor, esa vez sí fue la vencida pero el diario no publicó su triunfo. Poco importó eso, pues Julio Martínez y Sergio Livingstone hablaron de su hazaña en la radio. Luego de ese espaldarazo dejaría de ser un desconocido.

Julio Abarzúa, entonces subdirector de Las Últimas Noticias, lo llamó a su despacho y le propuso hacer regularmente una cartilla y publicarla. Ese fin de semana hizo once puntos y a la siguiente trece. El titular no se hizo esperar: “Encontramos la fórmula mágica para la Polla Gol”⁷⁸.

Avalancha de éxitos

“Recuerdo haber seguido sus pronósticos en Las Últimas Noticias, en los que invariablemente obtenía sobre los diez puntos (cuando no los trece o la segunda puntuación)”, escribió el periodista Marcelo Simonetti en la Revista del Sábado de El Mercurio en 2004.

⁷⁸ “El último augurio del Mago de la Polla Gol”. Entrevista de Carlos Fuentealba en La Hora. 17 de junio de 2010.

Los mejores tiempos del “Mago” se sucedieron en la década de los 80. En 1986 publicó el libro “Poco antes de mi muerte”, cuya primera edición contó con un tiraje de diez mil ejemplares que fueron distribuidos a través de municipalidades y otros organismos públicos.

"El ‘Mago de la Polla Gol’. El apodo ya me es tan familiar que ni sé si aún me queda algo de Roberto Jacob Helo. La gente me saluda en la calle, los niños se me acercan y más de alguna viejecita se apoya en mi hombro y derrama alguna lágrima tímida”, decía en el comienzo del texto en el que, además de contar anécdotas y hechos de su vida, comparte las fórmulas para acertar a la Polla Gol.

El 6 de marzo de 1989 declaró a un canal de televisión que sería candidato a la Presidencia de la República. Aseguró haber reunido más de 500 mil firmas por su candidatura independiente. “Hice un saludo a la bandera. No pretendía ser Presidente. Lo que yo hago es hacer patria, patria se hace de tantas maneras. Estoy ayudando a la gente humilde”, dijo hace un par de años a Canal 13. Pero con el retorno a la democracia y la decadencia de la Polla Gol, su manera de hacer patria dejó de figurar en los medios de comunicación.

Famoso o no, el primo de Carlos Helo siempre mantuvo los pies en la tierra. Sus desgastadas tarjetas de presentación advertían: “Me dicen el mago, pero no lo soy. La única diferencia que hay entre usted y yo es que posiblemente me equivoco menos, pero me equivoco igual”.

Consultado en 2004 por Ariel Diéguez, el “Mago” reveló su secreto, luego de contar el día y hora en que se quitaría la vida: “Yo era muy estudioso: los jugadores, las canchas, los entrenadores. Ningún detalle se me pasaba. Más encima tenía al de arriba, que me ayudaba”.

Tiempo después pronosticó su muerte para el 6 de abril de 2011, día en que la Polla Gol

cumplía un cuarto de siglo. Pero Jacob Helo no le achuntó. Su pícara explicación fue que ese día murió el “Mago”, quien sí alcanzó a predecir que España alzaría la Copa del Mundo 2010.

Se salió con la suya

En 2001 Roberto contaba a El Mercurio sus gestiones ante ejecutivos de la Polla y del gobierno para el retorno de la Polla Gol en su modalidad original. Además, comentaba sus razones para haber dejado de jugar durante los 90: “Eran menos partidos, había que acertar dos resultados exactos y ni siquiera estaban los nombres de los clubes impresos. Era demasiado engorroso. Esto fue lo que mató a la Polla Gol. Además, bajó mucho el pozo a repartir, imagínese que el 11 de febrero se entregaron 56 mil pesos, siendo que antes eran 60 o 70 millones”.

Pasaron los años y se salió con la suya. Polla Chilena de Beneficencia lanzó Xperto en 2004. "Así como me ven, pobre y todo, el Mago va a ayudar a la gente con la nueva Polla Gol", prometía luego de la presentación del juego.

¿Qué va a hacer usted?

"Chao, vieja. Cuídate", dijo Jacob Helo antes de cerrar la puerta. Eran las siete de la mañana de un día del verano de 2004. El hombre se alejaba de su casa de adobe y ladrillo de calle Esperanza. Vestía una impecable chaqueta crema, pantalón negro, camisa blanca y una corbata negra que nunca usaba en verano. Carmen Cabrera, 34 años más joven que él, vio como su pareja, en vez de llegar hasta Mapocho, tomó un colectivo en Yungay. Tal como lo había prometido en la prensa, el “Mago” iba a suicidarse.

San Ignacio 531. Automotora Miguel Jacob Helo y Compañía. Roberto llegó antes de lo anunciado. Pero no llevaba implementos visibles para ejecutar el acto. Así recoge la

prensa lo sucedido en enero: "Los periodistas reunidos afuera del negocio fueron convocados a las 11 de la mañana, pero el hombre llegó antes de esa hora al lugar. Apenas supieron del hecho, carabineros lo recogieron y lo trasladaron a la Segunda Comisaría de Santiago. Poco después lo recogió su sobrino. Carabineros sugirió llevarlo al Hospital Psiquiátrico"⁷⁹.

Días después, consultado por Las Últimas Noticias por su plan para suicidarse, Jacob reprodujo la conversación que sostuvo con el carabinero: "Cuando pase una micro a toda velocidad, me tiro y chao. Se acabó todo. ¿Qué va a hacer usted? Llevarme, nada más. '¿Detenido?' No. Al cementerio, le dije. Se quedó callado"⁸⁰.

En esa conversación con el periodista Ariel Diéguez, el "Mago" confesó que llevaba 20 pastillas de un medicamento para epilépticos y una hoja de afeitar para cortarse las venas. ¿Qué impidió que se quitara la vida? Su hermano Miguel prometió comprarle una casa en un plazo de, por lo menos, dos meses.

Pero el asunto no quedó ahí. El locutor Omar Gárate dijo en Radio Colo-Colo que el "Mago" no se había suicidado gracias a la pulsera de los 11 poderes. "Ésas son puras leseras. Todo lo transforma en negocio. Él gana plata, nada más. No puedo dar una opinión de él, porque no lo conozco. No me gusta hablar mal de nadie", respondió esa vez.

Dos años antes del anunciado suicidio, Roberto se fugó de la Posta 3 de Santiago luego de sufrir un infarto. En esa ocasión le pidió a la periodista Luciana Lechuga que "mañana salga con un titular grande: 'Mago' de la Polla Gol se muere, pero seguirá haciendo feliz a la gente". Esa ha sido su gran preocupación: "La felicidad no la da el dinero, sino hacer feliz a los demás. Yo toda la plata que gané se la di a la gente. Le pagaba la luz, el agua,

⁷⁹ "Roberto Jacob no pudo suicidarse". El Mercurio. Viernes 23 de enero de 2004. Cuerpo C, página 12.

⁸⁰ "Sé que defraudé a la gente que fue a ver mi muerte". Las Últimas Noticias. Sábado 24 de enero de 2004. Página 3.

el arriendo, las deudas que tenían pendientes. La gente hacía fila con lluvia y con sol esperando la ilusión de que yo llegara".

El pago de Chile

"Todavía recuerdo la noche en que gané la Polla Gol. En la radio de mi hermano, sintonizada para escuchar a Máximo Clavería y su 'Siga la Polla Gol con Portales', nos enteramos con espanto y decepción que casi seis mil fanáticos apostadores habían acertado los trece resultados del fútbol español, lo que nos dejaba algo más de doce mil pesos a cada uno", recordó Aldo Schiappacasse en su columna deportiva de El Mercurio en septiembre de 1999.

El "Mago" acertó 218 veces a los 12 puntos, pero nunca se enriqueció porque publicaba sus predicciones en la prensa, las compartía en Radio Portales o en el Paseo Ahumada. Ahí estuvo casi 18 años, llegando a juntar filas de "cuatro a cinco cuadras". Algunos sólo le pedían que les tocara la cabeza para recibir sus poderes mágicos.

"Yo ganaba cuatrocientos mil pesos en un sorteo, dejaba doscientos mil para la casa y los otros eran para los sueños de la gente, porque el 'Mago' regalaba sueños, no los vendía. Yo hacía las cartillas con plata mía", declaró desde su cama a Las Últimas Noticias.

¿De qué vive hoy el "Mago"? En 2009 respondió a The Clinic: "He ganado 8 millones, 5 millones, 3 millones, 800 mil pesos y también cantidades chicas. Yo vivo al día, y me defiendo bien. Gano una cantidad suficiente para vivir. Si me hubiera quedado callado, sería multimillonario, pero nunca gano solo. Y cuando creo que una cartilla va a ganar, la doy por todos los medios de difusión posibles".

Actualmente la situación económica de Jacob Helo es compleja. El periodista Carlos Fuentealba escribió en La Hora en junio de 2010: “Resulta sorprendente comprobar cómo un hombre que ganó tanto dinero, vive ahora desahuciado y pobre en una añosa pieza en la calle Esperanza. Su esposa, mucho más joven que él, aunque sufre de epilepsia, le brinda los cuidados que requiere”.

Ganadores inolvidables

Máximo Clavería condujo el recordado programa “Alarma de Gol” en Radio Portales. Eran los años en que el tío Eduardo “Lalo” Parra grababa el *longplay* de “Las cuecas de la Polla Gol”. El relator contó a Federico Grünewald los casos más emblemáticos que le tocó conocer.

“Una vez un señor se identificó tanto que cuando fue a cobrar el premio una mujer, que no era su esposa, pero que había tenido un hijo con él, llegó al lugar. Como no había pagado la pensión, de los quince millones recibió diez. Y para colmo se hizo acompañar por su señora legítima. Por eso el anonimato”, dijo en 2005.

El carpintero José Reinaldo Cárdenas ganó, en septiembre de 1976, el primer gran pozo de más de un millón de dólares de la época. El detalle es que invirtió el dinero en la financiera La Familia⁸¹, una de las grandes estafas de la década. “Él no estaba preparado para recibir tanta plata. Iba al Club de la Unión y cerraba los prostíbulos. Se chifló”, declaró Roberto Jacob Helo. El mismo que, hasta hace tres años, se pasaba los jueves y viernes llenando cartillas de Xperto en una banca del Paseo Ahumada. Su turno iba de 9 de la mañana a 9 de la noche. Se daba permiso para ir al baño sólo una vez por día. Carmen, en casa, reclamaba infructuosamente contra el trabajo *ad honorem* de este hombre de 90 años. Sus razones tenía.

—Es porque yo he sido muy picaflor y mi señora me conoce.

⁸¹ La financiera La Familia se declaró en la quiebra en 1977.

—Pero ya estará tranquilo...

—No crea... El que nace chicharra, muere cantando ¡Si no me veo tan viejo!... A pesar de mis años, todavía tiro mis petardos⁸².

⁸² “Roberto Jacob Helo vuelve a las pistas: El regreso del Mago de la Polla Gol” Entrevista de Ana María Sanhueza en The Clinic. Sábado 22 de agosto de 2009.



HOY: día de suerte
 Porque ya está a la
 venta colección 78/79

ROBERT LEWIS

En las principales tiendas
 del país.

TOTAL DE APUESTAS | _____ A PAGAR

× 8,00 = \$

GANAR LOCAL	EMPATE	GANAR VISITANTE	PARTIDO	DOBLE	TRIPLE
CONCEPCION		NUBLENSE	1		
O'HIGGINS		G. CROSS	2		

CON UNA X EN LA CASILLA CORRESPONDIENTE Y CONFIRME SU APUESTA EN LA TARJETA RECIBO

Polla
 CHILENA DE BENEFICENCIA

SORTEO Nº 778 * 3 SEPTIEMBRE

*** 8 ***

MILLONES

PREMIO DE \$

V. Epílogo

No tengo tiempo de morir

—Hola, soy periodista y estoy buscando al “Mago” de la Polla Gol para una entrevista. ¿Sabe dónde vive?—dije, faltando a la ética, a la dependiente de la verdulería.

—Sí, pero no sé si ese caballero estará vivo todavía. Vaya y toque en la primera puerta de madera de la próxima cuadra.

Frente a los almacenes concentrados en Esperanza con Yungay cuelgan tres pares de zapatillas del tendido eléctrico. El ajetreo de la salida de los escolares del colegio del barrio rompe con su apacible rutina. Camino por Esperanza hacia Balmaceda, paso por la imponente Iglesia San Juan Bautista. Un señor que descarga cajas de su automóvil confirma, con desconfianza, el domicilio del “Mago”.

Golpeo la puerta de madera dos veces. En pocos segundos aparece un hombre vestido con camisa cuadrillé y polar verde.

—¿Don Roberto Jacob Helo?

—Yo soy.

—Lo ando buscando para una entrevista...

—Sí, sí, pase, pase.

Roberto está confiado y contento. Cuenta que tuvo suerte de encontrarlo, pues estuvo esta mañana en la Liga Chilena contra la Epilepsia, donde su mujer, Carmen Cabrera, recibe tratamiento. Justamente ella aparece en escena para saber quién es el desconocido al que su esposo ha hecho pasar. Le muestro la credencial, le explico lo de la tesis. Me ofrece un té, un jugo. Pero no, muchas gracias, recién almorcé.

El “Mago” se mueve con rapidez, no le he podido explicar mucho sobre la visita. Me invita al pequeño comedor y vuelve raudo con un maletín negro donde guarda sus recortes de prensa plastificados. Dice que la gente podría decir muchas cosas, pero él tiene documentado todo lo que dice. Efectivamente aparece en añosas portadas de Las Últimas

Noticias, recortes de El Mercurio, entrevistas de La Cuarta, pronósticos de La Tercera. Muestra orgulloso sus fotos con Julio Iglesias y con las autoridades de diversos gobiernos que hoy son historia. Aún se sorprende con las imágenes que dan cuenta de las filas de cuatro a cinco cuadras que hacían miles de personas para que él les llenara una cartilla en el Paseo Ahumada. Se jacta de no haber necesitado a la policía para mantener el orden de sus seguidores: “Yo les decía que si se cambiaban de puesto, eso les cambiaba la suerte”.

Carmen nos deja solos. Son aproximadamente las tres y media de este soleado miércoles 8 de agosto. Estamos grabando.

El don de la palabra

—¿Cómo se inicio en la actuación?

—Yo fui galán, primero empecé como recitador recorriendo todo Chile. Era regalón del obispo José María Caro...

Roberto partió a los 14 años en la Escuela San Antonio de La Serena, desde ahí lo mandaban a recitar a cuanto acto había en la región. Cada 21 de mayo se lucía con discursos alusivos a la gesta nacional. Frente a la plaza Arturo Prat de Iquique recitó estas palabras que, luego de vacilar un minuto, recuerda a la perfección: “De esta hazaña que dejó atónitos a todos los pueblos del universo, bien dijo un poeta, no escucharán los siglos un grito al abordaje con el arranque heroico con que lo hiciera Prat, el alma del chileno, la moral y el coraje con sangre de volcanes y la altivez del mar / Van dos colosos contra dos tablones y prueban estos, con valor sereno, que la fuerza no se halla en los cañones sino en el corazón del que es chileno”.

—Qué buena memoria tiene, don Roberto

—¿Qué edad cree usted que tengo yo?

—No sé, ¿80?

—90 años, señor, y estoy desahuciado por la ciencia médica.

Antes de ser el “Mago”, Roberto invertía sus horas libres en la hípica. También hizo de las suyas en el Pollón de Oro, juego basado en los resultados de las carreras de caballos. En su tiempo de mayor popularidad estuvo diez años llenando cartillas frente al café Haití de Ahumada. En esas jornadas exponía los recortes plastificados que hace unos minutos sacó de su maletín negro. Pero no ha podido ir hace tres semanas. Sus noches son complejas, pues debe cuidar a Carmen y lidiar con los insoportables dolores de su hernia testicular.

En sus años dorados el “Mago” compartió sus fórmulas en Las Últimas Noticias y en La Tercera. También lo hizo a través de las ondas de Radio Portales. Hasta ahí llegaban algunas personas para pedirle que les quitara el cáncer. Él les daba una interconsulta con Dios, su jefe.

Con las manos sobre la mesa el simpatizante de Deportes La Serena desclasifica la clave de su éxito: jugar los partidos en casa antes de que se realizaran. Así, con 22 figuras en la mesa, simulaba los escenarios posibles y lograba anticiparse a los resultados. No le fue mal con su método: logró 94 millonarios éxitos apuntando correctamente a las 13 posibilidades: local, empate o visita.

Mire la manera de robarle a la gente

En 1986 Roberto publicó 80 mil ejemplares del libro autobiográfico “Un poco antes de mi muerte”. Cada ejemplar le salía a un costo de 200 pesos y él los vendía al mismo precio. Hace unos años encontró a un vendedor de libros usados comercializándolo a \$1500. “Mire la manera de robarle a la gente”, dice frustrado. Con el libro sobre la mesa me pide que lea la contratapa que contiene frases para su epitafio.

—La felicidad reside en conformarse con lo que uno tiene aun no teniendo nada, porque siempre existe un mañana mejor / Si he de morir mañana, ¿qué debo hacer hoy?

—Con esta frase no habría maldad en el mundo. ¿Usted cree que si la persona sabe que se va a morir al día siguiente le haría daño a alguien?

—No. ¿Cómo explica que hoy el dinero importe tanto?

—Por dinero todo el mundo se vende.

—¿Pero por qué nos importa tanto tener plata?

—Porque la gente dejó de creer en Dios, dejó de pensar en forma religiosa, de ser amables unos con otros. La ambición por el dinero destruye todo ahora, todo el mundo se prostituye, esa es la palabra exacta.

—Pero el dinero no hace la felicidad

—No pues, mi amigo. Estamos equivocados. Mire lo que hizo Farkas con Tomás González. Ese es un hombre de bien, hacer bien con la plata y no volverse loco. Yo siempre todo lo he dado.

—¿Siempre fue así de desprendido?

—Sí, desde los 14 años.

Como loco furioso

Quienes no han sido muy dadivosos con el “Mago” son sus sobrinos, hijos de su fallecido hermano Miguel, dueño de la automotora Miguel Jacob Helo y Compañía. Roberto denuncia que un día “cuando yo esperaba que llegara mi hermano a la empresa, mi

sobrino Elías y sus empleados me empezaron a golpear en el suelo. Luego llamaron a carabineros y me llevaron a la segunda comisaría. Mi sobrino Elías Jacob Babul, lo digo bien claro, se hizo pasar por mi hijo y llegó con una ambulancia de las que arreglaban en el taller, me retiró y me internó en psiquiatría como loco furioso. Me tuvieron amarrado toda la noche. Una muchacha, a la que le costó la pega, llamó a mi señora por teléfono para decirle que estaba ahí. Cuando el médico supo me dijo que lo que hicieron conmigo fue cuasi homicidio”.

—La prensa publicó que usted se iba a suicidar afuera de la automotora de su hermano...

—No, yo nunca he hablado de suicidarme.

—Eso salió en los diarios

—Es que hablar de suicidio es ir contra Dios. He dicho yo “me mato si no gano esta vez”, pero es un decir...

—Pero yo leí en los diarios que usted fue a la automotora de Miguel Jacob y se suicidaba si su hermano no solucionaba los problemas económicos que mantenían. Eso fue en enero de 2004.

—Ah, sí. Eso sí.

—¿Pudieron llegar a algún acuerdo?

—No, hasta el día de hoy. Cuando mi hermano Miguel supo lo que hicieron sus hijos conmigo murió de un infarto. Ellos mataron a su propio padre por la ambición del dinero. Ahora usted ve que es una manzana de estación de servicio y partieron con dos piezas. Una parte me corresponde a mí, porque eso se lo tengo que dejar a mi señora e hijo. Por más que se achaplinen me tienen que dar mi parte, la ley va a estar conmigo. Si nosotros nombramos albacea de la herencia de mis padres a mi hermano, pero él nunca nos dio un peso. Ahora resulta que murió él y sus hijos se quedan de dueños.

—¿Cree en la justicia divina?

—Todo al final se paga. Yo siempre he sido honesto con la gente: en la forma que vivo, humilde. Cuando una persona gana un premio invierte en lujos, yo siempre compartí con los demás.

—¿Pero nunca se tentó con lujos, fiestas?

—No, nunca, nunca. Siempre fui picado de la araña, eso sí (ríe). Como tenía buena pinta yo...

—¿Y cuál fue el premio más grande que ganó?

—Una vez cobré 80 millones. Después no fueron grandes premios porque se repartían con la gente a la que yo le llenaba las cartillas.

—¿Qué pasó con toda esa gente a la que ayudó? ¿No siente que han sido ingratos con usted?

—Nunca me acerqué a ellos para decirles eso. Todo el mundo tiene sus propios problemas y no todos van a empezar a pensar como yo. Uno que ganó me dijo que cobraría 120 millones. “¿Dio algo al hogar de niños o ancianos?”, le pregunté. “No, ¿por qué?”, me decía. No le hice ninguna cartilla más. Así es la gente. Pero también es agradecida, aunque el que gana es “para él no más”. Se olvidan de los demás.

Suerte para el futuro

El “Mago” nunca aceptó agradecimientos en dinero ni regalos. “Vaya a un hogar de ancianos o de niños y me está pagando a mí”, respondía orgulloso. Por estos días tiene un libro listo para publicar. Se llamará “No tengo tiempo de morir” y será la continuación de “Un poco antes de mi muerte” (1986).

“En la vida no hay cosa más linda que dar, dar, siempre dar. Y cuando no tengo nada que dar, doy que hablar. Ya con eso estoy dando algo, ¿no le parece?”, dice contemplativo. Pese a haber usado una generosa filosofía de vida, hoy Roberto vive en dos piezas afectado por su precaria situación económica. Él culpa a los hijos de su hermano Miguel y a su enfermedad (del cuerpo, no del alma).

Todavía estoy en la fila

“Con 200 pesos cobró 280 mil. De ese día se pegó adonde yo iba. Ahí se ponía al lado mío a coquetearme. Esa es mi segunda esposa”, cuenta sobre Carmen, la mujer que acaba de entrar al comedor. Ella recuerda que la primera vez que vio a su esposo fue a llenar una cartilla con una prima de los hermanos Bustos de Melipilla: “Ahí llegamos y nos pusimos en la cola. Y hasta el día de hoy, todavía yo estoy en la cola con él”. No le gustó de inmediato, aunque reconoce que era apuesto, igualito al príncipe Carlos. El hombre se entusiasma y me invita a su habitación. Al lado de un pesado ropero de madera hay un oscuro retrato a lápiz en el que se confunde el “Mago” con el Presidente Salvador Allende.

Sobre su televisor descansa un enterrado trofeo del Laurel de Oro por “su labor en Radio Portales y la ayuda a la comunidad”. También guarda, en diversas maletas, muchos premios, diplomas y reconocimientos. “Al final eso es pura vanidad”, comenta cuando golpean la puerta. Son trabajadores que bajan de un camión repartidor de gas. Carmen los deja pasar al baño. Con Roberto nos acercamos a una foto en blanco y negro que pende de la pared alta de adobe. Posan los sonrientes 10 hermanos Jacob Helo con sus padres, cuando no había herencias, albaceas ni automotoras que repartirse.

—**Don Roberto, a sus 90 años y 94 triunfos en la Polla Gol, ¿cree en la suerte?**

—Yo creo que la suerte se la fabrica uno mismo, oiga. Si uno quiere surgir en algo, le hace empeño y surge. Pero si está esperando que le caigan las cosas, nunca le va a caer

nada. Las cosas que cuestan son las que al final resultan buenas. Pero con las cosas que son fáciles, nunca pasa nada.

—¿Y le tiene miedo a la muerte?

—No, nada. La espero como si fuera una mina más. Soy muy religioso.

—¿Qué cree que pasa cuando uno se muere?

—Tal como lo dice la religión, el premio es que uno va a estar entre los mejores. Hacer el bien siempre tiene un premio.

—¿Qué consejo le daría al jugador que lea esta entrevista?

—Que lo tome como una entretención, que no se vuelva loco gastando mucha plata. Dios le da la suerte cuando le corresponde, no cuando uno quiere. Es como los hípicas que creen que van a ganar todas las carreras, pero no. Hay carreras que son arregladas, el jinete va comprado, tiene que ir pa' atrás. Yo he estado con ellos, cuando daba pronósticos para el Pollón de Oro.

—¿Cómo cree que va a reaccionar la gente con su nuevo libro?

—Bien va a reaccionar, sabrán que soy un hombre que todo lo di por ellos.

Ha pasado casi una hora desde que toqué la puerta de esta humilde casa de adobe con ladrillo. Mientras conversamos con Roberto, Carmen vuelve con un cuaderno universitario para anotar mis datos. No tengo lápiz, lo perdí esta mañana. Roberto le pide a su mujer que traiga uno. Lo devuelvo. Me lo regala. Le digo que no se preocupe, que tengo muchos en casa. Pero él insiste.

Bibliografía

Badal, Javier. *El espectáculo de la hípica en Chile*. 2001. Editorial Ocho Libros.

Martínez Muñoz, Marisol. *De público jugador a oculto garitero: El juego de azar en Chile o la historia de un oficio prohibido*. Tesina para optar al grado de Licenciatura en Historia. 2006. Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Pereira Salas, Eugenio. *Juegos y alegrías coloniales en Chile*. 1947. Editorial Zig-Zag.

Plath, Oreste. *Aproximación histórica folklórica de los juegos en Chile*. 1986. Editorial Nascimento.

Plath, Oreste. *Los juegos en Chile, aproximación histórica-folclórica* (edición corregida y aumentada por Karen Plath Müller Turina). 2008. Fondo de Cultura Económica.

Purcell, Fernando. *Diversiones y Juegos Populares: Formas de Sociabilidad y Crítica Social, Colchagua, 1850-1880*. 2000. Editorial LOM.

Somarriva, Manuel. *La hípica en Chile, 37 años de historia*. 1994. Hipódromo Chile.

Bibliografía ganadora

Libros y folletos disponibles en la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional.

| *Progresión simultánea para chance simple en ruleta para combatir a los grandes gariteros y en gran destino que explotan inocentemente y en destino con la bolita diabólica y el juego de azar al público en general* de Ítalo Moretti.

| *Por una cabeza. ¿Quiere usted ganar en las carreras?* Este folleto se vendió, en algún momento del siglo XX, a \$15.

| *El juego i la lotería*, memoria de Fernando Toro Barros para optar al grado de licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile (1914).

| *Procedimiento para ganar a la ruleta sin exponer su capital* de “Una víctima” (década de 1930).

| *La ruleta y el punto y banca, sistemas científicos, prácticos y eficaces para jugar* del profesor Stoppin (1933). Imprenta Ercilla.

| *La ruleta, el más noble de los juegos de azar* de Arturo Soto (1933). Imprenta Nascimento.

| *Lecciones de Bridge* de Luis Gubler (1935). Empresa Letras. El folleto se vendía a \$5.00.

| *Efectos del juego sobre la economía nacional: El aumento del juego contra el aumento de la producción* (1942). Discurso pronunciado por Adolfo Ibáñez en la XVI Conferencia Rotaria.

| *Memoria histórica: 40 años al servicio de Chile* de la Polla Chilena de Beneficencia (1974).

| *Cómo hacerse millonario jugando Polla Gol* de Paco Ruiz (1978). Editorial Lord Cochrane.

| *50 años de la Polla Chilena de Beneficencia* (1984).

| *Un poco antes de mi muerte, érase una vez un mago* de Roberto Jacob Helo (1986).

| *La Polla Gol, “sueño de todos”* de Manuel Correa Madueño (1990).

| *70 años de Lotería de Concepción* (1991).

Anexos

Leyes y decretos sobre juegos de azar y casinos de juego

Fuente: Biblioteca del Congreso Nacional

Juegos de azar

Selección de leyes y decretos que establecen normas, regulan y sancionan los juegos de azar. (normas actualizadas a la fecha y selección realizada el 6 de abril de 2010)

Materia	Nº de la norma	Publicación
Los artículos 277, 278 y 279 establecen las penalizaciones para los juegos de azar.	Código Penal	12 de noviembre de 1874
Transforma a la empresa del Estado Polla Chilena de Beneficencia en Sociedad Anónima.	Ley Nº 18.851	22 de noviembre de 1989
El artículo 90 establece que Polla Chilena de Beneficencia y Lotería de Concepción podrán administrar sorteos de números, juegos de azar y combinación de ambos previa autorización por decreto del Ministerio de Hacienda.	Ley Nº 18.768	29 de diciembre de 1988
Establece normas sobre Lotería de Concepción.	Ley Nº 18.568	30 de octubre de 1986
El artículo 2º establece un impuesto de beneficio fiscal aplicado sobre el precio de venta al público de los boletos de polla chilena de beneficencia, Lotería de Concepción y sobre el valor de las tarjetas de apuestas del sistema de pronósticos deportivos.	Ley Nº 18.110	26 de marzo de 1982
Crea sistema de pronósticos deportivos.	Decreto Ley Nº 1.298	26 de diciembre de 1975
Reglamento del sistema de pronósticos con modalidad de apuestas con premios predeterminados. Ministerio de Hacienda.	Decreto Nº 164	27 de abril de 2004
Autoriza a Polla Chilena de Beneficencia S.A. para que administre el sorteo de números denominado "Polla Loto" o "Loto". Ministerio de Hacienda.	Decreto Nº 696	30 de enero de 2002

Reglamenta operación de la modalidad de premiación instantánea que integra los sorteos de lotería tradicional, por Polla Chilena de Beneficencia S.A. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 1.470	1 de abril de 1996
Autoriza a Polla Chilena de Beneficencia S.A. para que administre en forma independiente un sorteo de número. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 87	15 de abril de 1992
Autoriza a Polla Chilena de Beneficencia S.A. para que administre un sorteo de número. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 659	20 de septiembre de 1990
Reglamento de la Ley N° 18.568, que establece normas sobre Lotería de Concepción. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 80	19 de agosto de 1987
Fija el texto refundido de la Ley Orgánica de Polla Chilena de Beneficencia. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 152	2 de junio de 1980
Reglamento de carreras. Consejo Superior de Hípica.	Sesión N° 826	17 de marzo de 1995
Establece las bases generales para la autorización, funcionamiento y fiscalización de casinos de juego.	Ley N° 19.995	7 de enero de 2005
Reglamento del Consejo Resolutivo de la Superintendencia de Casinos de Juego. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 329	8 de julio de 2005
Reglamento de juegos de azar en casinos de juego y sistema de homologación. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 547	4 de julio de 2005
Reglamento de funcionamiento y fiscalización de casinos de juego. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 287	6 de mayo de 2005
Reglamento para la tramitación y otorgamiento de permisos de operación de casinos de juego. Ministerio de Hacienda.	Decreto N° 211	6 de mayo de 2005

Casinos de juego

Leyes y decretos que autorizaron casinos de juegos y el texto de la nueva normativa. (normas actualizadas a la fecha y selección realizada el 25 de febrero de 2010).

Materia	Nº de la norma	Publicación
El artículo 8 crea el casino de juegos de Viña del Mar.	Ley Nº 4.283	16 de febrero de 1928
El artículo 29, crea el casino de juegos en la ciudad de Arica.	Ley Nº 13.039	15 de octubre de 1958
El artículo 12 autoriza la creación de un casino de juegos en Puerto Varas.	Ley Nº 17.169	13 de agosto de 1969
Autoriza el establecimiento de un casino de juegos en la Comuna de Coquimbo.	Decreto Ley Nº 1.544	27 de agosto de 1976
Traspasa Casino de Puerto Varas a la Municipalidad de Puerto Varas.	Ley Nº 18.259	21 de noviembre de 1983
Autoriza el establecimiento de Casino de juego en las comunas de Iquique, Pucón y Puerto Natales.	Ley Nº 18.936	23 de febrero de 1990
Normas relacionadas:		
Establece las bases generales para la autorización, funcionamiento y fiscalización de casinos de juegos.	Ley Nº 19.995	7 de enero de 2005
Reglamento del consejo resolutivo de la superintendencia de casinos de juego. Ministerio de Hacienda.	Decreto Nº 329	8 de julio de 2005
Reglamento de juegos de azar en casinos de juego y sistema de homologación. Ministerio de Hacienda.	Decreto Nº 547	4 de julio de 2005
Reglamento para la tramitación y otorgamiento de permisos de operación de casinos de juego. Ministerio de Hacienda.	Decreto Nº 211	6 de mayo de 2005
Reglamento de funcionamiento y fiscalización de casinos de juego. Ministerio de Hacienda.	Decreto Nº 287	6 de mayo de 2005

Impuestos por casino de la nueva industria (2011)

Fuente: Superintendencia de Casinos y Juego

Impuestos por Casino Año 2011			
Casinos	Impuesto Especifico al Juego	IVA Débito Fiscal al Juego	Impuesto por Entradas
Casino Sol Calama	1.979.048.639	1.899.087.077	779.154.869
Enjoy Antofagasta	4.156.511.651	3.948.686.070	1.452.228.482
Antay Casino & Hotel	1.599.747.517	1.550.651.093	703.432.010
Casino de Juegos del Pacifico	771.892.274	739.030.953	705.911.989
Casino de Juego de Rinconada	4.952.442.810	4.704.820.670	1.605.851.332
Monticello Grand Casino	11.838.566.505	11.329.468.245	3.191.188.650
Casino de Colchagua	913.086.418	867.432.096	438.044.505
Gran Casino de Talca	1.489.932.177	1.415.435.569	881.819.334
Termas de Chillán	72.363.014	68.791.255	42.862.476
Marina del Sol	5.230.191.954	5.018.871.068	2.595.670.861
Casino Gran Los Ángeles	619.711.554	594.672.702	443.004.207
Dreams Temuco	2.949.791.905	2.831.350.553	1.527.818.596
Dreams Valdivia	1.570.536.890	1.501.926.725	1.023.020.789
Casino Sol Osomo	1.171.389.363	1.112.819.896	679.574.212
Dreams Punta Arenas	2.237.459.644	2.150.990.850	1.173.044.368
Total	41.552.672.315	39.734.034.822	17.242.626.680
Total US\$	85.983.219	82.223.839	35.714.269

Nota: Impuesto específico: 20% sobre base de ingresos brutos del juego
IVA débito fiscal: 19% de ingresos brutos del juego
Impuesto por Entrada: 0,07 UTM